ZOROBABEL RODRIGUEZ.

FRANCISCO BILBAO

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

SANTIAGO.
IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañia núm. 102.
1872.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

INTRODUCCION.

«La duda se parece a esas moscas importunas que uno espanta i que siempre vuelven. Desaparece al primer movimiento de la razon; mas la relijion la mata i esto es mejor.»

(De Maistre.)

Del libro que hoi damos a la publicidad i que ofrecemos a todas las opiniones i a todas las ideas, puede decirse lo que Víctor Hugo decia de una de las obras de Henri Augu:

Ce livre interesse, émeut et enseigne.

Dado el retrato de los escritores católicos que ciertos hombres i ciertos partidos ponen diariamente a nuestra vista, uno creeria encontrar en las pájinas del *Francisco Bilbao*

los puñetazos de un boxeador, no la sólida i nutrida argumentacion de un avezado polemista.

Felizmente no sucede así, i héaquí por qué nos hemos apresurado a hacer una edicion de la presente obra. Ella desvanecerá muchas preocupaciones, disipará muchas dudas, sepultará en el polvo, dedonde no debieron levantarse jamas, muchos funestísimos errores, muchas cándidas idolatrías, fecundadas al calor de un sentimiento de simpatía mas jeneroso que justo.

Que nadie se engañe a este respecto. El autor de *Francisco Bilbao* es un hombre de letras i, como tal, discute, raciocina, argumenta, no fulmina. Quiere ser un hombre que convence, no una fuerza que aplasta. Necesario es confesar, en nuestra humilde opinion al ménos, que ha logrado su intento.

Las líneas que ahora escribimos, a la vez que de dar una idea del libro, tratan de probar nuestro aserto.

I desde luego, sean cuales fueren las opiniones del lector, habrá de confesar cuánta entereza i cuánta noble valentía no se necesita para emprender la tarea, árdua i escabrosa, de proclamar sin miedo la verdad i de combatir, sin miedo tambien, principios i teorías que se juzgan erróneos! Es esto no solo afrontar la tempestad; es desafiarla. Es arrojar hidalga i

caballerosamente el guante a todos los hombres de discusion i de convicciones que deseen saltar al palenque, de cuyas arenas ha de alzarse tranquila, serena i majestuosa la imájen de la verdad.

¿No es ya esto por sí solo un mérito?

En cuanto a nosotros, siempre nos ha parecido noble i digno el espectáculo del escritor que, renunciando a formar parte del coro de alabanzas i rompiendo por entre las nubes de incienso, cede a los impulsos de su conciencia i derriba los altares en que falsos ídolos han sido malamente colocados. Hai en ello franqueza i cumplimiento de un deber. Los soldados de la pluma, como los soldados de la espada, una vez empeñada la lucha, no tienen mas que dos caminos para abandonarla: o una victoria honrosa i leal, o la confesion franca i sin tapujos de su vencimiento. Volver desdeñosamente la espalda a un adversario que se sabe de memoria el A B C de la estratejia, es afectar una insolente altanería que solo se aviene bien con la impotencia.

Por lo demas, el libro que hoi publicamos encierra un interes de actualidad i un interes permanente. Lo primero, porque se trata de traer a Chile los restos de Francisco Bilbao, de elevarle un monumento, i nada mas natural que averiguar los méritos por Bilbao contraidos i que le hacen acreedor a tan señalada

manifestacion de estima. Lo segundo, porque siempre es oportuno defender la verdad i dar a cada cual lo que se tiene merecido, lo que en justicia i en razon le pertenece.

Francisco Bilbao tuvo en vida i tiene en la actualidad partidarios decididos i admiradores sinceros. Entre la juventud, sobre todo, se le proclama gran tribuno, escritor sublime, reformador audaz, filósofo distinguido, poeta a las veces, a todo lo cual se une una intelijencia poco comun i una vasta ilustracion.

Ante la memoria del autor de *El Evanjelio Americano*, sus partidarios se descubren con respeto como en presencia de un héroe tres veces venerando: por su jenio, por sus triunfos, por su martirio.

Un poeta, llorando la muerte del racionalista chileno, ha llegado a decir que

...la hoguera del jenio lo abrasaba
I era su intelijencia el fuerte escudo
Do iba a encontrar la democracia austera
Siempre el campeon de su derecho augusto.

I si fuésemos a citar todo lo que en elojio de Bilbao se ha dicho, llenaríamos un volúmen.

No obstante, si en tales alabanzas hai mucho de jeneroso i mucho de laudable, no es ménos cierto que hai tambien mucho de inmerecido. Nosotros mismos, en los primeros años de nuestra juventud, creíamos ver en Bilbao

un semi-dios, algo como un redentor americano, un Washington del sur, segun la espresion de Michelet. Pero ¡ai! estos arrebatos de entusiasmo desaparecen con los años i el estudio, como desaparece el oropel de las nacientes flores en alas de los vientos arrastrado.

Este fenómeno se esplica. Bilbao es mas jeneralmente conocido por lo que hai en él de superficial, de deslumbrante, de aparatoso, que por el fondo de sus obras i de sus doctrinas. Se ha hecho de su nombre una bandera i mui pocos se cuidan de investigar lo que esa bandera representa, lo que esa bandera significa. Nuevo César, los modernos francos, ménos circunspectos i mas ardorosos que los antiguos, le han levantado sobre sus escudos, hánle proclamado rei i hélos ahí dispuestos a no tolerar que algun audaz se atreva a profanar esa arca santa.

Esto i la natural simpatía que despierta en los corazones bien puestos el hombre de conviccion i, mas que todo, el hombre de propaganda que ha sufrido persecuciones, tristezas i amarguras, esplican lo que sobra, la popularidad que ha gozado i que aun goza Bilbao entre nuestra juventud i particularmente entre la parte ménos instruida de nuestra sociedad. Mas que la aureola del jenio, lo que a Bilbao hace simpático es su aureola de víctima. I si no, preguntad a alguno de sus admi-

radores, cojido al acaso, cuáles eran las doctrinas de aquél. No tendrá otra respuesta que pobres jeneralidades. No sabrá deciros cómo Bilbao entendia la república, la libertad, la democracia ni podrá daros los quilates de su liberalismo.

Decidles que Bilbao predicó muchas veces doctrinas que iban a parar en el despotismo i i los oireis gritar: ¡al blasfemo! con la misma cólera i fuerza de conviccion con que gritarian: ¡al asesino!

Nada hai mas cierto, sinembargo, i para convencerse de ello basta recorrer a la lijera sus obras. Bilbao repetia no sin frecuencia las brutales palabras de Quinet: *aplastemos al infame.* El infame es el catolicismo, el infame es Jesucristo.

Hai, pues, una ignorancia casi completa respecto a lo que Bilbao creia en materias relijiosas, políticas i filosóficas. Todo lo mas que se sabe es que era racionalista i a cualquiera se le alcanza lo vaga, lo indefinida, lo ocasionada a mil diversas interpretaciones que es esta palabra.

Bajo este punto de vista, el libro de Zorobabel Rodriguez interesa i enseña.

La fantasía puede dar a un pigmeo proporciones de coloso, ceñir corona de diamantes e iluminar con los resplandores del jenio a quien mas de su gusto sea; pero no puede impedir

que venga despues la crítica severa, imparcial i concienzuda a restablecer el imperio de la verdad.

En estos tiempos de discusion, de lucha, de progreso, no basta para ser jigante calzarse las botas de un jigante. Para escalar el cielo de la inmortalidad i de la fama se necesita algo mas que los hombros de una muchedumbre cuyo entusiasmo es comparable solo con su ignorancia. Se necesita, por decirlo así, renovar la lucha de los antiguos Titanes, colocar obra sobre obra, triunfo sobre triunfo, laurel sobre laurel, Pélion sobre Osa. Es así como se merecen monumentos que valen mas que el bronce porque tienen su pedestal en el corazon de la posteridad.

Mas, lleguemos ya al análisis, siquiera sea a vuelo de pájaro, del *Francisco Bilbao*.

Zorobabel Rodriguez, como escritor metódico, delínea con precision el plan de la obra, la cual está dividida en dos partes. Es la primera la biografía, hecha a grandes rasgos, de Bilbao. Consta la segunda de la esposicion de las doctrinas de éste i de la refutacion de dichas doctrinas.

Los propósitos del autor o, si se quiere, la tarea que el autor va a emprender queda esplicada en las siguientes testuales palabras:

«Apreciar equitativamente los actos de

Francisco Bilbao a la luz de los principios inmutables del derecho i la moral;

«Esponer con exactitud i perfecta lealtad sus doctrinas;

«Aceptarlas o refutarlas dando siempre la razon de nuestra aceptacion o de nuestro rechazo;

«Condenar con enerjía los errores así comprobados, respetando cuidadosamente los móviles i las intenciones;

«Tales son nuestros propósitos al principiar. Los lectores van a ver si tenemos la fortuna de realizarlos.»

A fin de no desmentir en un punto la imparcialidad que se propone seguir, el autor ha adoptado un método a todas luces plausible i que acredita su espíritu justiciero, libre de toda prevencion en contra de Bilbao. Colocando fuera del terreno de combate la conciencia i las intenciones del hombre, Zorobabel Rodriguez refiere con entera imparcialidad la vida de Bilbao; no le atribuye opinion alguna sin citar al pié aquella de sus obras en que esa opinion se encuentra consignada ni, por fin, acusa de falsas, erróneas o perniciosas sus doctrinas sin espresar en seguida los fundamentos, las razones que tiene para ello.

Como se vé, el autor quiere discusion, pero discusion libre, tranquila, serena, estraña a

todo odio, como no sea el odio al error, i ajena a toda pasion, como no sea la pasion por la verdad.

I para que nadie se equivoque acerca de lo que entiende por imparcialidad, el autor se adelanta a manifestárnoslo con entera franqueza:

«Para nosotros, dice, la imparcialidad es un compuesto de tolerancia i de justicia; de respeto a las personas que obran impulsadas por nobles móviles i de adhesion profunda a la verdad.»

Lo primero que llama la atencion en el exámen de las obras de Bilbao, es el carácter de los estudios de éste. Allí pasan a la vista del lector los mas difíciles, los mas trascendentales problemas filosóficos, teolójicos, históricos, sociales, científicos i literarios. La solucion que ordinariamente daba a estos problemas no era la mas acertada ni la mas conforme a razon, como quiera que siempre tuvo por luz única su apego al racionalismo i su odio a las doctrinas católicas.

El autor investiga cuáles fueron las causas que hicieron que Bilbao pasara a formar en las filas del racionalismo, de católico que era, i las encuentra: primero en la Biblia, despues en Lamennais i, por último, en la lectura de malos libros. Esplica en seguida cómo estas tres causas ejercieron tan decisiva influencia

en Bilbao i hace notar la esterilidad de sentimientos de que da pruebas éste al abandonar sus antiguas creencias, las creencias de sus padres, sin lanzar ni una queja, ni un jemido, ni un sollozo, ántes bien mirando con odio a su pasado.

«Esa aridez de sentimientos rebaja a Bilbao como ser moral e intelijente.» No es así como los grandes hombres se abandonan al vertijinoso mar de la incredulidad, ni ostentan esa fria impasibilidad cuando oyen, como dice Teodoro Jouffroy, silbar los vientos de la duda que en todas direcciones azotan los muros queridos de la fé.

Bilbao, no obstante, pasó tranquilo i aun desdeñoso por su pasado, del campo de la fé al de la incredulidad. Su hermano mismo afirma con cierto cinismo que, una vez racionalista, Bilbao miró con *horror* la relijion de su infancia, la relijion que habia hecho nacer en su pecho el celo santo de un padre i el santo i cariñoso amor de una madre.

Zorobabel Rodriguez, despues de reflexionar estensamente sobre este aspecto de la vida de Bilbao, traza con método e imparcialidad su biografía. Le observa durante su residencia en Chile; le sigue a Europa; visita con él a Lamemais, Michelet, Quinet; hace a grandes, pero pintorescos rasgos, la historia de la Francia en aquel entónces i vuelve por fin a

Chile, siempre en compañía del proscrito chileno.

En el capítulo VII se le presenta la ocasion de pintar el movimiento político de nuestra patria, en febrero de 1850, i la aprovecha.

Es ese un capítulo interesantísimo, un capítulo de historia. A propósito de las maquinaciones de los partidos políticos de entónces i esplicando el retraimiento de Bilbao en la lucha, Zorobabel Rodriguez confiesa noble i francamente la sinceridad de las convicciones de aquél, confesion que, por otra parte, sale de los puntos de su pluma cada i cuando hai ocasion de hacerlo.

Hace tambien la historia de la *Sociedad de la Igualdad*, i esplica de un modo admirable en qué consistia el secreto de Bilbao para impresionar al pueblo, para arrebatarlo, para lanzarlo en la fiebre, en el delirio del entusiasmo.

Acompaña a Bilbao en su segundo viaje a Europa, lo acompaña en su peregrinacion por las repúblicas sud-americanas i, en su deseo por no perder ningun dato interesente de la vida de su héroe, le sigue i se sienta a la cabecera de su lecho de muerte.

Zorobabel Rodriguez rechaza con indignacion ciertos propósitos, ideas i sentimientos que Manuel Bilbao atribuye torpemente a su hermano moribundo. A ser cierto el encargo de

éste para que apartaran a balazos a los católicos que se acercaran a su lecho, Francisco llegaria a desmerecer en concepto de la jentes honradas. Un tal propósito «es completamente ajeno a un ser racional que espera por momentos lanzarse al insondable mar de la eternidad.»

Por lo demas, Zorobabel Rodriguez reconoce cuán defectuosa, cuán errónea i cuán poco noble es en ciertas partes la biografía de Bilbao que nos ha dejado su hermano Manuel, cuyo odio verdaderamente furioso contra los católicos i, sobre todo, contra los católicos chilenos, corre parejas con su odio a la lengua castellana i con su ignorancia. Ayer no mas, falsificando la historia, nos decia que los católicos habian arrojado al Sena las cenizas de Rouseaux i agregaba que temia que las de su hermano Francisco fuesen arrojadas al Mapocho!.....

Segun Rodriguez, Manuel Bilbao escribió la biografía de su hermano bajo la influencia de dos sentimientos igualmente escesivos: una adhesion ilimitada al muerto i a cuanto el muerto amó, i un odio implacable a todo aquello i a todos aquellos que fueron para éste obstáculos perseguidores o aun meros adversarios. I luego, condenando las manifestaciones de su odio, que se complace en hacer Manuel, nuestro amigo agrega este rasgo elocuentísimo:

«¿Qué disculpa tiene la manifestacion estemporánea, grosera i hasta brutal de tan innoble sentimiento? Las Euménides tenian su lugar en el cielo de los antiguos paganos; pero las Euménides eran hermosas i respetaban la gramática aun en medio de sus arrebatos de cólera. No así Manuel Bilbao: quiere indignarse i rábia; va a escribir castellano i solo acierta a chapurrar la mas detestable jerigonza.»

I cita despues nuestro autor varios párrafos de la biografía para confirmar su aserto.

Aunque en la primera parte de su libro se contrae especialmente a referir los actos mas culminantes de la azarosa vida de Bilbao, el autor refuta de paso algunos errores. Cuando el tiempo i el espacio le faltan, se limita a señalar las obras en que el lector puede encontrar mas entensamente desenvueltas las doctrinas que defiende.

Pero por interesante que sea la primera parte del *Francisco Bilbao*, debemos ya terminar aquí. La segunda parte nos espera i allí está la verdadera lucha, allí flamea la bandera del combate i allí los adversarios se estrechan, se oprimen i pelean cuerpo a cuerpo.

Nada de sofismas. La verdad, para triunfar, no los necesita ni los reclama. Nuestro amigo espone los principios del adversario, cita sus palabras testuales, la obra i la pájina de la obra en que dichas palabras están i en segui-

da refuta. Los argumentos pasan a nuestra vista ordenados, graduados segun su fuerza, a la manera de una falanje. Hai allí dialéctica poderosa, lójica acerada i vastos conocimientos de las materias que se discuten.

Es posible abrigar ideas distintas de las que el autor del *Francisco Bilbao* profesa. No es posible negarle ni su ilustracion ni su carácter de polemista caballeroso i sério.

Hablemos un poco de esta segunda parte.

Segun Bacon, poca filosofía aleja de la relijion i mucha filosofía conduce a ella.

Segun Frouton, vale mas ser completamente ignorante que sabio a medias.

Fronton i Bacon lo afirman; el libro de nuestro ilustrado amigo lo prueba.

Cojed cualquiera obra de esas que diariamente arrojan al público las prensas de la incredulidad. Leedla con alguna atencion i decidnos si al traves de un gran aparato de erudicion no descubris una vaciedad casi completa en el fondo. Pero el error vestido de galas es siempre el error. Basta un lijero exámen para descubrirlo.

Nada hai de mas poco sólido que la pretendida ciencia de algunos de los incrédulos: lo decimos sin desconocer la alta intelijencia de muchos de ellos cuyos talentos admiramos i compadecemos con toda la sinceridad de nues-

tra alma. Ello depende principalmente de las obras que se toman por guia. Para muchos Voltaire es el maestro único. Se va a estudiar en él la historia, la filosofía, la ciencia social i hasta las ciencias naturales. Se abriga la mas absoluta ignorancia respecto a los apolojistas i demas escritores católicos i, si por algo se les conoce, es por las citas incompletas sacadas de sus obras que se encuentran aquí i allí esparcidas en las obras de los racionalistas.

Aunque esto parezca a muchos una blasfemia, es lo cierto que Bilbao no tenia ni las mas elementales nociones en muchas de las materias que trató.

De él nos han quedado varios trabajos filosóficos. Basta leerlos para comprender que, al escribirlos, ni Bilbao mismo se entendió.

Es esto lo que prueba tambien palmariamente Zorobabel Rodriguez.

Aun mas: demuestra que Bilbao no supo definir de una manera precisa ni a su Dios ni a su alma. A las veces proclama un Dios personal i un poco mas tarde llega hasta admitir la sustancia única de los panteistas. Es una especie de Cousin que rechaza «el Dios muerto de la escolástica,» que declara que el panteismo es un verdadero ateismo, que a renglon seguido dice que «si Dios no es todo, es nada» i que por fin concluye por no saber él

mismo cuál es su verdadera fé. Bilbao creia en la inmortalidad del alma i mas de una vez, interpretando ciertas palabras de Platon, pareció juzgar evidente la existencia de la metempsícosis.

En una palabra, como creemos haberlo dicho ya, lo único de que Bilbao tenia plena conciencia era su racionalismo.

I ¿qué es en buenos términos el racionalismo?

«Tengo, dice el príncipe de Metterniche, una aversion que me parece mui fundada a los *ismos*, cuando los veo aplicados a cualquier sustantivo que espresa una cualidad o un derecho; porque se me figura que desnaturalizan el mismo objeto que se quiere con ellos significar.»

I el célebre Donoso Cortes afirmaba que, en el seno de la luz del catolicismo, todo otro *ismo* es como una señal para dar el alerta a la razon i a la fé.

En efecto ¿qué cosa mas natural que someterlo todo a la razon, esa noble prerrogativa del hombre? Por qué entónces condenar al racionalismo?

La manera como resuelve Zorobabel Rodriguez esta cuestion es magnífica. En las pájinas 118 i siguientes, i en las 134 i siguientes, cempara el criterio católico con el criterio racionalista i demuestra hasta la evidencia la

superioridad de aquel. Nada de palabras pomposas ni de frases oscuras. Quiere hacerse comprender i usa de un estilo sencillo i preciso. Los ambajes i tapujos le son innecesarios: le basta, para vencer, la fuerza de la lójica, esa gran demoledora que sobre las ruinas del error levanta templos i altares a la verdad.

Refuta despues con la filosofía i con la historia la pretendida incompatibilidad entre el catolicismo i la república, incompatibilidad que era el gran argumento de Bilbao i que es tambien el caballo de batalla de la superficialidad i la ignorancia. La historia i la filosofía, la teoría i la práctica demuestran que, léjos de ser la Iglesia enemiga de la liberted de los pueblos, en todo tiempo i por doquiera ha cobijado esa libertad bajo sus bienhechoras alas.

O catolicismo o república! dicen los revolucionarios. Ese dilema o es un imbécil o un malvado, contesta nuestro amigo i se detiene a probarlo hasta dejarlo de sobra.

Pero Bilbao no solo ignoraba la relijion, la filosofía i la historia, que tambien son harto peregrinas sus teorías políticas i económicas. A combatir estas últimas dedica Zorobabel Rodriguez los capítulos XIII i XIV de su obra. Léalos todo hombre imparcial, lea aun los capítulos anteriores i si su imparcialidad no es una vana palabra, habrá de confesar que

nuestro amigo tiene razon cuando afirma que Bilbao ignoraba por lo jeneral las distintas materias que en sus obras trató.

Como el vulgo de los incrédulos, Bilbao acusa a la Iglesia de retrógrada i de despótica. A sus labios vienen frecuentemente las dragonadas i Bossuet, la San Bartolomé i los hugonotes, la Biblia i Galileo.

Para demostrar cuán mojados estaban los papeles de Bilbao en asuntos de historia, le habria bastado a Zorobabel Rodriguez el recuerdo de Galileo si, a mayor abundamiento, no hubiese querido traer otras citas en su apoyo.

Bilbao afirma dogmáticamente que Galileo convenció a la Biblia de mentira. I Bilbao i los discípulos de Bilbao creen como en una verdad inconcusa en las persecuciones que la Iglesia ordenó contra Galileo.

No obstante, todo ello no pasa de ser un embuste de la mas baja especie.

Ni Galileo convenció a la Biblia de mentira ni sufrió las persecuciones que tanto se cacarean i propalan por jentes de poco juicio.

Como lo afirma nuestro amigo, nadie ha probado hasta ahora que un concilio ecuménico o el Papa, hablando ex-cátedra, haya condenado a Galileo.

Por lo que a las persecuciones que sufrió

Galileo toca, hemos dicho que todas ellas son un embuste de baja lei i hemos dicho bien.

Bernini afirma, en la *Historia de las herejías*, que Galileo estuvo cinco años en prision; Brewster dice que pasó preso durante un año; Montucla da a entender que algunos afirman que le sacaron los ojos; pero todas estas paparruchas, todas estas calumnias han sido felizmente desmentidas gracias a los trabajos de Venturi i una carta escrita por el mismo Galileo, que se rejistra en la *Historia Universal* de César Cantú, tomo 5.º i capítulo XXXVI.

Mas ¿a qué detenernos tanto en semejantes pampiroladas, mil veces reducidas al polvo por escritores tan hábiles como ilustrados?

A quien quiera mas detalles, mas luz, mas razonamientos sobre las diversas cuestiones que hemos mencionado aquí, le recomendamos que lea el precioso libro que lanzamos a los vientos de la publicidad.

Tal es el *Francisco Bilbao* en cuanto a su fondo. Obra de polémina i de discusion tranquila i elevada, será leida con gusto i sin odios.

El estilo es correcto, animado i nervioso. Hai allí muchos rasgos de pluma felices, pinceladas brillantes, períodos rotundos, abundantes i bien cortados, al lado de una sátira

aguda i punzante que mas se asemeja al cáustico que a la cataplasma.

Fuera de todo esto, hai en el libro de Zorobabel Rodriguez un mérito mas alto i mas imperecedero: el de defender una noble causa i el de defenderla victoriosamente.

La incredulidad se pasea en nuestras calles, penetra en nuestros salones, invade los hogares. I esa plaga mas terrible que todas las plagas, la indiferencia, parece ir adquiriendo un poderoso dominio en nuestra juventud. De aquí esa molicie matadora, esa estagnacion venenosa que por todas partes se nota. De aquí tambien esos corazones misántropos, esas almas débiles, hastiadas del mundo, sin paz i sin tranquilidad que, buscando en vano aquello que solo una incontrastable fé les puede dar—la dicha, concluyen por arrojarse en brazos de la licencia i del desenfreno prorrumpiendo en la tremenda brutalidad de Byron: la virtud es fastidiosa.

Por eso, combatir a la incredulidad es una noble accion. Vencer a la incredulidad es una noble victoria.

Nuestro ilustrado amigo la ha vencido i su libro es el boletin de su triunfo.

Ni aplausos ni flores para su triunfo, ni elojios ni encomios para quien ha sabido luchar. Nuestro querido amigo es vencedor i, como ha dicho un hombre de jenio, nada

sienta tan bien en la frente del vencedor como una corona de modestia.

RÓMULO MANDIOLA.

Santiago, agosto de 1872.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

I.

O mucho nos engañamos o la circunstancias son propicias hasta rayar en tentadoras para estudiar la vida i las doctrinas de Francisco Bilbao.

Una sociedad de artesanos de esta capital ha acordado traer a Chile sus restos mortales i elevar un monumento a su memoria. Con este propósito pondera los servicios que prestó a la causa de la democracia, sus profundos conocimientos en la ciencia social, la elevacion de sus miras

políticas i su desinteresada i sublime consagracion al servicio de los ignorantes i desvalidos. A estarnos a las circulares espedidas por esa sociedad, los artesanos chilenos deben concurrir con su óbolo a la obra proyectada, por un espíritu de justicia i sobre todo por un sentimiento de gratitud.

Contribuyendo a honrar la memoria de Bilbao, contribuirian desde luego a reparar el olvido en que nuestra sociedad ilustrada ha dejado a uno de sus mas eminentes pensadores, i despues a pagar una deuda de gratitud al jeneroso tribuno en cuyo pecho ni los desencantos, ni las persecuciones, ni los años pudieron apagar la llama de su amor a los desheredados de la fortuna.

Averiguar lo que haya de falso, de exajerado o de cierto en esos juicios es por lo tanto una cuestion de actualidad. Solo resolviendo esta cuestion con pleno conocimiento de causa podremos concurrir a la obra que se proyecta sin temor de ser embaucados, o desentendernos de ella sin te-

mor de cometer una injusticia: solo así sabremos si tienen razon los que andan propalando que Bilbao fué un jenio sublime calentado por un noble corazon, o los que andan propalando que fué un demagogo peligroso digno de la cárcel, del destierro i de la execracion de la posteridad, o si no la tienen ni unos ni otros.

Todo conspira a facilitar la acertada resolucion de este problema. Desde 1851, año en que Bilbao dijo su último adios a las playas de Chile, Chile ha hecho una inmensa jornada.

Hoi el autor de *La Sociabilidad chilena* no habria sido denunciado ante el jurado por blasfemo, inmoral i subversivo como en 1844, ni mucho ménos el fogoso tribuno de *La Sociedad de la Igualdad* habria visto invadido su club por una banda de garroteros como en la noche del 19 de agosto de 1850; pero en cambio el escritor habria suscitado por la prensa réplicas algo mas sólidas que las que entónces se opusieron a sus teorías (1) i el orador encontrado un

(1) Es notable, por la falta absoluta de es-

auditorio mucho mas suspicaz i esperto para apreciar sus doctrinas sociales i políticas. La absoluta libertad práctica que actualmente existe para hablar i publicar habria ahorrado al filósofo i al ajitador muchos odios i persecuciones; pero ¿no es probable que tambien le hubiese privado de muchas adhesiones candorosas, operando una rebaja considerable en su colosal estatura?

Sea como fuere, la verdad es que el estudio de las doctrinas de Francisco Bilbao, no solo nos parece fácil i oportuno en las circunstancias actuales, sino tambien en gran manera provechoso. Basta leer el índice de sus obras completas para calcular la gravedad de las cuestiones a que aplicó su intelijencia. I a la verdad, en el curso de ellas el lector tropieza con casi todos

tilo i de fondo, un folleto publicado en el año 1844 i que lleva por título, *Breve defensa del cristianismo contra el artículo Sociabilidad chilena*. Mas adelante espondremos la razon principal de la deficiencia de esta réplica, como asimismo de casi todas las que se opusieron a la propaganda de Bilbao.

los mas árduos i trascendentales problemas relijiosos, sociales, políticos, filosóficos, históricos i aun literarios; siendo de notarse que Bilbao, obedeciendo a una de las tendencias características de su espíritu, elije para plantear esos problemas el terreno mas elevado i trascendental, procurando buscar la primera razon de las cosas, reducirlo todo a fórmulas, a leyes, a axiomas i desdeñando los detalles i las aplicaciones. Su procedimiento ordinario consiste en remontarse de la política a la ciencia social i de ésta a los dogmas. Ahora bien ¿no es precisamente ésta la tendencia de los espíritus en la época que atravesamos?

¿No estamos viendo, en sus mútiples manifestaciones, ese anhelo de buscar la razon, la causa i la esencia de todo cuanto existe? ¿Qué otra cosa hacen diariamente cuantos hablan o escriben que comparar las leyes, las instituciones i las creencias con el ideal de justicia, de verdad i de santidad que cada cual ha adoptado como blanco de sus aspiraciones i como objeto de los esfuerzos de su vida? En nuestra

polémica diaria la cuestion política aparece casi siempre dominada por la cuestion económico-social i ésta dominada a su vez por la cuestion relijiosa. Para convencerse de ello basta notar que las cuestiones políticas que despiertan mayor interes, no son las esclusivamente políticas, sino aquéllas que se rozan con la organizacion de la sociedad o con sus creencias relijiosas. Compárese si no el interes que despertó la gravísima cuestion política de la reforma constitucional, con la relativamente mucho ménos grave cuestion relijiosa sobre los cementerios, i nuestro aserto aparecerá con todos los caractéres de la evidencia.

De esta semejanza de tendencias i preocupaciones entre el hombre cuyas doctrinas nos proponemos examinar i la sociedad actual, se deduce el doble carácter que necesariamente tendremos que dar a nuestros estudios. Examinando los problemas planteados por Bilbao, examinaremos tambien mucho de los problemas que en la actualidad nos preocupan.

¡Feliz circunstancia que nos permitirá

tratar del presente con la calma, la imparcialidad i el respeto a que el pasado tiene derecho! I hermosa oportunidad para combatir a los adversarios vivos con la circunspeccion que los muertos imponen!

En efecto, poco importaria que el asunto que nos proponemos tratar tuviese cierto interes de actualidad i que las circunstancias fuesen escepcionalmente propicias para tratarlo si no nos sintiéramos capaces de desempeñar honrada *e imparcialmente* el delicadísimo majisterio que nos arrogábamos.

Sí; ántes de trazar la primera de estas líneas hemos sondado cuidadosamente nuestra alma i nada hemos encontrado en ella que nos impida esponer con exactitud, apreciar con equidad i juzgar con imparcialidad los actos i las doctrinas de Francisco Bilbao. Sí; discurriremos con una irreprochable imparcialidad: pero que nadie se engañe sobre el verdadero sentido de esta palabra. Para algunos imparcialidad es lo mismo que neutralidad, es el equilibrio entre los elojios i las censuras; i, tratándose

de examinar doctrinas, solo es imparcial el que encuentra medios de estar la mitad de las veces de acuerdo con su autor i la otra mitad en desacuerdo. Para nosotros ésa no es imparcialidad sino neutralidad. Para nosotros la imparcialidad es un compuesto de tolerancia i de justicia, de respeto a las personas que obran impulsadas por nobles móviles i de adhesion profunda a la verdad. De esa imparcialidad nos sentimos capaces tratándose de Francisco Bilbao; i sea dicho en verdad, el propósito no nos ha costado mui dolorosos esfuerzos. Al contrario, él ha sido como una consecuencia natural del estudio que acabamos de hacer de sus escritos. Si mucho de los principios que sostuvo son la negacion mas absoluta de los que nosotros profesamos, si algunos de sus mas profundos odios son nuestros mas profundos amores, i si esto nos separa, hai en su carácter enérjico, entusiasta, tan propenso a la amistad i aun a la admiracion, en su vida tan llena de contratiempos i hasta en la tendencia filosófica, escrutadora i sintetizadora de su

espíritu, algo i aun mucho que desarma nuestras prevenciones.

Apreciar equitativamente los actos de la vida de Francisco Bilbao a la luz de los principios inmutables del derecho i de la moral;

Esponer con exactitud i perfecta lealdad sus doctrinas;

Aceptarlas o refutarlas, dando siempre la razon de nuestra aceptacion o de nuestro rechazo;

Condenar con enerjia los errores asi comprobados, respetando cuidadosamente los móviles i las intenciones;

Tales son nuestros propósitos al principiar. Los lectores van a ver si tenemos la fortuna de realizarlos.

II.

Difícil seria estudiar las ideas de Francisco Bilbao sin dar ántes una rápida ojeada a los principales actos de su vida. No

vamos sinembargo a escribir su biografía, tarea ya desempeñada por otro, i aunque así no fuese, estraña al objeto que nos hemos propuesto. Lo que nos importa considerar son aquellas circunstancias de su vida que influyeron mas o ménos profundamente sobre sus convicciones, aquellos hechos, que con mas o ménos seguridad, nos permitan descubrir el temple de su alma, o aquellos actos propios para revelarnos al vivo las dotes de su corazon o las cualidades privativas de su carácter.

Desde este punto de vista la primera cuestion que se nos presenta es la de averiguar las causas que movieron a Bilbao a abandonar las ideas relijiosas, sociales i políticas en que habia sido educado, i que eran tambien las ideas de su familia i de su tiempo, para entrarse resueltamente por los senderos del racionalismo. En efecto, es por mas de un título digno de estudio el fenómeno de ese jóven, casi podria decirse de ese niño que, nacido en 1823 en la capital de la república i educado en las ideas dominantes entónces, se subleva, al salir

apénas de la adolecencia, contra la sociedad en que vive, inmolando con inaudita temeridad tradiciones, recuerdos, enseñanzas i conveniencias, para levantar sobre sus ruinas el estraño edificio de una nueva relijion i de una política nueva.

Pero ántes de investigar las causas de tan singular metamórfosis conviene digamos algunas palabras sobre la fuente de informaciones a que tendremos que acudir en cuanto ataña a la vida de Francisco Bilbao. No conocemos otra biografía de él que la que corre impresa con sus obras completas, publicadas en Buenos Aires en 1866.

Este trabajo, debido a la pluma de don Manuel Bilbao, fué, segun todas las apariencias, ejecutado bajo el influjo de dos sentimientos igualmente excesivos: una adhesion ilimitada al muerto i a cuanto el muerto amó, i un odio implacable a todo aquello i a todos aquéllos que fueron para éste obstáculos perseguidores o aun meros adversarios. ¡Qué enorme diferencia entre Francisco Bilbao i su biógrafo! Aquél sabe

amar, sabe perdonar, sabe entusiasmarse i a veces llega hasta escribir con cierta elocuencia; éste no sabe sino injuriar, aborrecer, interesarse i emporcar papel. Hasta su amor al hermano muerto aparece como un resultado del odio a los que combatieron sus doctrinas; i al considerar como arroja lodo a diestro i a siniestro aquella misma mano que bate infatigable el incensario, el espectador vacila i no sabe si reconocer en el estraño personaje una personificacion del amor fraternal o una personificacion del odio.

¿Va a decírsenos que ese odio es fundado? Supongamos por un instante que lo fuese; pero aun siéndolo ¿qué fé merecen las confidencias que se nos hacen bajo su influjo? I qué disculpa tiene la manifestacion estemporánea, grosera i hasta brutal de tan innoble sentimiento? Las Euménides tenian su lugar en el cielo de los antiguos paganos; pero las Euménides eran hermosas i respetaban la gramática, aun en medio de sus arrebatos de cólera. No asi Manuel Bilbao: quiere indignarse i rabia; va

a escribir castellano i solo acierta a chapurrar la mas detestable jerigonza. Para que se vea que no exajeramos, citemos:

«Los amigos de Bilbao *vasean* sus bolsillos i aun los artesanos» se lee en la pájina 31 de la biografía.

I en la misma pájina, cinco líneas mas abajo:

Bilbao *venía* de ser condenado, escomulgado por el clero i la jente ilustrada», etc.

Volviendo la hoja: «Su ideal era Jesus a quien consideraba *igual o lo mismo* que si fuera Dios. San Francisco de Sales su modelo *a imitar*.»

Basta i sobra. Cuando así se escribe no hai derecho para llamar *idiotas* a los millones de hombres que seguimos la relijion católica, ni razon para mostrarse tan ufano del buen estado de sus facultades intelectuales como Manuel Bilbao se muestra.

Dejemos, empero, esta pequeña digresion a que el desenvolvimiento natural del asunto que tratamos nos ha arrastrado, i volvamos a la transformacion que las ideas

relijiosas de Francisco Bilbao esperimentaron en su primera juventud. Estándonos a sus propios apuntes, esa transformacion aparece motivada por dos causas principales: la Biblia i Lamennais.

Con respecto a la Biblia decia en 1864 (2):

«Tambien he creido, no por convencimiento sino por educacion, que Dios apareció en Jesus o que Jesus fué Dios. Pero debo hacerme justicia dando testimonio de la conversion de un alma sedienta de verdad, que por su propia iniciativa i por su persistencia tenaz en no olvidar la revelacion primitiva i fundamental de la razon, llegó a la verdadera solucion.

«Esa idea de la divinidad de Jesus, sin conocer ningun libro, sin haber oido ninguna negacion, desde mui temprano preocupó mi intelijencia. Lector empecinado de los Evanjelios, creyendo que contenian la revelacion de la palabra divina, *a ellos en mis dudas acudia; i, profundamente católico*, poco a poco descubrí que el catolicismo i

(2) La revolucion relijiosa.

casi todo lo que la Iglesia católica enseñaba no estaba en los Evanjelios. Este trabajo interior i continuado, reproducia en mí, sin que pudiera sospecharlo, las diferentes negaciones que han asaltado al catolicismo en diferentes periodos históricos, es decir, las diferentes herejías hasta llegar a la reforma de Lutero. Fuí protestante sin saberlo.»

El anterior párrafo es mui digno de llamar la atencion, no solo porque él nos muestra con toda claridad la puerta por donde Bilbao salió definitivamente de la Iglesia católica, sino tambien porque nos revela los flacos de su intelijencia i contiene una leccion que conviene guarden en la memoria los creyentes.

Nótase desde luego que en el caso de Bilbao, como en muchos otros, el juicio individual aplicado a la Biblia no fué mas que el puente para pasar del catolicismo al racionalismo. Nótase, sobre todo, que Bilbao, ni aun en 1864, sabia distinguir netamente una relijion de otra; pues si eso hubiera sabido ¿cómo le habria sido dado afir-

mar que *en todas sus dudas acudia a la Biblia* i una línea mas abajo que era *profundamente católico*? ¿No equivale ello a declararse simultáneamente católico i protestante? Bilbao no pudo, pues, llegar poco a poco al protestantismo, como él lo afirma, por la lectura del Evanjelio, ya que por el hecho mismo de acudir a esa fuente en sus dudas obraba como protestante. Otra habia sido la marcha de su espíritu i otra la jeneracion de su incredulidad. El deseo mal dirijido de darse cuenta de los fundamentos de la fé católica, lo hizo aceptar i poner en práctica el principio protestante del libre exámen, i este principio, como lo veremos mas adelante, lo condujo en materia de negaciones a estremos que habrian escandalizado al mismo Renan.

Ni podia haber sucedido otra cosa. Cuando, sin preparacion bastante, se emprende la difícil tarea de interpretar la Biblia es seguro que se llegará a encontrar en ella mui distintos dogmas i preceptos de aquéllos que la Iglesia católica nos enseña. I esto por dos razones: primera, porque sien-

do la interpretacion de la Iglesia infaliblemente verdadera i casi infaliblemente falsa la del individuo particular poco ilustrado, es moralmente imposible que lleguen a iguales resultados; i segunda, porque la fé católica no solo se apoya en las Santas Escrituras sino tambien en la Tradicion.

Hemos dicho que el párrafo que dejamos trascrito envuelve ademas una enseñanza que es menester no echar en olvido. I en efecto, lo que aconteció a Bilbao prueba cuán peligrosas son las presunciones de la ignorancia. Nada mas laudable en el católico que buscar los fundamentos de su fé; pero nada mas ocasionado a irreparables caidas que entrar en ese estudio ántes de conocer de una manera exacta en qué consiste esa fé cuyos motivos de credibilidad se buscan. Ahí está Bilbao. Quiso invertir el órden lójico de los estudios relijiosos i ese error lo llevó como de la mano hasta el abismo.

Pero ademas de estas causas subjetivas que impulsaron al autor de *Los Boletines*

del Espíritu a abandonar la relijion de sus padres, se pueden señalar otras que, viniendo de afuera, cooperaron a determinar aquella crisis.

Despues de la que dejamos señalada, la mas importante fué sin duda la lectura de los libros peligrosos. Parece que Bilbao, que sentia una sed insaciable de instruirse, tuvo la desgracia de no encontrar en su camino un maestro o un amigo que le ayudase con sus consejos a dirijir hácia la verdad tan noble aspiracion. Practicando lo que practican aun muchos jóvenes, que van formando al acaso, sin plan i sin discernimiento, una pequeña biblioteca, para entresacar de ella despues, al acaso tambien, los libros cuya lectura ha de absorberles las horas que puedan dedicar a ese objeto, leyó sin método, sin criterio i sin cautela obras que mui pocos pueden leer sin perjuicio porque son mui pocos los lectores capaces de juzgarlas.

Seria mui interesante e instructivo saber los títulos de los libros que Bilbao leyó en su primera juventud, como quiera que ese

dato nos permitiria establecer con muchas probabilidades de acierto, por una parte las jornadas que hizo desde la fé a la incredulidad, i por otra la filiacion de sus doctrinas. Desgraciadamente el biógrafo, que tanto esmero ha puesto para referirnos una multitud de pequeños hechos i de pequeñas circunstancias, no nos dice una sola palabra sobre la biblioteca de su hermano. Hemos buscado pues en los escritos de Francisco alguna indicacion o confidencia que reparase el olvido de su biógrafo i no hemos buscado en vano. Léase si no el párrafo siguiente que copiamos de la pájina 123 del primer volúmen:

«Era niño, estaba en Santiago cuando por vez primera supe quien era Lamennais. Salia del colejio en una tarde de verano, hora de quietud i silencio en la ciudad abrasada por un cielo refuljente. Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas que vivia oculto i perseguido. Estaba leyendo una obrita, i al verme me dijo: hé aqui Francisco lo que te conviene; era *El libro del pueblo* de Lamennais. Me leyó un frag-

mento, le pedí la obra i desde entónces la luz primitiva que fecundó la *Araucana* (?) de Ercilla recibió en mi infancia la confirmacion o la revelacion científica del republicanismo etérno, que recibí en mi patria independiente i con la palabra de mi padre.»

En dos palabras Bilbao, que no escojia sus amigos, no escojia tampoco sus libros. Ahora bien ¿quién no vé cuánto mas peligrosos son éstos que aquéllos, aludiendo a los cuales se ha dicho sinembargo, dime con quien andas te diré quien eres? Un amigo se toma en la familia o en la vecindad i raras veces puede tener sobre nosotros una gran superioridad de talento o de instruccion. No así un libro. Un libro es muchas veces un sabio que pone en juego toda su ciencia para ceducir a un ignorante, i no pocas un jenio que emprende el asalto contra una intelijencia que despunta apénas. ¡Cuántas veces al ver ciertos libros en manos de ciertas personas no hemos sentido la misma impresion de espanto, e idéntica inquietud a la que siente el lector

de *El Fausto* de Goethe al oir la voz de Mefistófeles que pregunta a la bella i candorosa Margarita: «¿Cómo está el corazon?»

Sin duda que Lamennais no era el jenio del mal; pero Lamennais era un jenio tanto mas poderoso cuanto que era un jenio impulsado i multiplicado por un temperamento de fuego. Su espíritu, capaz de idear deslumbradores sistemas i brillantísimas paradojas, tenia a su servicio para difundirlas i embellecerlas un estilo vigoroso, animado i centellante i una imajinacion oriental. Poned un libro escrito por un escritor semejante en manos de un niño, suponed que ese niño sale de las aulas de uno de los colejios de Santiago, tales cuales éstos eran hace treinta i cinco o cuarenta años, i decid si es posible esperar otro resultado que una rendicion incondicional. Fué lo que aconteció con Bilbao. Lamennais lo arrastró en el sentido de sus ideas i de sus sentimientos tan fácilmente como el huracan arrastra en el sentido de su impetuoso vuelo al pajarillo que por primera

vez deja el nido para probar sus alas. Para que tal cosa no hubiera sucedido habria sido necesario o no leer a Lamennais o leerlo sin comprenderlo ni sentirlo. Bilbao lo leyó, lo comprendió i lo sintió, i desde entónces no fué mas que un satélite de aquel grande astro desquiciado.

Para comprender todo lo que hubo de fatal en la fascinacion ejercida por Lamennais sobre Bilbao conviene hacer hipotéticamente la contra-prueba. Supóngase que en vez de caer en manos del estudiante de Santiago una obra de Lamennais posterior a 1833, le hubiese caido su *Essai sur l'indiference*. ¡Cuán diverso habria sido el resultado! ¿I quién podria decirnos si en tal caso nosotros a estas horas, en vez de ocuparnos de señalar los tristes estremos a que condujo a Bilbao su aversion al catolicismo, a sus instituciones i a su augusto jefe, no nos ocupariamos de señalar los errores relijiosos i políticos en que un celo poco dócil i mal dirijido hizo incurrir, durante la primera época de su vida, al estremoso batallador de La Chenaie?

Mas adelante examinaremos la medida i direccion de la influencia intelectual ejercida por aquel ilustre rebelde sobre Bilbao; por ahora bástenos haber indicado como aquél contribuyó poderosamente i sin saberlo a estinguir la fé católica en el alma de éste, que mas tarde habia de tener a honra llamarse su discípulo i que le mostró hasta los últimos instantes un afecto tan tierno. ¡Fuerza maravillosa del jenio! cuán grande es tu poder; pero cuán terrible es tambien tu responsabilidad!

III.

Sean empero cuales fuesen los motivos i los consejos que determinaron la resolucion de Bilbao, i ya sea que él de suyo i poco a poco llegase a perder por completo la fé en que habia sido educado, ya que esa evolucion de su espíritu fuese determinada por influencias estrañas, el hecho es que a los veinte años, pudo aplicarse a si

mismo las palabras de Remijio a Clodoveo: «Quema lo que has adorado i adora lo que has quemado.»

Semejante situacion es verdaderamente trájica para todos aquéllos que saben comprender cuánta es la gravedad e importancia de los problemas que se refieren al orijen, a la naturaleza i a los eternos destinos del alma humana; i honra poco sin duda al corazon i a la intelijencia de Bilbao, la impasibilidad con que al parecer salió del campamento de los creyentes, para entrar en el campamento de los incrédulos. Ni el eco de un suspiro, ni la huella de una lágrima encontramos en el trayecto de esa memorable jornada; ni siquiera la conciencia de la inmensa gravedad del acto, ni en el trascurso de su vida una sola reminiscencia del dulce calor de la casa paterna.

Esa aridez de sentimientos rebaja a Bilbao como ser moral e intelijente. Si fué debida al orgullo que no le permitia dudar de la verdad de sus propias concepciones ¿qué idea debemos formarnos de su talento? Si al contrario fué el resultado de una

imposibilidad natural ¿qué idea debemos formarnos de su carácter?

Por lo que a nosotros respecta, debemos declarar que, si la incredulidad que duda, que ama, que anhela por creer, nos inspira siempre respeto i simpatías, la incredulidad que presume de infalible, que olvida i que se siente satisfecha, no nos puede inspirar mas que repugnancia i aversion. La primera es una enfermedad curable o nó, pero siempre digna de atencion i de cuidados; la segunda es en la mayor parte de los casos un delito.

A fin de que se comprenda la magnitud del vacío que acabamos de hacer notar, comparemos la actitud de Bilbao al lanzarse del arca de la fé al revuelto mar de la incredulidad, con la actitud de uno de los pensadores cuyo estravío constituye una de las mas grandes pérdidas que haya hecho la Iglesia católica en este siglo, de Teodoro Jouffroy. El mismo va a contarnos la terrible historia de aquellas luchas que Dios solo presencia como testigo i los desgarramientos que preceden a aquellas su-

premas resoluciones, que a Dios solo le es dado juzgar. Es una breve historia que tiene las tristezas de un adios i la solemnidad de una trajedia.

«Hijo de padres piadosos, dice, i habiendo venido al mundo en un pais en que la fé católica estaba aun llena de vigor i de savia, me habia acostumbrado desde mui temprano a considerar el porvenir del hombre i el cuidado de su alma como la gran cuestion de mi vida, i todo el plan de mis estudios habia contribuido a afianzarme mas i mas en esa disposicion de espíritu. Durante mucho tiempo las creencias del cristianismo habian correspondido plenamante a todas las necesidades e inquietudes que esperimenta el alma preocupada de tan altos problemas. Para todas las temerosas preguntas la relijion de mis padres tenia respuestas, i gracias a ellas, veia i comprendia la vida presente, i mas allá aun divisaba desarrollarse un provenir sin nubes.

«Tranquilo por lo que tocaba al camino que debia seguir en este mundo, tranquilo

con respecto al fin a que me conduciria en el otro, comprendiendo la vida en sus dos faces i a la muerte que las une, comprendiéndome a mí mismo, conociendo las miras de Dios sobre mí i amándolo por la bondad de ellas, era feliz con esa felicidad que procura la fé viva i cierta en una doctrina que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar el hombre. Pero en la época en que yo habia nacido era imposible que semejante felicidad fuese durable, i llegó el tiempo en que, desde el recinto del tranquilo edificio de la relijion que me habia recojido al nacer i a cuya sombra habia corrido mi primera juventud, empecé a sentir silbar los vientos de la duda que en todas direcciones azotaban los queridos muros sacudiéndolos hasta en sus cimientos. Mi curiosidad no me habia permitido evitar aquellas poderosas objeciones sembradas como polvo invisible, en la atmósfera que respiraba, por dos siglos de escepticismo. A pesar del espanto que me causaban, i talvez a causa de este mismo espanto, estas objeciones habian

impresionado fuertemente mi intelijencia. En vano mi infancia con sus poéticas impresiones, mi juventud con sus piadosos recuerdos, la majestad, la antigüedad i autoridad de aquella fé que se me habia enseñado, toda mi memoria, toda mi imajinacion, toda mi alma, se habian levantado i sublevado contra esta invasion de incredulidad que las heria en lo mas vivo; mi corazon no pudo defenderme contra mi intelijencia. Una vez puesta en duda la divinidad del cristianismo, habia sentido temblar en su base todas sus convicciones; para afianzarlas le fué preciso examinarlas en sus fundamentos racionales i por mas parcialidad que puso en ese exámen, salió de él completamente escéptica.

«Tal era el plano inclinado sobre el cual se habia ido deslizando mi intelijencia.

«No olvidaré jamas aquella noche de diciembre en que vi despedazarse el velo que ocultaba mi incredulidad a mis propios ojos. Aun oigo mis pasos en aquella pieza estrecha i desmantelada, donde tenia cos-

tumbre de pasearme hasta mui tarde de la noche; veo aun aquella luna medio velada por las nubes, iluminando por intervalos los frios cristales de mi ventana. Las horas pasaban sin que yo las sintiese: seguia con ansiedad mi pensamiento que de grado en grado bajaba hasta el fondo de mi conciencia, disipando una despues de otras las ilusiones que me habian impedido verlo en su tremenda desnudez. En vano me aferraba a las últimas creencias como un náufrago a los restos de su despedazada nave; en vano, espantado del vacío misterioso en que iba a flotar, retrocedia lleno de angustia i ¡ai por la última vez! hácia mi infancia, mi familia, mi patria i todo lo que me era tan caro; mas fuerte era la inflexible corriente de mis ideas; padres, familia, recuerdos, creencias, de todo me arrancaba. El exámen continuó tanto mas severo i obstinado, cuanto mas me acercaba al fin i no se detuvo sino cuando lo hubo alcanzado. Supe entónces que en el fondo de mi mismo nada quedaba en pié, que nada creia ya de todo lo que habia creido so-

bre mi mismo, sobre Dios i sobre mi destino en esta vida i en la otra, puesto que rechazaba la autoridad que me habia enseñado esa creencia. Aquel instante fué horroroso i, cuando al venir el alba, me arrojé rendido sobre el lecho, me pareció ver que mi primera vida tan dulce i apacible se estinguia i que empezaba otra oscura i apartada en la cual me veria condenado a vivir solo, solo con mi pensamiento fatal, que a ella acababa de arrojarme i que habria querido maldecir» (3).

La lectura de la tristísima relacion que antecede manifestará cómo bajan desde las espléndidas cimas de la fé al oscuro abismo de la incredulidad los próceres de la intelijencia. A semejanza de Jouffroy, ellos hacen esa jornada volviendo a cada paso hácia el hogar que abandonan los ojos bañados de lágrimas i el corazon que quisiera desligarse del pensamiento para tornar a la altura de su orijen, miéntras éste se desliza hácia el cáos. Tal no fué, lo hemos

(3) Theodore Jouffroy. *De l'organisation des sciences philosophiques.*

dicho ántes, la caida de Bilbao. Si en la jornada que lo condujo del paraiso al valle de la incertidumbre volvió una que otra vez la cara hácia atras, no fué para enviar a la patria que perdia el tierno adios de la primera pareja humana, ni el profundo suspiro del Rei moro; fué para enviarle *furens audacia* la mirada altiva, insultante i amenazadora del famoso conspirador romano perseguido por la irresistible elocuencia de Marco Tulio (4).

Cuando así se sale de la ciudad de Dios, no se sale para vejetar en la inaccion, ni siquiera para abandonarse al trabajo íntimo i subjetivo a que se consagró Jouffroy. Entónces se sale para predicar contra ella la guerra de todos los instantes, para guiar al asalto contra sus muros hasta clavar sobre ellos la nueva bandera. Fué lo que hizo Bilbao, lanzando desde las columnas de *El Crepúsculo*, su primer grito de gue-

(4) El mismo Manuel Bilbao reconoce esta disposicion de espíritu en que su hermano salió del catolicismo: «Entónces, dice, miró *con horror* el cáos donde habia permanecido los primeros años de su existencia.»

rra contra la Iglesia Católica. El artículo se publicó bajo el título de *Sociabilidad Chilena*, el 10 de junio de 1844. Su autor tenia apénas veintiun años.

IV.

Para formarse una idea de la impresion que causó en la sociedad de Santiago el artículo de Bilbao, es preciso recordar dos cosas: lo que era, relijiosa, moral i políticamente considerada aquella sociedad, i las doctrinas que en este artículo se sostenian.

Lo que era bajo el aspecto relijioso la sociedad santiaguina en 1844 se lo imajinará fácilmente quien recuerde cuál habia sido el carácter de la gran revolucion de 1810 i de los muchos trastornos que ocurrieron desde entónces hasta que se hubo constituido el pais de una manera estable con la promulgacion de la Carta de 1833. Ni en aquella ni en éstos se trató jamas de otros principios que de los políticos. Los

patriotas que pelearon contra España hasta arrojarla del pais, pelearon por la indepen dencia i por la libertad políticas, i habrian encontrado tan estraño que álguien les hubiese supuesto el pensamiento de espulsar la relijion católica, como el de espulsar la lengua castellana. Despues hubo motines, asonadas, discordias civiles promovidas por la ambicion de prestijiosos caudillos, o de partidos impacientes por llevar al poder sus ideas de gobierno; lo que no hubo fué una revolucion social, lo que no se vió fué partidos que proclamasen la necesidad de echar por tierra o de tocar siquiera en lo mas mínimo el venerable edificio de las seculares creencias relijiosas de los chilenos.

Tan cierto es esto que aun los constituyentes de 1828, que tuvieron el poder i a quienes no faltó la voluntad de consignar en el Código Político que dictaron las mas avanzadas ideas de la época i del partido, retrocedieron ante la libertad de cultos, reconociendo al catolicismo como única relijion del Estado i prohibiendo el ejercicio público de cualquiera otra.

No se crea sinembargo que el catolicismo de todos los hombres que en Chile sobresalieron de algun modo desde 1810 hasta mediados del siglo, fuese igualmente correcto; que en algunos de los improvisados publicistas de la época es fácil notar la influencia literaria, filosófica i aun relijiosa de Voltaire, Rousseau, D'Alembert i demas escritores franceses que prepararon la revolucion de 1789. Pero esta influencia fué mas literaria que filosófica i mas filosófica todavía que relijiosa. Produjo uno que otro católico inconsecuente, hizo de moda uno que otro epigrama contra los papas, los jesuitas i los frailes; pero no hizo protestantes ni racionalistas. Bajo esa influencia se arrebataron a las comunidades relijiosas sus bienes, se atacaron rudamente los vicios i abusos verdaderos o supuestos del sacerdocio; pero no se creyó necesario o posible emprender una campaña formal contra los dogmas de la Iglesia Católica.

Mas o ménos, la situacion relijiosa de la sociedad de Santiago, cuando apareció en *El Crepúsculo* el temerario reto de Bilbao,

era, pues, la misma en que estaba ántes de la independencia. Una relijion dominante que nadie se habia atrevido a atacar hasta entónces a cara descubierta, una lei que castigaba la herejía como un delito gravísimo i una sociedad cuyos sentimientos estaban en el mas perfecto acuerdo con las prescripciones legales.

Imajínese el lector el estremecimiento de horror, de indignacion i de escándalo que en un pueblo dominado por tales ideas i sentimientos debió causar el artículo de *El Crepúsculo*. Un artículo en que se proclamaba altamente la incompatibilidad del catolicismo i de la democracia, en que se procuraba demostrar que, miéntras aquél conservase su imperio sobre los chilenos, la república no seria en Chile mas que una mentira: en que se confundia en un mismo anatema al partido i a la relijion dominantes, a algunos dogmas del credo i a algunos principios de la Constitucion de 33: en que se proclamaba dudosa la criminalidad del adulterio i por las claras urjente una revolucion política, social i relijiosa.

Indicamos solo estas ideas porque algunas de ellas fueron excedidas mas tarde por Bilbao i porque mas adelante encontraremos la oportunidad de apreciar las que sostuvo i esplanó en sus escritos posteriores. Por ahora, bástenos decir que el fondo social, relijioso i político de la *Sociabilidad Chilena* habia sido sacado de la *Enciclopedia*. Bilbao mismo lo hizo notar mas tarde cuando aludiendo a aquel artículo decia a Santiago Arcos: «Ese escrito fué una proyeccion del siglo XVIII lanzada por una alma juvenil.» (5) Esto basta para juzgarlo. ¿Quién va hoi a estudiar la filosofía en Voltaire, la ciencia social en Rousseau, la relijion en la *Enciclopedia*?

Pero aquel escrito que hoi no habria merecido acaso ni la atencion de los gacetilleros, en 1844 alarmó a la prensa, al clero, a la sociedad i al gobierno. La prensa periódica atacó rudamente las doctrinas del reformador, sin guardar muchos respetos a su persona, la sociedad se mostró escan-

(5) *La revolucion i su marcha en Chile*. Carta a Santiago Arcos.

dalizada, el clero, si hemos de creer a Manuel Bilbao, tronó desde la cátedra sagrada contra el hereje, i el fiscal don Máximo Mujica, obedeciendo órdenes superiores, acusó ante el jurado el artículo *Sociabilidad Chilena* por adolecer «de las infamantes notas de blasfemo, inmoral i sedicioso en tercer grado.»

Aun cuando la acusacion entablada se dirijia contra todo el impreso, el fiscal creyó conveniente llamar especialmente la atencion del juez del crímen sobre ciertos puntos cuya lectura bastaria en su concepto a comprobar la justicia del castigo que reclamaba contra el autor. Los pasajes notados eran: 1.° uno en que se sostenia que el catolicismo solo era aparente para someter a los bárbaros por medio del conjunto pomposo de sus ceremonias; 2.° otro en que se acusaba a la relijion dominante de tender a la servidumbre de los pueblos i al robustecimiento de todo despotismo; 3.° un análisis del símbolo de la fé hecho con el manifiesto propósito de atacarlo i ridiculizarlo; 4.° un párrafo en que se contrapo-

nian las doctrinas de Jesucristo con las enseñadas por el «sabio apóstol de las jentes» con respecto a las relaciones i deberes de los cónyujes; 5.° otro párrafo en que se alegaba como circunstancia esplicativa i atenuante de los frecuentes adulterios que se observaban, «la mala organizacion del matrimonio»; 6.° una crítica burlesca de las costumbres caseras i patriarcales de la sociedad de la época; i 7.° un ataque violento contra la Carta de 33 que organizó constitucionalmente el despotismo i una amarga censura contra el gobierno, que obedeciendo a las prescripciones de aquélla i exajerándolas i excediéndolas en un sentido antidemocrático, «hacia venir frailes de Europa, dejaba que los curas continuasen diezmando i comerciando con los matrimonios, bautismos, etc.»

Por esas consideraciones, el fiscal «en cumplimiento del art. 23, título 4.° de la lei de 11 de diciembre de 1828, acusaba el número segundo de *El Crepúsculo* de blasfemo, inmoral i sedicioso en tercer grado.»

Era una mañana del mes de junio de

1844. La audiencia debia comenzar a las diez i media. Grupos de hombres del pueblo i de jóvenes estudiantes ocupaban en la plaza las inmediaciones de la sala del juzgado, ajitados por diversas ideas e impresiones. Codeándose con los curiosos que en casos tales siempre abundan, andaban algunos amigos del acusado i no pocos que esperaban que el *juri* impusiese a éste el castigo de su inaudita temeridad.

¿Qué era entretanto de Bilbao? Despues de haber buscado fuerza de ánimo i ejemplos que imitar «leyendo las vidas de Huss, Galileo i Jesus», segun nos cuenta su biógrafo; despues de haber pedido consejos a su padre que a aquella sazon se hallaba en Valparaiso i de haber determinado defenderse él mismo, viendo el retraimiento del amigo que le habia prometido encargarse de la defensa, preparó un triple alegato o mas bien dicho una triple arenga para rebatir al fiscal sobre los tres capítulos en que se fundaba la acusacion, i acudió a la cita afectando una arrogante indiferencia.

La ocasion es oportuna para tomar las líneas sobresalientes de su fisonomía, i la circunstancia propicia para aceptar sin reserva el halagüeño retrato que de él nos da su hermano:

«Lo presentaremos, dice éste, tal cual era ese dia.»

«De estatura mas bien alta que baja, su cuerpo era desarrollado, musculoso, fino de cintura i pecho elevado. Andar desenvuelto cual si destrozara cadenas. Cabeza erguida. El color de su rostro era blanco nácar, coloreadas sus mejillas con el carmin de la pureza.»

«Frente alta, comprimida en las sienes, limitada en ondas naturales por una poblada cabellera rubia. Nariz recta perfilada. Grandes i notables ojos de color azul cielo, sombreados por largas pestañas negras i cejas arqueadas con suavidad.»

«Boca pequeña, de labios delgados i comprimidos que aparecian con el tinte encendido de la rosa. Un contorno suave de líneas servia de complemento al rostro

anjelical; pero al propio tiempo revistiendo un signo marcado de fuerza. Aun no asomaban los bigotes ni la barba.»

«Vestia aquel dia frac azul con botones amarillos.»

«Pantalon celeste. El frac cerrado.»

Tal podemos imajinarnos a Francisco Bilbao en la mañana del 20 de junio de 1844, atravesando los grupos de curiosos, de amigos i adversarios que dificultaban el acceso a la sala donde ya se encontraban reunidos los miembros del *juri* esperando llegase el momento de dar principio a aquella solemne audiencia.

Fiscal, juez, jurados, reo, todos parecian desorientados; i fuerza es convenir en que el espectáculo no era para ménos. Aquel grupo de hombres iba a oir una discusion estraña sobre materias acerca de las cuales nunca se habia discutido en Chile. ¿Era o no cierto que San Pablo habia enseñado una moral distinta de la enseñada por Jesucristo? ¿Debia atribuirse el adulterio, a la defectuosa organizacion del matrimo-

nio i convenia por lo tanto reformarlo i hacerlo descansar sobre nuevas i mas sólidas bases? La Constitucion de 33 ¿era o no una Constitucion despótica e incompatible con los principios republicanos? Tales problemas ¿podian siquiera plantearse sin escándalo i sin cometer un verdadero delito? I ¿no era urjente que el jurado, en cumplimiento de las leyes, i en satisfaccion de la vindicta pública aplicase el máximun de la pena al temerario mozo que no habia temido plantear esas cuestiones i que habia ido hasta resolverlas contrariando las creencias, las costumbres i las tradiciones sociales?

El fiscal lo creia así, i pedia en consecuencia que así se procediese.

Bilbao, por el contrario, estaba persuadido de que publicando la *Sociabilidad Chilena*, se habia anticipado a su siglo i realizado una hazaña que le valdria la inmortalidad. En aquella audiencia no descubria mas que momias, ruinas, errores i preocupaciones. Jurado, fiscal i juez, debieron parecerle como un consejo de astros en su ocaso

empeñado en anatematizar a un sol que se levantaba. ¿Cómo estrañar entónces la injenuidad con que desde las primeras palabras de su defensa empezó a decretarse coronas, ni el ahinco con que prodigó injurias i reproches al fiscal, que en cumplimiento de su deber i en virtud de órdenes superiores, como lo hemos ya dicho, habia entablado la acusacion? Si la lei era injusta, si ella contrariaba los deseos i propósitos del reo ¿qué culpa tenia de ello el acusador? Evidentemente ninguna, i el encarnizamiento de Bilbao contra el fiscal i las injurias que forman la sustancia de la introduccion de la defensa, sólo se pueden esplicar por el natural encono que instintivamente sentimos, no solo contra la causa, sino tambien contra el instrumento de las heridas que se nos infieren.

El jurado resolvió negar al reo el derecho de defensa en lo tocante a la acusacion de blasfemo, otorgándoselo en lo tocante a las acusaciones de inmoral i de sedicioso.

Para descartarse de la acusacion de in-

moral, Bilbao disertó largamente sobre lo que habia sido el matrimonio en diversos tiempos i paises, deduciendo de los ejemplos que adujo la perfectibilidad de toda institucion legal i por lo tanto de las leyes que determinan las relaciones i deberes entre los cónyujes. Llegando al punto mas importante, es decir, a los ataques que de un modo encubierto habia dirijido contra la indisolubilidad del vínculo conyugal, huyó habilmente el bulto, pintando con vivos colores los inconveniente de la indisolubilidad para concluir confesando de plano «que no tenia ninguna creencia cierta a ese respecto.»

Mas fácil le fué todavía contestar a la acusacion de sedicioso. Hizo ver, al efecto, que la libertad de apreciar las instituciones era una consecuencia precisa del sistema democrático de gobierno; que, mostrando los defectos de la Carta de 33, no habia hecho otra cosa que usar de su derecho; i que no habiendo traspasado esos límites, ni habiendo aconsejado a nadie que desobedeciese a la dicha Carta, ni que la derri-

base por la fuerza, mal podia calificársele i castigársele en justicia como a sedicioso.

En seguida el fiscal balbuceó unas cuantas palabras i leyó unos cuantos trozos del escrito acusado; i despues de una hinchada i fogosa peroracion del reo, el *juri* espidió un veredicto por el cual lo declaraba culpable en tercer grado como blasfemo e inmoral; en cuya virtud condenólo el juez a 1.200 pesos de multa o, en su defecto, a seis meses de prision. (6)

Este veredicto, oido en el mayor silencio dentro de la sala, fué acojido en la plaza con estrepitosos vivas *al defensor del pueblo*

(6) Hé aquí el tenor del veredicto del segundo jurado i los nombres de los que lo suscribieron:

«*Santiago, junio* 20 *de* 1844.

«Es blasfemo en tercer grado. Es inmoral en tercer grado. No es sedicioso.—*José Vicente Izquierdo.—Juan José Gatica.—Vicente Leon.—Diego Echeverría.—José A. Palazuelos.—José María Silva Cienfuegos.—Pedro José Barros.—Juan de la Barra.—José Pedro Guzman.—Juan de la C. Larrain.—Francisco Valdivieso Gormaz.—Bartolomé Prado.—Juan Miguel Riesco.*»

que lanzaban los parciales del reo, miéntras reunian a toda prisa la suma necesaria para satisfacer la pena pecuniaria que se le habia impuesto. Esta se pagó en el acto, segun refiere su biógrafo, sobrando dinero i abundando tanto el entusiasmo por felicitar a Bilbao que, rendido de fatiga i de emocion, se desmayó, i fué llevado en brazos a un hotel vecino donde un médico le prestó sus ausilios. (7)

Pocos dias despues, la *Sociabilidad Chilena* era quemada por mano del verdugo i su autor espulsado del Instituto, en virtud de un acuerdo del Consejo de la Universidad.

Tal fué el desenlace del mas famoso juicio de imprenta que haya habido en Chile. El atrevido jóven que en ese ruidoso drama habia desempeñado el principal papel, se trasladó pronto a Valparaiso en donde residia su padre, i donde él mismo solo permaneció cuatro meses, embarcándose en octubre para Europa, a donde lo llevaba, a la vez que su jenio inquieto, su espíritu

(7) El doctor don Guillermo Blest.

investigador i el deseo de tratar personalmente a algunos de los mas famosos escritores franceses de la época de quienes era un admirador entusiasta.

Vamos a acompañarlo; pero ántes filosofemos un poco.

V.

Es digno de considerarse que, habiendo sido la *Sociabilidad chilena* condenada por el jurado i refutada en periódicos, folletos i discursos, su autor no se diese ni por intimidado ni por convencido. Léjos de eso; las condenaciones aumentaron sus brios i las refutaciones lo hicieron afianzarse mas i mas en sus ideas. ¿Por qué así? Porque los medios a que se recurrió para producir la intimidacion i el convencimiento fueron completamente inadecuados. No se intimida a los hombres con castigos imajinarios, ni se les convence con argumentos deducidos de principios que no acepten, de dogmas en los cuales no crean.

Declarado culpable en tercer grado el

autor de la *Sociabilidad chilena*, fué obligado a pagar una fuerte multa. Pero ¿qué importa una multa de 1,200 pesos cuando con ella puede comprarse la oportunidad de presentarse ante el pueblo con la aureola de los jenios perseguidos i no comprendidos por su siglo? ¿I quién no daria gustoso aquella suma por disfrutar de la satisfaccion de verse convertido en objeto de todas las conversaciones, en blanco de todas las miradas, aclamado como reformador i compadecido i venerado como mártir del deber, de la verdad i de la libertad? Convengamos en que una multa de 1,200 pesos es una barrera bien ineficaz para detener a un jóven lleno de ambicion i de brios en el camino de tan deslumbradores mirajes, sobre todo, cuando no teniendo aquella suma en el bolsillo, se puede esperar confiadamente que ella sea cubierta por el amigo opulento o por el correlijionario exaltado.

Pero ¿i el escándalo? i las denigrantes notas de blasfemo e inmoral impuestas por los jurados? i la indignacion de la sociedad? Po-

derosos frenos sin duda para el timorato, mas sensible al aprecio de los hombres de juicio i de virtud tranquila que a los bulliciosos aplausos de la juventud irreflexiva o de las turbas ignorantes; mas ¿qué puede ese freno del qué dirán en el atrevido reformador que cifra su gloria en las tempestades que provoca, ni qué importa el juicio de los hombres sensatos para quien va tras los fáciles triunfos del escándalo? Si Bilbao hubiera sido de aquéllos que estiman en algo la autoridad de las antiguas costumbres, tradiciones i creencias, es evidente que no habria levantado la bandera de guerra que alzó en *El Crepúsculo* contra lo mas sagrado i respetable de la sociedad en que vivia; i el hecho mismo de haberla levantado era un claro indicio de que, imponiéndole por castigo la condenacion de un jurado, no se haria otra cosa que dar nuevas alas a su audacia.

Esto no quiere decir que nosotros reprochemos su conducta a los que intervinieron en aquella condenacion. Gobierno, fiscal i jurados se encontraban delante de leyes

bien esplícitas, i, cumpliéndolas cada cual en su esfera, no hicieron mas que lo que cualquier hombre honrado habria hecho en su caso. Otro es nuestro objeto: queremos hacer notar que la persecucion judicial en el pais i en la época en que vivimos, contra los abusos de la libertad de la palabra o de la prensa, es contraproducente. Con ella no se intimida a nadie, i al reves se puede trasformar en temibles adversarios a hombres que de otra suerte nunca habrian sido mas que vulgares e inofensivas medianías. Para comprender la causa de este fenómeno, a primera vista estraño, basta considerar que un reo que afirma la sinceridad de sus creencias i la rectitud de su conducta siempre toca la cuerda sensible del corazon humano; de donde nace que la muchedumbre, que oye quejarse al acusado i que es incapaz de comprender las ideas abstractas i los intereses jenerales, concluye siempre por ponerse de parte de aquél. Pero no es esto solo: ese acusado nunca es tan infeliz que no tenga algunos amigos i parciales, que por motivos de afecto

o con el propósito de hacer una manifestacion contra los que mandan, no aprovechen la oportunidad de un jurado para esplotar los sentimientos jenerosos del pueblo gritando vivas al perseguido i mueras a sus perseguidores. I, como esos pocos amigos i parciales se ajitan con la actividad que les presta su amor o su interes i la innumerable multitud de los que se ponen de parte del órden alterado, no tiene ningun interes directo que la impulse a presentarse en la plaza para abrumar al reo i ahogar la voz de sus amigos, no es maravilla que éstos, aunque pocos, concluyan por quedar dueños del campo.

De lo dicho se deduce que encomendar a los jueces i a las leyes criminales la proteccion i defensa de la verdad es gastar pólvora en salvas i pretender correjir a los sectarios del error con premios i festejos.

No queda por lo tanto contra la publicacion de las falsas doctrinas otro recurso que demostrar su falsedad, ya directamente, ya esponiendo i enseñando las verdaderas.

Pero aun este jénero de guerra exije cierta táctica para que nos dé por resultado, o la rendicion del enemigo, cosa que rarísimas veces sucede, o a lo ménos la preservacion de los que viven en nuestro propio campo. Esa táctica faltó a casi todos los que por medio de la prensa trataron de batir a Bilbao; pero veamos en qué debe consistir.

Es un principio sabido de física que para hacer subir el agua a una eminencia cualquiera es preciso tomarla desde algun punto que esté por lo ménos a igual altura. Esto mismo debe procurarse en la polémica. Para llevar el convencimiento al adversario, para estrecharlo i aun para que la discusion sea posible es necesario empezar tomando con cuidado su altura intelectual a fin de hacer que nuestros argumentos sean para él algo mas que vanas palabras.

Por olvidar esta sencillísima regla de polémica, hai muchos que pierden su tiempo i su paciencia pretendiendo herir a los adversarios con armas para ellos inofensivas. Asi no es raro ver esforzase a algu-

nos por aducir decisiones de los Concilios o de los Papas como argumentos contra individuos que no aceptan ni la infalibilidad de éstos ni la de aquéllos, o que se busquen en la Sagrada Escritura testos que oponer a personas que rechazan cualquiera otra autoridad que la autoridad de su razon. En tales casos no solo es imposible producir el convencimiento, es imposible todo debate racional. En efecto, para que dos hombres sepan en qué difieren o en qué coinciden, para que puedan examinar conjuntamente la razon de sus creencias, es preciso que empiecen colocándose sobre un terreno comun, aceptando un mismo criterio de verdad al cual apelen como último e infalible juez de sus diferencias. El decreto de un Concilio Ecuménico, que seria argumento decisivo contra un católico, no tendria fuerza alguna contra un protestante, bien asi como el pasaje de la Biblia que éste tendria que tomar en cuenta para esplicarlo de una manera favorable o rechazarlo por inconducente, seria arma inadecuada contra un racionalista.

La falta de esta necesaria congruencia entre la defensa i la agresion fué visible i lamentable en varios de los escritos que se dieron a luz para impugnar las erroneas teorias de Francisco Bilbao. Hagamos, sinembargo, una escepcion honrosa, que la justicia exije con varios articulos que *La Revista Católica* publicó en los números correspondientes a los meses de julio, agosto i setiembre de aquel año de 1844, impugnando las doctrinas de la *Sociabilidad chilena*. Hai en esos diez articulos mui buenos argumentos i mui buenas citas, lójica severa i erudicion tan escojida como abundante. O mucho nos engañan las apariencias o la refutacion de que hablamos fué obra del actual Arzobispo de Santiago. Asi al ménos nos induce a presumirlo el fondo granitico de esos artículos i su forma casi siempre desbordada por un caudal inagotable de ideas o de conocimientos, que hacen imposible la concision, dificultando a veces la claridad, pero al traves de los cuales siempre la razon concluye por hallar su camino.

VI.

Bilbao pisó laz playas de Francia el 24 de febrero de 1845. El momento no podia ser mas oportuno para estudiar aquel pais de que el peregrino chileno habia sido siempre un entusiasta admirador. Luis Felipe habia adoptado por regla de su política esterior la paz a todo trance con Inglaterra i por norma de su política interna la observacion escrupulosa de la Carta. Sin desentenderse completamente de los negocios públicos, en los cuales trataba de influir por medio de sus ministros, proclamaba su decidida voluntad de ajustar su conducta a la famosa fórmula: *El rei reina, pero no gobierna*. Consecuencia natural de esta política fué la fermentacion intelectual, moral i social en que entró la Francia, los disturbios contínuos en las calles, las grandes luchas en la prensa, en las cátedras i en el parlamento. ¡Qué tiempos

aquéllos i qué brillantísima constelacion de sobresalientes injenios! En la poesía tenian la palabra Lamartine, Victor Hugo, Delavigne, Beranger, Ponsard, de Musset, de Vigny, Sainte-Beuve i Barbier; en la novela, Dumas, Jorje Sand, Balzac, Sué, Soulié, Sandeau i Merimée; en la historia, Guizot, Barante, Sismonde de Sismondi, Michelet, Thierry, Henri Martin, Thiers, Louis Blanc, Michaud, Laurentie, Montalembert, Rohrbacher, Gorini, Audin, etc.; en la cátedra sagrada, Lacordaire, Combalot, Ravignan; en la tribuna política, Berryer, Thiers, Guizot, Odilon, Barrot, Montalembert, Lamartine, Villemain; en la enseñanza católica, Federico Ozanam i Lenormant, i en frente de ellos Michelet i Quinet que atraian en torno de sus cátedras una juventud ardorosa; en las ciencias, Cuvier, Ampère, Gay-Lussac, Geoffroy-Saint-Hilaire, Cauchy, Arago, Leverrier, Dumas, Elie de Beaumont, Flourens; en la filosofía, Lamennais, Bautain, Gerbert que seguian las huellas luminosas de Bonald i de Maistre; Cousin, Saisset, Damiron i Quinet en-

tre los que marchaban por opuesto camino; en la prensa periódica i en los panfletos Veuillot, Dupanloup, de Genoud, Carreli Cormenin. ¡I esto sin hablar del teatro donde la Rachel hacia revivir la trajedia, ni de la escultura, la pintura i la música cultivadas por verdaderas notabilidades entre las cuales baste recordar los nombres de Pradier, David, Delacroix, Ingres, Vernet, Delaroche, Flandrin, Gavarni i Amadeo de Noé (Cham), Niedermeyer, Feliciano David i Berlioz!

Tal era la multitud de astros esplendorosos que brillaban en el cielo de Francia cuando el viajero chileno desembarcó en sus costas. Para comprender la impresion profunda que aquel brillante espectáculo debió producir en el espíritu de Bilbao, conviene que empecemos haciéndole la justicia de reconocer que no habia ido a presenciarlo como el vulgo de los viajeros, obedeciendo a la curiosidad, huyendo del tedio, buscando oportunidades para brillar o placeres para los sentidos. Bilbao llegaba a Francia preocupado por mas serios i

nobles pensamientos. No viajaba para distraerse, ni para exhibirse, ni para dar satisfaccion a sus instintos; viajaba como estudiante i como sectario. Tenia hambre de instruirse, i deliraba por oir la palabra de algunos hombres que habia tomado desde niño, a la vez que como oráculos de la razon, como modelos vivientes de virtud.

Si otra hubiese sido la disposicion de ánimo en que llegaba Bilbao ¿quién sabe qué rumbo habrian tomado sus piés i cuál de los astros que brillaban sobre el horizonte intelectual habria concluido por arrastrarlo en el sentido de sus influencias? Pero, lo hemos dicho ya; Bilbao era, mas que un peregrino ansioso de descubrir la verdad, un hombre que, habiéndose asignado un puesto en el campo de batalla de la vida, buscaba fuerzas i armas para conservarlo con gloria.

Tiró el dado el mismo dia en que se decidió a publicar la *Sociabilidad Chilena* i su comparecencia ante el *juri* que condenó por blasfemo e inmoral este escrito fué su paso del Rubicon. Desde la fecha de

esos sucesos pudo haber vacilaciones en su espíritu; no las hubo ciertamente ni en su corazon ni en su voluntad. Sintió aversion profunda a los que lo habian condenado i deseo ardiente de desacreditar, combatir i destruir las doctrinas que habian subministrado los considerandos del inolvidable veredicto.

Hé ahi por qué el viajero no dirijió sus pasos hácia el templo en que Lacordaire prodigaba los raudales de su elocuencia, ni hácia la cátedra en que Ozanam daba sus admirables lecciones de historia, ni hácia el gabinete en que Bautain preparaba sus estudios filosóficos o Montalembert sus inmortales arengas. A haberse puesto en contacto con alguno de esos espíritus superiores ¿quién sabe si habrian podido resistir mucho tiempo sus antipatias i preocupaciones? La duda nos asalta cuando vemos la impresion que le causó la palabra de Lacordaire, un dia en que la curiosidad lo condujo a la puerta de Nuestra Señora donde el gran tribuno de Dios predicaba sus conferencias.

«El templo estaba casi lleno, dice en su diario. Al verlo derramar su voz estrepitosa bajo las bóvedas i llevar su enerjia por la iglesia, el pecho me palpitaba, pero no de fé sino de gloria, de ambicion de servir a la causa nueva de un modo semejante.

«Es poderoso el orador i su aliento es como el soplo que levanta tempestades.»

Vése por esta misma cita que la grande ambicion de Bilbao era adiestrarse i armarse para defender i propagar el racionalismo, que él llamaba enfáticamente *la nueva causa*, i que es en verdad una de las mas viejas que se han litigado ante el tribunal de la filosofia. Al efecto constituyóse en asiduo asistente a las lecciones de Michelet i de Quinet, i no pudiendo recojer en los colejios las enseñanzas de Lamennais, fué a visitarlo en su retiro. La emocion del oscuro estudiante al pisar el umbral de la puerta del maestro, casi diriamos del ídolo, fué grande. Véase cómo la consignó en su cartera.

Paris, 8 *de mayo de* 1845.

«Hacia algunos dias que me resolví a vi-

sitar a M. Lamennais. No sabia su casa i pregunté a su librero. Allí se me dijo que vivia Rue Tronchet N.° 13. Llego a la casa i pregunto al portero por M. Lamennais. El portero me dijo que no estaba, pero que podia escribirle porque era difícil encontrarlo. Entónces le dejé el siguiente aviso.»

François Bilbao (chilien),

Rue Martignac N.° 7.

«Este dia fué el sábado. El lúnes al entrar a casa encontré a Manuel Matta que me dice: ¡Buena noticia! —¿Qué noticia? — Adivina — Pero ¿qué cosa? — Mira ese billete.»

«Tomo el billete i leo en el sobre:

Monsieur François Bilbao,

Rue Martignac N.° 7.

«Abro el billete i mi sorpresa es grande al leer lo que sigue:

«M. Bilbao trouvera M. Lamennais chez lui, jeudi prochain, entre midi et une heu-

re. Le portier, en voyant ce billet saurá qu'il est attendu.

Lundi 5 mai.»

«Gran gusto tuve al tener entre mis manos un momento por el que hacia tanto tiempo que habia aspirado! Esperé los tres dias, i el dia señalado, a paso de carga i palpitante, golpeo en el sesto piso la puerta que todavia me separaba de un monumento vivo. Hacia frio—el dia lluvioso—i yo sudaba.

«Una criada me abre—le pregunto por él i ella me pregunta mi nombre. Vuelve para adentro i despues me dice que puedo entrar. La criada habia dejado la puerta abierta i quise asomarme, pero me detuve como para penetrar en un templo. Miéntras la criada venia procuraba serenarme. Paso una primera pieza i al entrar en la segunda, del rincon de la derecha se levanta para responder a mi saludo.—¡El! —el autor de *Las palabras de un creyente!* —Yo creo que tenia la vista fascinada.»

La emocion de Bilbao era perfectamente natural. Quien no la comprenda no ha sentido nunca el aprecio, el respeto, la veneracion, i el amor, sí, hasta el amor, que un hombre estudioso tiene a veces por ciertos autores que llegan a adueñarse de su intelijencia o de su corazon. Poniéndonos nosotros en lugar de Bilbao, nos imajinamos sin trabajo cuán felices nos habriamos considerado teniendo en nuestras manos un billete en que el venerable autor de *El Jenio del cristianismo*, que presidia aquella brillante pléyade de injenios como un patriarca preside una fiesta de familia, nos hubiera permitido sentarnos por algunos instantes en su hogar, oir su voz i estrechar su mano. ¡Con qué placer habriamos arrostrado la lluvia i el frio por oir una conferencia de Lacordaire en Nuestra Señora o una arenga de Montalembert sobre la libertad de enseñanza en la cámara de los Pares! Sí, el malogrado Pereyve tenia razon cuando escribia en una de sus cartas: «Ademas de la amistad que se cultiva con el trato frecuente, hai otra que consiste en

el eterno acuerdo de las almas en la verdad i el amor.»

Tal era la causa de la emocion con que Bilbao se acercaba a Lamennais, destronado i ya casi olvidado en la mas que modesta habitacion, pobre bohardilla *de un sesto piso*.

Aquel hombre era ya una ruina viviente; pero una ruina que no podia ménos de tener un irresistible atractivo para Bilbao. Ambos, aunque en diversa escala i en mui distintos teatros habian pasado del campo de la fé al campo del racionalismo, habian conmovido a la sociedad atacando sus mas caras i venerables instituciones, ámbos habian sido objeto de los mismos anatemas, i ámbos habian recibido de Dios, ya que no el don de un mismo talento, un mismo carácter batallador, arrebatado, estremoso, i enérjico. Entre uno i otro habia pues, comunidad de ideas, semejanza de historia, i analojía de sentimientos. Un comun principio; la soberanía de la razon individual: un comun objeto; la reforma política, relijiosa i social en el sentido de aquel principio: un odio comun; la autoridad, bajo to-

dos sus nombres, en todas sus manifestaciones.

El temor de estendernos demasiado nos retrae de recordar aquí, siquiera fuese en sus mas dramáticas e interesante faces, la vida de M. de Lamennais. Empero, la innegable influencia que ejerció sobre la ideas de Bilbao, nos obliga a esponer en brevísimas palabras el fundamento de su filosofía que fué tambien la causa lójica i el orijen fatal de sus deplorables estravíos.

En el tomo segundo de su *Ensayo sobre la Indiferencia*, Lamennais estableció como base de toda certidumbre, como único criterio de verdad, la razon del jénero humano.

Desde aquel instante pudo decirse que el católico habia quemado sus naves; porque, aunque es verdad que el princio estaba entónces temperado por la obediencia a la Santa Sede, intérprete divinamente infalible de la infalibilidad del jenero humano, segun Lamennais, no lo es ménos que el criterio que habia elejido llevaba oculto en sí un jérmen revolucionario. Para que esta

semilla de cisma i de herejía jerminase, bastaba que algun acontecimiento social viniese a convencer a Lamennais, que la Iglesia i la humanidad, las enseñanzas del Papa i la razon universal se habian divorciado. En semejante evento, no era dudoso predecir hácia que parte se inclinaria un hombre del carácter de Lamennais. Entre la razon universal infalible i la Iglesia, su intérprete, debia optar por aquélla; entre el apoderado i el mandante, por éste; entre el pueblo soberano i el Papa su ministro, por el pueblo.

Miéntras el momento del conflicto no llegó, Lamennais dedujo de su principio la teocracia mas absoluta. El Papa, representante de la razon universal, debia estar sobre toda otra autoridad. Por esta pendiente el filósofo marchó con la altivez i audacia propias de su jenio a la par de Bonald i de De Maistre, hasta las últimas consecuencias del autoritarismo.

Los hombres moderados se asustaban de aquellos nuevos caminos por donde queria conducírseles i los previsores se sentian

como sobrecojidos de espanto a la idea de que bastaria un cambio en los vientos reinantes para que el osado esplorador tomase con el mismo ardimiento, un rumbo diametralmente opuesto. I a la verdad, el autor del *Ensayo sobre la Indiferencia* no tenia en su sistema filosófico ningun argumento que oponer a los antojos de la opinion: proclamándola soberana, su papel se reducia a obedecerla, i declarándola infalible, se habia declarado implícitamente su sacerdote.

Ahora bien, el vientecillo que anunciaba la tempestad en que habia de sucumbir M. de Lamennais comenzó a soplar en los últimos años de la Restauracion haciendo vacilar los tronos i esparciendo por Europa las ideas liberales i democráticas. La batalla comenzó a pelearse en el alma de Lamennais, entre el sacerdote i el filósofo; entre la fidelidad a su principio i la fidelidad a su vocacion. Así perplejo estaba cuando estalló la revolucion de 1830. El vientecillo se habia cambiado en huracan. La monarquía tradicional se derrumbaba

en unas cuantas horas: la democracia marchaba llena de vida i de confianza a recojer su herencia. I esto no solo en Francia, sino tambien en España, en Italia, en Béljica, en las provincias del Rhin i hasta en Polonia.

Aquello era una revolucion universal: aquélla era la voz del jénero humano que gritaba a Lamennais: Los tronos se van! La democracia viene!—Recordemos que esa voz era infalible para el filósofo i habremos sorprendido la causa de su trasformacion. El antiguo compañero de De Maistre, el escritor del *Conservateur*, volvió la espalda a sus viejas amistades i convicciones i fundó un periódico con el pretensioso título de *L Avenir*.

Lamennais no fué el único redactor de aquel célebre periódico; pero fué quien le dió el tono, la direccion i la doctrina, imprimiéndole el sello de su exuberante personalidad. Montalembert, Lacordaire, Gerbet i algunos otros escritores de porvenir, colaboraban; pero cuando en la sala de redaccion se promovia alguna polémica, *el*

maestro lo dijo, era siempre la frase que le ponia término. ¿Cuál era, entretanto el fondo de la doctrina que predicaba *L'Avenir*?

El próximo advenimiento de una nueva era relijiosa, la abolicion de los concordatos, la del presupuesto del ministerio del culto, la libertad ilimitada de la prensa como ideal absoluto, infinitamente deseable; en una palabra como tésis, la separacion de la Iglesia i del Estado en la misma latitud i sentido, una nueva filosofía en la cual lo finito, que es el objeto de la ciencia, i lo infinito, que es el objeto de la fé, se reuniesen i conciliasen; finalmente en política una nueva sociedad que debia gobernarse a si misma segun sus propias i esclusivas aspiraciones. Tal fué el programa que trataron de realizar los escritores de *L'Avenir*, rivalizando en talento, en ardor i en constancia.

El fin del periódico es triste, i no entra en nuestro plan referir, ni las polémicas que provocó, ni las denuncias que sobre sus peligrosas tendencias se hicieron al

Papa, ni el viaje que los tres *peregrinos de la libertad* hicieron a Roma para justificarse, ni cómo la Enciclica de Gregorio XVI, en que se reprobaban algunas de las doctrinas que los viajeros habian sostenido, hizo del mas ilustre i prestijioso de ellos, un rebelde oculto i reservado, hasta el momento en que, tomando su partido i arrojando léjos de si con la audacia propia de su carácter todo disfraz hipócrita, se pasó estrepitosamente al enemigo. «La uva ha sido esprimida, el vino está pronto, es preciso tomarlo» escribió a Montalembert, que a la sazon se hallaba en Turinjia escribiendo su admirable *Vida de Santa Isabel;* i pocos dias despues, sin mirar hácia atras ni contar a sus compañeros, publicaba sus *Palabras de un creyente*, sobre las cuales Paris entero se arrojó con el ímpetu de la curiosidad i del escándalo. Este libro, última obra de un jenio, es una marsellesa escrita en estilo bíblico por un revolucionario de sotana. Sus pájinas están cuajadas de brillantes que deslumbran, de oscuridades que aterran, de suspiros que

conmueven el alma, de rujidos de cólera, de oraciones que elevan el espíritu i de blasfemias que hacen herizarse los cabellos.

Despues de aquel libro «escrito, como ha dicho un crítico, con las lágrimas que la caida del grande hombre hizo derramar a los ánjeles» el escritor decae i la revolucion, satisfecha de haber arrancado a la Iglesia una de sus mas robustas columnas, lo abandona como un despojo inútil.

En ese estado de decadencia i de aislamiento se encontraba cuando Bilbao se puso con él en relaciones; i aun cuando éstas nunca tuvieron un carácter de intimidad, es mas que problable que contribuyeran a aumentar el ascendiente que en el jóven chileno habian ya adquirido las doctrinas, los sentimientos i el estilo del autor de *El Libro del pueblo*. Por una singular aberracion, es, en efecto, en este libro, escrito en plena decadencia, donde puede reconocerse el orijen de algunos de los principales defectos del estilo de Francisco Bilbao; la afectada imitacion del lenguaje bíblico, el remedo de la inspiracion por el

amaneramiento, el contraste del fondo, que no es mas que la maldicion perpétua, con la forma que no es mas que el estilo evanjélico falsificado i profanado. Es verdad que en la pendiente de la depravacion del gusto literario aun le quedaba mucho espacio que recorrer a Lamennais para llegar a los *Amschaspands et Darvaus*, alegorias demagójicas i misticas, donde todo es violento, forzado i contradictorio; tristes muestras del ocaso de un jenio solo comparables a las que el autor de las *Odes et Ballades* i de *Las orientales* nos ha dado en los últimos años de su larga carrera literaria en las *Chansons des rues et de bois*, en *l'Home qui rit* i mas recientemente aun en *l'Année terrible*.

En cuanto a las ideas, difícil tarea seria i mui ocasionada a errores la de formar un inventario minucioso i completo de aquéllas que el ex-director de *L'Avenir* inculcó al ex-colaborador de *El Crepúsculo*. Es sabido, en efecto, que Lamennais no fundó escuela, ni logró jamas, despues de su separacion de la Iglesia Católica, formar un

cuerpo de doctrina. Hablaba aun de su antiguo criterio de la infalibilidad del jénero humano; pero desde que se encontró en desacuerdo con el Papa se sostituyó al Papa en la elevadísima incumbencia de servir de intérprete i de eco a aquella palabra infalible. Mas claro: Lamennais era un racionalista que, segun estaba el humor, daba mayor o menor cabida en sus escritos al estilo, a las creencias i a los sentimientos de su juventud. Si en el ir i venir de sus ideas, si en el contínuo trasformarse de sus sistemas algo permanece en pié, es la confianza incontrastable del hombre en su propia razon, en su valer, en su personalidad; i si en nombre de esa razon, con toda la fuerza de ese valer, i toda la enerjía de esa personalidad algo afirma, sostiei proclama, es que «el catolicismo i la democracia son incompatibles.» Idea falsa, como será fácil demostrarlo con la historia, con la razon i con la teolojía; pero idea que Bilbao aceptó de lleno, i de la cual hizo como el punto de apoyo para descatolizar al pueblo americano i la base de operacio-

nes en su porfiada campaña contra la Iglesia.

Reservándonos para discutirla mas adelante i en su lugar debido, la señalamos desde luego como el grande aforismo i el grande argumento que el veterano casi inválido de las *Palabras de un creyente* trasmitió, al acariciarlo con el dictado de *hijo*, al ardoroso recluta de la *Sociabilidad chilena*.

M. de Lamennais no fué empero el único pensador, de los que por aquel entónces vivian en Paris, que ejerciera una considerable influencia sobre las ideas i estilo de Francisco Bilbao; que tambien, aunque en mas reducida escala la ejercieron Michelet i Quinet, que enseñaban a su manera la historia en el colejio de Francia, manera que podria llamarse simbólica, idealista i metafísica.

No entra en nuestro plan el análisis del método de estos dos escritores. Bástanos recordar en cuanto al primero, que despues de haber publicado varias obras históricas, apreciables bajo ciertos aspec-

tos i en las cuales se desenvolvia, aunque no mui rigorosamente el principio establecido por Vico en su *Scienza nuova*, dió a luz un panfleto henchido de odios i preocupaciones, bajo el titulo de *El Sacerdote, la Mujer i la Familia*. En él se proclamaba sin embozo a los sacerdotes enemigos de la sociedad, ministros de corrupcion i de anarquía i la verdadera lepra de los tiempos modernos. Allí se predicaba la cruzada de la guerra santa contra toda relijion positiva; i el autor se atrevia a profanar los nombres mas venerables de la Iglesia caricaturando i difamando a San Francisco de Sales, Fenelon, Santa Juana Chantal, etc.

En una palabra, el ideal de este visionario (que despues dió una nueva direccion a sus trabajos publicando sus hermosas obras de historia natural poética i pintoresca que llevan por titulo *El Pájaro* (1856) i *El Insecto* (1857) i que habia de concluir su carrera con el exámen de esos tres abismos tentadores llamados *El Amor* (1858), *La Mujer* (1859) i *El Mar* (1861),) era la destruccion radical de todo

lo existente, instituciones, creencias i costumbres, i la creacion de un mundo nuevo. El cómo seria largo de contar; pero lo urjente era limpiar de obstáculos el camino, i entre esos obstáculos casi es escusado digamos que la Iglesia católica, su cabeza, sus ministros i sobre todo los jesuitas, ocupaban preferente lugar.

Michelet comunicó a Bilbao o mas bien robusteció en él esta aversion a la Iglesia Católica i al sacerdocio, considerados como obstáculos al progreso de la humanidad i como enemigos naturales, poderosos i tenaces de la utopía a cuya realizacion maestro i discípulo, en su esfera i en su pais, se creian predestinados. Con estas ideas i aspiraciones el profesor de historia del colejio de Francia no trasmitió sinembargo a Bilbao mas que las malas calidades del estilo que le era peculiar i que álguien ha caracterizado llamando a Michelet el Tintoreto de la historia, el *pintor de la furia pintoresca* como decia Pedro de Cortona. Tambien Bilbao se esfuerza de contínuo porque su frase deslumbre los

ojos i halague los oidos; pero casi nunca logra ni uno ni otro objeto, i ningun hombre de gusto al leer sus escritos podrá decir lo que M. Taine ha dicho con justicia de Michelet, que «su frase es un canto.»

Otro fué el modelo escojido por el estudiante chileno i por desgracia el peor que podia haber elejido entre todos los que por aquella época ocupaban un puesto distinguido en el mundo de las letras; este otro fué M. Edgar Quinet, que daba lecciones sobre *El Cristianismo i la Revolucion* en el colejio de Francia. De estas lecciones conservó siempre Bilbao la idea estravagante de un cristianismo sin Iglesia, sin Papa, sin redencion, sin nada en fin de aquello que en realidad lo constituye. Quinet se pretendia cristiano sin ser precisamente ni católico, ni protestante, ni griego sismático, sino «por el espíritu cristiano.» Pero ¿qué espíritu es ése? «Es el espíritu de Jesus, de Mahoma que pertenecia a la misma familia de Juan Hus, de Gregorio VII, de la Revolucion francesa i en fin del siglo XIX.»

Si el lector, poco satisfecho de esta idea, nos exijiera otra algo mas clara i racional, no vacilariamos en confesar que nos hallamos en la imposibilidad de darla. Hai en el sistema relijioso, filosófico i político de M. Quinet, sombras i oscuridades que indican aun a los ojos ménos perspicaces la procedencia alemana i la vaguedad panteística. Sobre ese abismo nebuloso del sentimiento, del recuerdo i del pensamiento, bajo una historia fabricada, ante un porvenir vislumbrado como en un acceso de locura, Quinet se ajita nervioso i casi epiléptico buscando en las metáforas forzadas i en las figuras estravagantes, un ropaje deslumbrador para el vacío de su pensamiento. Ni plan, ni medida, ni armonía ni la moderacion en nada. Aquel desbocado de las letras «hacia, dice un historiador, como la cosa mas natural del mundo, arrodillarse las catedrales ante el sepulcro de Nuestro Señor; pintaba ciudades peinando sobre su espalda, con peine de oro, su cabellera de blondas columnas, miéntras que las torres bailaban una estraña danza con las

montañas de los alrededores, al ruido de los truenos que hacian de orquesta, i la nada, el vacío i la eternidad conversaban en un diálogo incomprensible.»

Es como se vé la depravacion del gusto tocando ya en los límites de la insensatez. I sinembargo ese fué el estilo que Bilbao se propuso imitar en sus menores ápices, despreciando el de Michelet i el de Lamennais!

¡Estraña atraccion del absurdo cuando se presenta al espíritu de los pretensiosos incipientes con los atavíos de la novedad!

Resumiendo, tenemos que Bilbao tomó de Lamennais su orgullo de rebelde, la confianza ilimitada en las fuerzas de la razon humana i algunos argumentos políticos contra el catolicismo: de Michelet, su simbolismo histórico, su aversion contra toda relijion revelada i su fé en el próximo advenimiento de una nueva era de ventura para la humanidad; i de Quinet, su panteismo vago i nebuloso, su odio a los jesuitas i su estilo inarmónico, forzado, estravagante i epiléptico.

Algo tomó todavía de algunos de los otros profesores a cuyas lecciones asistia en Paris con cierta regularidad. Su hermano nos refiere que se puso a estudiar astronomia con Arago; Jeolojia i Quimica, Matematica i Economia política con Dumas; pero nada encontramos en sus obras que nos haga presumir que adquiriera conocimientos de alguna estension i profundidad en estos ramos del saber humano. Al contrario, como mas adelante tendremos ocasion de manifestarlo, hemos encontrado en ellas mas de una prueba de su incompetencia en Historia, en Administracion i en Economia política i social.

No es de admirarse que en los tres años que Bilbao permaneció en Paris no lograse adquirir mas que una instruccion superficial e incompleta. Las ciencias no se entregan a discrecion en tan corto espacio de tiempo sino a los jenios; i Bilbao no solo no era un jenio, pero ni alcanzaba a ser un gran talento. Con una imajinacion poderosa, con una notable fuerza de voluntad i con una sed de saber que seria injusto ne-

garle, no tenia sino una regular memoria, una intelijencia algo mas que mediana i un juicio poco sólido. A su mala memoria debe atribuirse la tendencia a jeneralizar i a reducirlo todo a fórmulas que se nota en todos sus trabajos, tendencia que cuando no tiene por preservativo un juicio certero i penetrante, conduce infaliblemente a las rejiones fantásticas de la utopía. Allí, en efecto, la imajinacion trisca a sus anchas, libre de las incómodas ligaduras de la lójica, léjos de los diques de la esperiencia i exenta del fastidioso trabajo de estudiar en la historia los hechos i en la práctica la aplicacion de los sistemas.

A fin de penetrarse mas i mas de las doctrinas de aquellos hombres que habia elejido por maestros, trató de ponerse con ellos en mas francas i estrechas relaciones que las que es dado existan entre un afamado profesor i un oscuro alumno. Michelet i Quinet no fueron para con él ménos benévolos que Lamennais; empero parece que nunca estas relaciones llegaron a tener el carácter de una verdadera i cordial

amistad. A lo ménos ésa es la impresion que nos dejan los datos que sobre el particular encontramos en su biografía. Acaso no seria temerario afirmar que en la mente de aquellos sonados profesores de historia del colejio de Francia, Chile i Araucanía eran palabras que representaban la misma idea. Por lo demas, cuando en las visitas a Lamennais o Quinet, éstos se olvidaban de los araucanos, Bilbao no tardaba en recordárselos proclamándose, ya que no por la sangre, por las ideas i las tradiciones, descendiente de aquellos bárbaros.

En 1847 el estudiante abandonó a sus profesores i probablemente sus estudios para recorrer la Europa. Visitó sucesivamente las principales ciudades de Alemania, de Austria i de Italia i volvió a Francia que acababa de echar por tierra a Luis Felipe que buscaba a tientas su equilibrio social, relijioso i político. La revolucion se propagó por Italia donde Cárlos Alberto levantó contra el Austria el pendon de la casa de Saboya; en Roma se proclamó la

república, serios disturbios tuvieron lugar en Viena promovidos por los estudiantes i la Polonia i la Hungría se sublevaron contra sus opresores.

Todo aquello pasó, sinembargo, con la rapidez de una tempestad de verano. Cárlos Alberto, derrotado por los austriacos en Novara (23 de marzo de 1849), abdicó ese mismo dia en favor de su hijo i fué a morir pocos meses despues en Portugal. La república italiana sucumbió atacada a la vez por el jeneral Córdova que desembarcó en Gaeta con un ejército español, i por el jeneral Oudinot que a la cabeza de 25,000 franceses, el 29 de junio, dia de San Pedro, entró en la ciudad eterna. El mes siguiente la revolucion de Hungría fué sofocada por fuerzas superiores despues de porfiadas i sangrientas batallas i Kossuth tomó el camino del destierro.

El órden se restableció en todas partes a costa de la libertad. Aquel cambio repentino de escena, produjo una impresion profunda en el ánimo de Bilbao. La Europa llegó a parecerle condenada a eterno des-

potismo i los franceses, sobre todo, incapaces de comprender i practicar la libertad. Sacudiendo entónces el polvo de sus zapatos volvió a América sus esperanzas i su corazon a Chile, hácia donde se dirijió con el propósito de realizar en él la república utópica que habia vislumbrado en sus delirios filosóficos i en sus patrióticos ensueños.

VII.

Bilbao llegó a Valparaiso el 2 de febrero de 1850. Concluia la administracion del jeneral Búlnes i los partidos empezaban a ajitarse con motivo de las elecciones que para designarle un sucesor debian tener lugar a fines de ese mismo año.

¿Qué partidos eran estos? En buenos términos podia decirse que no eran mas que dos fracciones del gran partido conservador que subió al poder con la revolucion de 1829. En cuanto al antiguo partido liberal, habia

desaparecido casi totalmente del escenario político despues de los infructuosos esfuerzos que hizo para impedir la reeleccion de Búlnes en 1846. Se trataba pues de una contienda civil entre dos grupos del partido que apoyaba a la administracion saliente; el uno encabezado por don Manuel Camilo Vial, que alzaba la bandera de la reforma prudente i moderada; el otro inexorable sostenedor del mecanismo político planteado por la Constitucion de 33, enemigo de toda reforma i de todo compromiso con los adversarios de aquella carta, encabezado por el ex-ministro i ya presunto candidato don Manuel Montt.

Tan pronto como Bilbao llegó a Chile las miradas de los caudillos que iban a disputarse el triunfo en las urnas i talvez en el campo de batalla, se dirijieron sobre él. Venia de Europa donde habia estudiado las ciencias i las letras con las lumbreras del pensamiento: ¡qué mucho que uno i otro bando diesen los pasos conducentes a poner de su parte un ausiliar tan prestijioso! No aceptó sinembargo ninguna oferta, negán-

dose a tomar la redaccion de *El Progreso*, diario conservador liberal, que se publicaba en Santiago. Los que se la ofrecieron le habian impuesto dos condiciones que Bilbao no creyó decoroso aceptar: sostener al gobierno i prescindir de toda cuestion relijiosa.

Algunos dias despues se le brindaba un puesto en la oficina de estadística, recien establecida, que aceptó sin vacilar, i se le tiraban los despachos de oficial de la guardia cívica de Santiago.

Al mes siguiente ocurrió un cambio completo de decoraciones en el drama político que se representaba. El ministro Vial era derribado por los conservadores netos; i cuantos apoyaban a aquel pasaron a las filas de la oposicion, donde fueron reforzados por los restos dispersos del antiguo partido liberal. Bilbao hizo una tentativa para enrolarse en éste; pero despues de haber asistido a unas cuantas sesiones del club en que se reunian sus principales jefes, se retiró pensativo i desalentado de aquel campo donde se hablaba una lengua que no

comprendia i donde su propia voz no habia encontrado ningun eco.

Este retraimiento de Bilbao era lójico i prueba la sinceridad de sus convicciones. En efecto, los dos partidos que a la sazon se disputaban el poder, eran esclusiva i esencialmente políticos; i lo que Bilbao anhelaba era nada ménos que una revolucion social i relijiosa. Asi es como éste debió parecer a aquellos un visionario que en su raptos de iluminismo dejaba la tierra en que vivia para remontarse a las nubes de una ideolojia incomprensible, olvidándose de los hombres de carne i hueso con quienes habia que contar por amigos o habérselas como enemigos, para establecer sobre las nubes una república platónica de ánjeles i de semi-dioses. Por su parte los liberales chilenos, aquellos hombres que se tenian por representantes jenuinos del ideal a que era preciso aspirar, no debieron causar al recien llegado una impresion ménos estraña. Pareciéronle sin duda soldados mas ardorosos que intelijentes de una causa que ni siquiera comprendian,

esclavos de preocupaciones absurdas, ignorantes o ilusos que cifraban su esperanza en cambios de personas i de palabras, i que se mostraban radicalmente incapaces de penetrar en el mundo de las ideas. ¿Cómo estrañar entónces que no llegaran a entenderse i que el ideólogo se retirase a observar la marcha de los acontecimientos, miéntras los políticos obraban?

Para indicar con toda precision el motivo que impidió a Bilbao alistarse en las filas de la oposicion, debemos decir que miéntras ésta reservaba la cuestion relijiosa, porque para luchar con algunas probabilidades de éxito necesitaba del apoyo del pueblo, profundamente católico, aquél creia que los pueblos son siempre la espresion de sus dogmas; que la relijion, ni moral ni filosóficamente, podia separarse de la política, i en suma, que la libertad i la república serian imposibles en Chile miéntras el pueblo chileno no abjurase la relijion católica para adoptar la que designaba con el singular nombre de *Relijion-Libertad.*

A fin de poner la primera piedra de obra tan colosal como temeraria, i miéntras los liberales políticos organizaban sus recursos para disputar en las urnas el triunfo al candidato del gobierno, Bilbao, a indicacion de don Santiago Arcos, fundaba la famosa sociedad de artesanos que ha pasado a la historia con el nombre de *Sociedad de la Igualdad*. La accion que el jóven socialista debió de ejercer sobre la marcha i desarrollo de la institucion, no ménos que sobre la mente de sus miembros, fué indudablemente poderosa. Asi lo prueba entre otras cosas el recuerdo popular en que siempre aparecen unidos los nombres de Bilbao i de la *Sociedad de la Igualdad*. Pregúntese, si nó, a cualquier hombre del pueblo quién era Bilbao, i de diez veces nueve se obtendrá invariablemente la misma respuesta: El fundador, director o presidente de la *Sociedad de la Igualdad*.

I esa contestacion, en rigor errónea, es en el fondo verdadera; porque si la idea de fundarla no fué de Bilbao, si él no la presidió ordinariamente, fué desde la pri-

mera hasta la última hora su cabeza, su centro i su alma.

La sociedad no era un club electoral, ni un club social como los que actualmente existen en nuestras principales ciudades. Era mas bien una especie de escuela de adultos a donde los obreros iban a oir de los labios del jóven tribuno un nuevo evanjelio i los ecos confusos de una profecía que les prometia para un próximo porvenir el mando, la ciencia i la riqueza, la libertad i la felicidad.

Aquella escuela que no tuvo el diez de abril, dia de su instalacion, mas de seis asistentes, fué tomando incremento poco a poco, hasta el punto de que a las sesiones jenerales que celebró en el tiempo de su mayor auje asistieron mas de tres mil personas, segun el cálculo de testigos fidedignos. Poco ántes de ser suprimida habia logrado tambien establecer sucursales en Valparaiso i San Felipe, i en Santiago algunas escuelas de artesanos donde centenares de éstos iban a buscar la instruccion.

No nos detendremos a narrar las peripe-

cias porque pasó la *Sociedad de la Igualdad* en su corta i tempestuosa vida. Quien desee conocerlas en todos sus detalles puede leer el opúsculo publicado por nuestro amigo don José Zapiola en 1851, bajo el título de *La Sociedad de la Igualdad*, donde encontrará la historia de esas peripecias narradas en un estilo sóbrio i correcto i con una veracidad que raras veces es dable encontrar en folletos de su jénero.

La cuestion interesante para nosotros es la de esplicar el éxito que obtuvo entre los obreros de Santiago una propaganda tan contraria a sus creencias i tradiciones como era la que se hacia por Francisco Bilbao. Porque a la verdad ¿no era estraño que este incorrejible visionario, despues de haber sido repudiado por el liberalismo prudente i práctico, concluyese por concentrar en si mismo todas las fuerzas vivas de la oposicion i convertirse en blanco de las asechanzas i persecuciones del gobierno?

Meditemos un instante i tendremos la palabra de este enigma.

Bilbao impresionaba al pueblo desde luego por sus cualidades de orador i de tribuno, muchísimo mas considerables a la verdad que sus cualidades de escritor. Su figura juvenil, abierta i simpática, su voz agradable i enérjica, su apasionado entusiasmo por las ideas que proclamaba, la viveza con que representaba las miserias de los desheredados de la fortuna, sus antecedentes de perseguido i de rebelde, eran circunstancias que debieron allanarle mucho el camino para llegar hasta el corazon de sus, por lo comun, rudos i poco preparados oyentes. Es cierto que éstos no comprendian gran cosa i talvez ni palabra de las demostraciones con que Bilbao pretendia derivar el sistema democrático i republicano de gobierno, ya del *in principio erat Verbum* de San Juan, ya del *cogito ergo sum* de Descartes. Pero si toda esta metafísica era griego para la inmensa mayoría de los obreros de la *Sociedad de la Igualdad*, no era posible tampoco que se diesen una cuenta cabal del alcance relijioso de los principios que el jóven tribuno procla-

maba como inconcusos en medio de los mas jenerales i sinceros aplausos.

Podemos citar en comprobacion de este aserto un hecho concluyente. Al discutirse el reglamento que debia servir para la admision de los socios, Bilbao propuso como trámite prévio, la admision i confesion, por el solicitante, de la siguiente fórmula, que fué adoptado despues de un detenido exámen:

«Primero, reconocer la soberenia de la razon como autoridad de autoridades; segundo, la soberanía del pueblo como base de toda política; tercero, el amor i fraternidad universales como vida moral.»

Como el lector lo habrá comprendido, esta fórmula, en su primer punto no importaba otra cosa que la proclamacion del racionalismo mas obsoluto; horcas caudinas bajo las cuales tenian forzosamente que pasar cuantos deseaban incorporarse a la sociedad.

Sinembargo, poco tiempo despues de haberse establecido aquella fórmula, ocurrió un incidente que vino a poner a prueba la conciencia que del alcance del compromiso

contraido tenia la mayor parte de aquellos improvisados racionalistas. Habiendo los liberales políticos de la época, con el objeto de desprestijiar a la Sociedad i a Bilbao, hecho correr la voz de que éste, no correjido de sus heréticas tendencias, insistia en predicar doctrinas contrarias a la relijion católica, hubo de producirse entre los igualitarios una intensa alarma. La mayoria creyó que el buen nombre de la Sociedad i de su jefe exijia una protesta colectiva que pusiese término a la calumnia i al escándalo. Como medio de evitar la espulsion de Bilbao que iba a pedir el director don Manuel Guerero, la Junta directiva formuló i presentó a los socios reunidos la siguiente proposicion: «La Sociedad de la Igualdad declara que el ciudadano Bilbao no se ha espresado jamas en sus sesiones contra los dogmas de nuestra santa relijion.» ¡La mayoria de los asistentes lo declaró asi!

No teniendo dato ninguno para suponer que los que formularon i aprobaron la declaracion referida trataban de engañar al

público i de disfrazar sus verdaderas creencias relijiosas, debemos concluir que Bilbao era bastante cauto para no atacar abierta i vulgarmente la relijion católica i que la mayor parte de los miembros de la *La Sociedad de la Igualdad* continuaban creyéndose a sí mismos i creyendo al maestro sumisos hijos de la Iglesia despues de haber echado solemnemente por los atajos del racionalismo.

Observemos, sinembargo, que semejante ilusion era fácil. A semejanza de Lamennais, el orador de la *Sociedad de la Igualdad* afectaba un lenguaje tanto mas relijioso i bíblico cuanto mas se alejaba del catolicismo i aun del cristianismo. Todos sus escritos están sazonados con recuerdos i citas del Evanjelio, i es probable emplease igual procedimiento en sus discursos. No era por lo tanto estraño que los oyentes, engañados por las apariencias, tuviesen a Bilbao, no solo por un católico sin tacha, sino tambien como un creyente de piedad ejemplar.

Miéntras así la mayoria de los igualita-

rios no descubria, o vislumbraba apénas el lado repelente e impopular de las doctrinas del propagandista, éste por cálculo o por instinto, mantenia viva la llama del entusiasmo hablándoles noche a noche el lenguaje, siempre grato, de sus pasiones e intereses. Bilbao sabia tocar esta cuerda sensible del corazon de los que sufren, con singular habilidad. El ponia de continuo a la vista de los ignorantes i los pobres, el tentador contraste de sus dolores i privaciones con los goces i comodidades de los ricos. Despues de haberse abierto asi los corazones de los obreros, siempre mas inclinados a seguir a quien les hable de sus derechos que de sus deberes, en tono profético les anunciaba, no solo como posible si que tambien como próximo, el advenimiento de una nueva era, en que la igualdad i la felicidad serian el patrimonio comun de todos los habitantes de Chile.

Es cierto que aquellos deslumbradores mirajes no eran mas que mirajes del deseo, i que el mas modesto i cercano de todos ellos no habria podido resistir a un

instante de reflexion; pero no es propia la reflexion de quien se imajina ir a velas desplegadas hácia el puerto de la felicidad. Mucho ménos es propia de las multitudes ignorantes i apasionadas, propensas de continuo a tomar por guia a los falsos profetas, con tal que les anuncien la tierra prometida, i a apedrear a los leales amigos que les hablen el lenguaje severo de la razon, mostrándoles en toda su triste desnudez los precipicios i las espinas inevitables del camino.

Si a la consideracion anterior agregáramos el impulso que el partido liberal, comprometido en la lucha política, tuvo al fin que dar mal de su grado a la sociedad que al principio habia mirado de reojo, yendo hasta atacarla abiertamente, tendriamos la esplicacion completa del auje que alcanzó, a primera vista tan estraño. A este respecto debió de acontecer con la *Sociedad de la Igualdad* algo mui parecido a lo que aconteció cuando la última guerra, con la *Sociedad de la Union Americana*. Recordamos en efecto que, habiendo sospechado

los partidos políticos que con motivo de la dicha guerra aquella sociedad, que casi no daba señales de vida, podia llegar a convertirse en un elemento poderoso de ajitacion, invadieron la sala de sus sesiones i se disputaron con un increible empeño la eleccion de directorio. Tal empeño ¿tenia algo que ver con la idea que la *Sociedad de la Union Americana* representaba? Candor estremado habria sido imajinárselo. La *Union Americana* era solo el pretesto; la causa estaba en el interes de los partidos que, calculando el poder que las circunstancias podian dar mui bien a aquella Sociedad, se anticiparon a disputársela.

No era difícil prever, sinembargo, que aquel refuerzo que llevaba la política a los igualitarios, debia esponerlos a los mas sérios peligros. Convirtiéndose en campamento jeneral de la oposicion, la *Sociedad de la Igualdad* tenia que convertirse por ese mismo hecho, i aun contra los propósitos de sus directores, en blanco de las asechanzas del Gobierno. La cuestion social cedió el puesto a la cuestion política i un

momento vino en que fué preciso decidirse por uno de los dos candidatos que iban a disputarse en las urnas la presidencia de la república. Este problema se planteó por fin en la sesion que celebró la sociedad el 28 de octubre. Don Francisco Marin rompió el fuego atacando, con el ardor propio de su carácter, la candidatura de don Manuel Montt. Como en el curso de su declamacion le hiciese gandes cargos, un pariente del candidato gobiernista que se hallaba en la sala, interrumpió al orador gritándole ¡mentira! lo que dió orijen a un desórden, que Bilbao logró aplacar por medio de un oportuno llamamiento a la moderacion i a la tolerancia. El incidente parecia terminado i la calma restablecida; pero en el fondo todos sentian que la gran cuestion no estaba resuelta i qne era necesario resolverla segun los sentimentos que dominaban en la asamblea. Interpretándolos, don Manuel Guerrero leyó la siguiente declaracion, pidiendo que los socios se pronunciasen sobre ella:

«La *Sociedad de la Igualdad* rechaza la

candidatura Montt, porque representa los estados de sitio, las deportaciones, los destierros, los tribunales militares, la corrupcion judicial, el asesinato del pueblo, el tormento en los procedimientos de la justicia criminal, la lei de imprenta, la usura, la represion en todas las cosas a que puede estenderse, con perjuicio de los intereses nacionales i especialmente con respecto al derecho de asociacion.»

Lo proposicion no solo fué aprobada; fué aclamada.

Asi, la *Sociedad de la Igualdad* entró al fin de lleno en el campo que habia querido evitar. Puso toda su fuerza en uno de los platillos de la balanza política i arrojó francamente el guante al candidato del gobierno. Este no tardó en darse por notificado. El 15 de noviembre Santiago fué puesto en estado de sitio i se prohibió la *Sociedad de la Igualdad*, al mismo tiempo que se tomaban presos a varios de sus miembros. ¡Era el remate lójico i previsto del acto a que dieron principio los garroteros emponchados de la noche del 19 de agosto!

VIII.

Estos actos de arbitrariedad fueron, como ordinariamente sucede, el preludio de la guerra civil. Los gobiernos que no se sienten capaces de resistir a las oposiciones que, manteniéndose dentro de la órbita de la legalidad, usan contra ellos de las armas de la prensa i de la asociacion, deberian retroceder ante los atropellos, ya que no por un sentimiento de justicia, por un espíritu de prudencia. En efecto, la palabra hablada i escrita, es una fuerza cuyo poder está en relacion inversa con su volúmen. Diez diarios que ataquen a un gobierno con plena libertad son ménos eficaces para derribarlo que un periodiquillo que se imprima i reparta a escondidas por manos misteriosas. Una media palabra, que cautelosamente circule entre los corrillos, en épocas de persecucion i de terror, hace mas impresion en los espíritus que el mas

elocuente discurso pronunciado con plena seguridad en una plaza pública delante de los ajentes de la policía.

Por haber desconocido este axioma político, el gobierno que suprimió la *Sociedad de la Igualdad*, se vió despues en el durísimo caso de emplear contra sus enemigos la fuerza pública, manteniendo el órden con perjuicio de la libertad i a costa de torrentes de sangre i de montones de oro. Bilbao no tomó parte sino en lo que podria llamarse el preámbulo de la larga protesta armada que suscitaron la candidatura Montt i su gobierno. Esa parte no fué principal, i con todo fué mayor de la que correspondia a su carácter e inclinaciones; porque ni Bilbao habia nacido para manejar la espada, ni racionalmente podia esperar de la espada la realizacion de su ideal. La asonada del 20 de abril fracasó, como todos sabemos, por causas no mui conocidas hasta ahora; pero, caso de haber triunfado, no hai motivo para creer que Bilbao hubiese visto con el triunfo de Urriola avanzar mucho su obra. Lo probable es que en tal supues-

to el bando vencedor hubiese decretado honores a su civismo i a su intelijencia, privándolo no obstante de cualquiera autoridad capaz de hacerlo caer en la tentacion de poner en práctica su sistema. I esto en la hipótesis mas favorable; porque lo ordinario es que cuando los hombres de palabra o de pluma preparan el camino a los hombres de sable i éstos son bastante afortunados para obtener el mando, no se creen obligados a mas que a dejar a aquéllos la libertad de consumir su existencia léjos del mundo de las realidades, en la pobreza i el olvido.

Sea como fuere, lo cierto del caso es que Bilbao cooperó en la medida de sus fuerzas i de sus influencias al motin del 20 de abril, i que el fracaso de esta tentativa, tan fatal para muchos de los que en ella tomaron parte, lo obligó, primero a ocultarse i despues a salir de Chile i buscar un asilo en el Perú. Consecuentes con el plan que hemos adoptado, no referiremos las peripecias porque pasó el proscrito chileno durante los años que permaneció en Li-

ma (1851-1855). Bástenos decir que, obedeciendo a su carácter inquieto i emprendedor o acaso a la necesidad de proveer a su subsistencia, tuvo pocos escrúpulos para tomar cartas en la política interior de aquella república, no solo en el campo de la prensa, sino tambien en el de las conspiraciones i batallas. Despues de haber esperimentado de parte del gobierno del jeneral Echeñique hostilidades que lo obligaron a refujiarse en el Ecuador, volvió a Lima, donde abrazó la causa de la revolucion encabezada por Castilla, que vió coronados sus deseos con la victoria de la Palma. Bilbao triunfaba pues; pero triunfaba como hombre de pluma que habia preparado el camino a los hombres de sable. Castilla, triunfador, se olvidó de él. Peor aun, sus persecuciones debieron hacerle olvidar pronto las de Echeñique. A consecuencia de un escrito en que el proscrito chileno sostenia la idea fija que le habia trasmitido Lamennais, de la incompatibilidad del catolicismo i la república, don Francisco Javier Mariátegui, presidente de la Supre-

ma Corte de Justicia i *jefe de la masonería* en el Perú, lo mandó encerrar en la cárcel de la Inquisicion i formarle un proceso. Este se cortó felizmente, por no sabemos qué influencias; pero el desaliento que produjo en Bilbao fué tal que, considerando o mui peligrosa o mui amarga su vida en aquel pais, se embarcó con direccion a Europa.

El viajero chileno debió de esperimentar un profundo asombro ante la trasformacion que habia sufrido aquel continente i sobre todo la Francia, en el corto espacio de seis años. Despues de algunos dias de permanencia en Inglaterra, donde conoció prácticamente que la igualdad social no es una condicion indispensable de la libertad, dirijió sus pasos a Paris, deseoso de saludar a Michelet i Quinet, pues Lamennais habia ya bajado al sepulcro. El Paris de 1848 tambien habia muerto. Su cuerpo estaba intacto, pero el alma que le animaba habia desaparecido para siempre. «Triste espectáculo, escribia en su cartera el viajero desconsolado: no existen ya ni sociedades, ni conferencias, ni estudios, ni discusiones.

¿Qué se hizo la audacia de tanta intelijencia, a dónde los latidos de tanto noble corazon? Nada—todo lo puro i todo lo grande vive en el destierro. El sofisma se estiende sobre los que quedan i la conformidad bizantina tranquiliza a los que debieran vivir trabajando o sufriendo por la causa de su predileccion. Estuve en Paris como recorriendo ruinas: aquí se leia ántes enseñanza libre, aquí ciencia, aquí juventud, aquí heroismo, aquí virtud.»

El cómo de aquella trasformacion es una historia mui sabida. Recordemos solo algunas cifras i algunas fechas, para edificacion de aquellos que estén creyendo en la infalibilidad del sufrajio universal.

En diciembre de 1848 Luis Napoleon Bonaparte, sobrino de Napoleon I, fué elejido presidente de la república francesa por un periodo de 4 años; alcanzando en su favor la suma de 5.658,755 votos contra 1.500,000 que obtuvo el jeneral Cavaignac.

El 2 de diciembre de 1851 el presidente de la república espidió un decreto disolviendo de propia autoridad la Asam-

blea lejislativa i el Consejo de Estado; encarceló a mas de 150 miembros de la Asamblea, i sirviéndose de la fuerza pública, hizo matar a cuantos se opusieron a sus proyectos. Espidió en seguida una proclama al pueblo i sometió su conducta al juicio de la nacion pidiéndole que aceptase o rechazase el siguiente plesbicito: «El pueblo frances desea el mantenimiento de la autoridad de Luis Napoleon Bonaparte i le da los poderes suficientes para dictar una Constitucion basada sobre los principios contenidos en la proclama del 2 de diciembre.»

7.439,216 votantes contestaron afirmativamente, alcanzando los que se decidieron por la negativa solo a 640,737.

Aquel voto importó para la Francia 20 años de despotismo, durante los cuales, bajo las apariencias del fausto, del progreso i del poder, el nivel moral e intelectual de la nacion se fueron deprimiendo hasta el punto de dejar libre el paso a la ola de la invasion jermánica.

Bilbao se sintió oprimido por aquel es-

pectáculo. Flaqueó su antigua fé en el buen sentido de la Francia, en lo que creia su mision providencial. Asi es que despues de visitar la tumba de Lamennais i de deplorar con Michelet destituido la ruina de la libertad, partió para Béljica donde Quinet habia fijado su residencia de proscrito. Aquel pequeño i venturoso pais servia entónces de asilo a todos los utopistas, los revolucionarios i los verdaderos patriotas. Constituido i gobernado mucho tiempo por los católicos, era una prueba viviente de que la libertad política i el catolicismo no son incompatibles. Parece, sinembargo, que Bilbao no sacó del contraste que presentaba la situacion de Béljica e Inglaterra con la de Francia las enseñanzas que un observador perspicaz no habria dejado de sacar. Por esta vez no viajaba como estudiante, viajaba como maestro; lo que no quiere decir que viajase por simple curiosidad, o buscando los placeres de los sentidos. Personas que tuvieron ocasion de tratarlo en Paris durante este segundo viaje nos aseguran que nunca lo abando-

naban sus preocupaciones de sectario: nunca las perdia de vista ni en sus escritos ni en la conversacion familiar. Mui escaso de recursos, por otra parte, necesitaba recurrir a la jenerosidad de sus compatriotas quienes nunca le negaron modestos socorros que Bilbao empleaba en procurarse lo estrictamente necesario. Esos mismos compatriotas conservan aun el recuerdo de moralidad, si no ejemplar, al ménos estraña, que aquél jóven impetuoso i apasionado supo conservar en medio de las tentaciones i seducciones de la Babilonia imperial.

Para que esta justicia sea completa solo nos resta que mostrar el reverso de la medalla. Si Bilbao en su segundo viaje a Europa no descendió, moralmente hablando, tampoco supo sacar, del espectáculo que ofrecia aquél continente i en particular el imperio, las enseñanzas que en su caso habria sacado cualquier hombre de talento. Asi es que, despues de haber estrechado la mano a Quinet, que continuaba delirando, i de haber pedido a los aires i al sol de Italia fuerzas para su salud, que empezaba a de-

caer, hizo rumbo para Buenos Aires, donde residian algunos miembros de su familia.

Esto sucedia a principios de 1857.

La guerra tenaz i sangrienta que en la vecina república se han hecho durante medio siglo, unitarios i federales, suspendida algun tiempo para derribar a Rosas, volvió a encenderse poco despues de la victoria de Caseros, trayendo por consecuencia la separacion de Buenos Aires de las demas provincias de la República Arjentina. Este desmembramiento fué ocasion de una guerra mas o ménos activa entre las dos fracciones, sostenida ya por medio de las armas, ya por medio de la prensa. Bilbao no tardó en lanzarse a la contienda sino el tiempo escaso que necesitó para reconocer la bandera de sus afecciones. Ciudadano universal, se creia con derecho a trabajar, donde quiera que estuviese, por el triunfo de sus ideas. Así es que lo vemos tomar una parte activa en las luchas civiles del Perú, en Francia dirijir una carta de reconvenciones a Luis Felipe, i por último, en Buenos Aires abrazar con entusias-

mo la causa de la unidad nacional, poniéndose de parte de Urquiza contra Mitre. Bajo la proteccion de aquél caudillo estuvo redactando *El Nacional Arjentino* i predicando la guerra contra el catolicismo i contra Buenos Aires, guerra que terminó con la batalla de Cepeda i que dió por resultado el pacto de 11 de noviembre de 1859, por el cual Buenos Aires se incorporó a la federacion revisándose la Carta de 1853.

Poco despues Bilbao se separó definitivamente de la política arjentina, desengañado de sus caudillos i de sus partidos i hasta cierto punto obligado por el estado de su salud. Empero, parece indudable que los años que permaneció en Buenos Aires, desde su llegada a aquella ciudad (1857) hasta su muerte (20 de febrero de 1865) formaron la época de su mayor actividad intelectual. Así el cuerpo empezaba a disolverse cuando las facultades del alma llegaban a la plenitud de su desenvolvimiento. En Buenos Aires publicó, en efecto, *La América en Peligro* i *El Evanjelio Ameri-*

cano, que son sus dos mas importantes obras, i que forman, por decirlo asi, como la suma de su relijion, de su filosofía i de su política. Allí redactó sucesivamente varios periódicos, inauguró las sesiones del *Club literario* con un discurso sobre la lei de la historia que tuvo cierto eco, fundó el *Club racionalista*, se enroló en las oscuras falanjes de la masonería, llamó a los emigrados paraguayos a formar una asociacion destinada a combatir el despotismo de Lopez i tronó en los meetings contra los invasores de Méjico i Santo Domingo. No es por lo tanto de estrañar que Bilbao llegase a adquirir una notable popularidad en la capital arjentina i que un cierto número de jóvenes formase en torno suyo como una pequeña escuela, atenta a seguir las ideas i a imitar el estilo del maestro. Las simpatías que dentro de ese círculo habia sabido despertar el publicista chileno, se iban naturalmente aumentando a medida que cundia la conviccion de su próxima muerte; ya que es siempre interesante el cuadro que ofrece al corazon i a la intelijencia un

hombre que, sobreponiéndose a los padecimientos físicos i a las debilidades de la enfermedad, continúa imperturbable en la tarea de sostener i difundir con la palabra i con la pluma las ideas que juzga verdaderas.

Poco despues de su llegada a Buenos Aires, Bilbao habia esperimentado los primeros síntomas de la lenta pero tenaz i casi siempre invencible enfermedad, que parece complacerse en elejir de preferencia sus víctimas entre los esplendores de la juventud, del talento i de la belleza. Durante su permanencia al lado de Urquiza en el Paraná, arrojó algunos esputos de sangre. Vino despues el paulatino enflaquecimiento, la fiebre, la debilidad, i por fin violentos accesos de tos seguidos de copiosos vómitos de sangre. Halagado por una confianza que es comun en los tísicos, dejó que el mal tomara creces durante algunos años, consagrándose con mas ardor que nunca a sus trabajos i hasta contrayendo matrimonio con una hija del señor jeneral don Tomas Guido. Durante los últimos meses de 1864 no le era ya posible abandonar el le-

cho, i cuando su hermano Manuel llegó a Buenos Aires en los primeros dias de 1865, no era Francisco mas que una sombra de lo que habia sido. La última crisis estalló el 18 de febrero. Segun la relacion que de ella encontramos en su biografía, el moribundo la vió venir con serenidad, mas apegado que nunca a sus convicciones. Esta serenidad i perseverancia es, por otra parte, lo único que nos permitiremos acojer de las confidencias del biógrafo, como quiera que, segun lo dejamos ya advertido, éste nos inspira poca fé tratándose de ciertos hechos, que él habrá consignado como altamente honrosos para el muerto, i que en realidad de verdad, ni creemos propios del muerto ni, a ser ciertos, honrarian mucho su memoria.

No creemos, pues, que Bilbao haya dicho el adios a la vida con los ojos enjutos, porque no hai hombre que en la plenitud de sus facultades lo pronuncie asi, dejando en esta orilla amigos fieles, leales compañeros de lucha, una madre anciana, un hermano i una jóven esposa.

No creemos tampoco en aquel encargo hecho por el agonizante al biógrafo de apartar a balazos a los católicos que pretendieran acercársele, porque reputamos semejantes propósitos completamente ajenos a un ser racional que espera lanzarse por momentos al insondable mar de la eternidad; como no damos crédito todavía a cierta comunion hecha ex-profeso despues de un opíparo almuerzo, que Manuel nos refiere para mostrarnos la precoz grandeza de alma de su hermano.

Talvez nos engañamos; pero entre el testimonio esplícito de Manuel i el que se desprende del carácter de Francisco, nosotros optamos por éste, creyendo así no solo acercarnos mas a la verdad, sino tambien mirar mucho mejor por su honra.

Bien quisiéramos rechazar igualmente por inverosímil el propósito que Manuel atribuye a Francisco, poniendo estas palabras en su boca, ya próxima a cerrarse para siempre: «Si yo supiese que la cuestion es de horas, tendria una cena; pero si sobrevivo a ésta el efecto seria descolorido.»

Es, como se vé, tratar de convertir en una farsa el acto mas sério de la vida; pero hasta esos estremos puede conducir la vanidad i a Bilbao no podia faltarle, como que le faltaba su único antídoto conocido que es la fé católica.

Resumiendo: Francisco Bilbao murió en Buenos Aires el 20 de febrero de 1865, despues de una larga enfermedad, rodeado de amigos que sinceramente lo apreciaban, conservando una alta idea de su talento e importancia, firme en las doctrinas que habia defendido i con cierta vanidad teatral, signo inequívoco de orgullo desmedido i de corazon poco afectuoso.

IX.

Hemos llenado la primera parte del programa que nos trazamos al principiar; i tendiendo la vista hácia adelante para considerar el espacio que aun nos queda que recorrer, nos sentimos inquietos i perplejos.

No es lo mismo referir la vida de un hombre que esponer i analizar sus doctrinas. La vida, por larga que sea, es siempre una jornada; la intelijencia es un océano en el cual toda huella se borra i todo navegante puede estraviar su rumbo.

Bilbao, segun lo indicamos al principiar, llevó sus investigaciones a todos los campos sometidos por Dios a la accion del pensamiento humano, i aun a la esfera inaccesible de lo sobrenatural i misterioso. Para seguirlo en todas sus esploraciones, para contar sus estravíos i esplicar sus caidas, para refutar sus errores i poner en trasparencia sus sofismas, seria preciso darse un trabajo enorme i escribir muchos volúmenes. Nosotros, que no podemos disponer mas que de unas cuantas horas i de unas cuantas pájinas, apénas haremos otra cosa que esforzarnos por indicar con claridad algunos de los principios o axiomas sobre los cuales Bilbao procuró construir su filosofía, su política, su economía social i su sistema relijioso.

En filosofía Bilbao fué un racionalista.

Pero ¿qué es el racionalismo? A primera vista, la cosa mas racional del mundo; bien entendido, el sistema mas contrario a la razon que pueda imajinarse.

Acabamos de decir que, estándose al sonido de la palabra, nada parece tan racional como el racionalismo. I en efecto ¿qué puede haber de reprobado ni de peligroso en el propósito de no adherir a ninguna creencia contraria a la razon; mas aun, en el propósito de no aceptar como verdadero ningun dogma cuya veracidad no sea racionalmente demostrable? Esto es mui racional; pero no es el racionalismo. El racionalismo, como sistema, consiste en negar toda autoridad objetiva, es decir, estraña a la razon, no admitiendo otras verdades que aquellas que la razon comprenda, no solo en sus motivos de credibilidad, sino tambien en su naturaleza i en su esencia.

Entre el criterio del católico i el del racionalista hai, pues, una diferencia capital. Uno i otro, para aceptar una proposicion como cierta, usan de su razon; pero miéntras que el católico raciocina buscando una de-

mostracion de veracidad, el racionalista raciocina buscando la comprensibilidad del dogma o del principio que se propone a su creencia. Mas claro; miéntras el católico dice: Creo en todo aquello que se me demuestre que es verdadero, ya sea comprensible en sí mismo para mi razon, ya sea superior a ella—el racionalista dice por su parte: No admito como verdadero sino aquello que comprendo en si mismo, en sus motivos de credibilidad, en su esencia i en sus cualidades.

Pongamos un ejemplo:

La historia refiere que allá por la segunda mitad del siglo VII los árabes, conducidos por el califa Mohawiah, pusieron sitio a Constantinopla donde gobernaba a la sazon Costantino, llamado Pagonato. Estrechados los griegos, talvez hubieran sucumbido al fanatismo de los musulmanes, que peleaban recordando que el Profeta habia prometido la remision de sus pecados al primer ejército de fieles que embistiese la ciudad de Bizancio, si un descubrimiento maravilloso no hubiese puesto de parte de

ésta la fortuna. Un ejipcio llamado Calínico inventó el líquido combustible conocido bajo el nombre de *fuego griego*. Este, arrojado en ollas, en odres, en tubos i otros tiestos, desde los baluartes contra los asaltantes, los hacia perecer abrasados; i llevado por pequeñas embarcaciones contra la flota enemiga, incendiaba sus naves i en torno de éstas i hasta la misma superficie del océano.

Los musulmanes levantaron el sitio i los griegos conservaron durante siglos con escrupuloso esmero el secreto de aquella invencion salvadora; secreto que, conocido despues por los mahometanos, fué empleado para hostilizar a los cruzados, i que al fin concluyó por perderse.

En presencia de esta pájina de historia, un racionalista trataria de darse cuenta del hecho. ¿Es posible, se preguntaria, que el fuego pueda coexistir con el agua? ¿No es sabido por la esperiencia que ámbos elementos se rechazan? Decir que el agua puede arder ¿no equivale a afirmar la identidad del sí i del nó? Con estas i otras re-

flecciones análogas el racionalista, que suponemos poco entendido en química, concluiria por persuadirse de que el *fuego griego* fué solo una de tantas fábulas consignadas en los anales del jénero humano como una prueba de la infantil credulidad de los historiadores.

Con el criterio católico se discurriria de otra suerte i se llegaria a un mui diverso resultado. Suponiendo que el que ejercitase ese criterio no poseyese los conocimientos necesarios para darse una cuenta cabal del fenómeno, no se creeria por ello autorizado a rechazarlo por fabuloso sin mas trámite. Entraria en el exámen de los documentos i testimonios que afirman su existencia i, descubriendo en los historiadores todas las condiciones que pueden concurrir para hacer respetable la aseveracion de un hecho, no tendria embarazo en aceptarlo.

En el caso de que tratamos se ve, pues, que el racionalista habria llegado a rechazar como falso un hecho cuya naturaleza desconocia, miéntras que el católico lo

aceptaba como efectivo, confesando la imposibilidad en que se hallaba de esplicarlo. ¿Cuál de los dos habria obrado mas racionalmente i a cuál se habria visto obligado a dar la razon un hombre de ciencia? Dígalo quien sepa que el *fuego griego* no fué otra cosa que nuestro vulgar petróleo o nafta. mas o ménos mezclado con azufre, resina i salitre: dígalo sobre todo quien haya visto *arder el agua* descompuesta por el contacto del potasio.

Podriamos multiplicar este ejemplo recorriendo casi todas las ciencias i manifestando que en todas ellas corren por verdades inconcusas principios i afirmaciones, no solo incomprensibles para el vulgo, sino tambien contrarios a la razon i al buen sentido. ¿No es, en efecto, absurdo que se puedan cuajar helados con fuego, que se pueda producir el hielo en un tiesto de metal hecho ascua, que se pueda introducir una mano en un baño de cobre derretido sin quemársela, o andar sobre planchas enrojecidas en el fuego con los piés descalzos sin dañárselos, que pueda conocerse el peso de

un astro cualquiera, que puedan enumerarse las sustancias de que se compone el sol, contarse millones de seres vivientes en una gota de agua, sacarse un feto perfectamente formado del tumor de un hombre, etc., etc? I, sinembargo, todos esos misterios o absurdos son hechos demostrados o axiomas que están fuera de toda discusion.

Ahora bien, si obrando racionalmente, creemos a los hombres sérios cuando nos revelan hechos incomprensibles relativos a la ciencia que poseen ¿por qué, tratándose de principios o de hechos de un órden sobrenatural, no habiamos tambien de aceptar aquellos que un testimonio suficiente nos revelase, aun cuando nos parecieran incomprensibles i a primera vista chocantes?

Tal vez los lectores van a censurarnos por haber elejido un procedimiento demasiado sencillo i vulgar para poner en claro la naturaleza e insuficiencia del racionalismo; pero no nos arrepentimos de haberlo empleado porque creemos que él es de todo punto inatacable. Quien desee estudiar a

fondo el interesantísimo problema de las relaciones de la filosofía con la teolojía i de la razon con la fé, no espere encontrarlo planteado i resuelto en un artículo de revista i de una manera incidental; búsquelo en los libros que sobre el asunto se han escrito. (8)

Siendo, pues, falso el criterio de verdad elejido por Bilbao, no es de estrañar que él lo llevase, en lo tocante a relijion, a los mas lamentables errores.

Ya hemos visto cómo su pretension de interpretar la Biblia, poco despues de haber soltado la cartilla, lo hizo entrar de lleno i sin saberlo en los inciertos i movedizos dominios del protestantismo. Mas tar-

(8) Indicamos, entre otros, a los estudiosos, el libro del P. Martignon *La liberté dans la foi catholique*; el artículo *Raison* en el *Diccionario teolójico* de Wetzer i Welte; el capítulo LXIX del *Protestantismo comparado con el catolicismo* de Balmes; el interesante volúmen titulado *Liberté, Autorité, Eglise* por el señor Ketteler, obispo de Maguncia; i varios breves pontificios, entre otros el dirijido por Pio IX sobre los derechos i los límites de la razon, al arzobispo de Munich el 11 de diciembre de 1862.

de, sometiendo aquel libro sagrado al exámen de su razon privada i encontrando en él dogmas que no comprendia o preceptos que no se ajustaban a su ideal de moralidad, hubo de negarle tambien todo carácter revelado. Jesucristo desde ese instante no fué ya para Bilbao mas que un grande hombre; no tan grande sinembargo, como Confucio o como Kant; i un admirable moralista, que apesar de todo, no alcanzó a enseñar una moral tan admirable como la que enseñaron los estoicos. (9)

Los que hayan leido la *Vida de Jesus* por Renan, saben demasiado que este célebre difamador del Cristo jamas llegó a tan ga-

(9) «¿Cómo puede compararse la sublimidad del estoicismo con el desprecio de la individualidad tan propia del cristianismo? ¿Cómo comparar la moral de Kant con la moral de Jesus? I así como Confucio fué superior a Jesus como moralista 600 años ántes, asi Kant lo ha sido 1700 año despues.»

«Como dogma, el cristianismo puro es deficiente e incompleto.»

«Como moral, el cristianismo es inferior a la moral del estoicismo.» *(Obras Completas de Francisco Bilbao*, tom. II pájs. 62 i 63.)

rrafales desatinos. Este proclama al Cristianismo *la relijion universal i eterna, la relijion definitiva;* miéntras que Bilbao afirma que solo puede llamarse definitiva en el sentido de que será la última que desaparecerá.

No creemos que ningun hombre ilustrado exija de nosotros le probemos la superioridad de la moral cristiana sobre la estoica, ni la superioridad de la teodisea del Evanjelio sobre la de Confucio. Nó, no es preciso gastar mucho injenio para demostrar que aquella moral fria como el destino, tan pretenciosa como impotente, que disfrazaba sus miserias bajo la dorada capa de un orgullo inconmensurable i que no ofrecia a sus adeptos otro consuelo, ni tenia otra conclusion lójica que el suicidio, era inferior a la pura, consoladora i divina moral de Jesucristo. Hai entre una i otra la misma distancia que hai entre el Cristo, ofreciendo a los que socorriesen a los pobres el ciento por uno i despues la vida eterna, i Séneca escribiendo sobre una mesa de oro i de marfil el elojio de la pobre-

za; la misma distancia que entre Aquel que repechó como un manso cordero la montaña del sacrificio i que lanzó el último suspiro, dejándonos por madre su madre i rogando por sus verdugos, i Caton suicidándose con trájico aparato *despues de haber abofeteado* al esclavo que tardaba en pasarle la espada con que iba a traspasarse. (10) Ménos aun parangonaremos la relijion cristiana, alma de la civilizacion i del progreso, con aquella cuya resultante es el estado político, social i moral de la China. En cuanto a Kant, nada de estraño puede ofrecer la elevacion de su moral, como quiera

(10) Para comprender cuánto mas humana i consoladora es la moral del Evanjelio que la del estoicismo, baste contraponer el sublime consejo de este: *Rogad por vuestros perseguidores: haced bien a los que os persigan i calumnien: amad a vuestros enemigos*, con las máximas estoicas: *La pérdida de un hijo no es un mal: es necedad llorar a los muertos: el sabio no se compadece jamas: el sabio no sabe perdonar, etc.— Numquam boni viri miserendum... Misericordia est ægritudo animi... Sapiens non miserebitur... Non ignoscit etc...* Séneca *(De Clementia* II. 4, 5 i 6.)

que el filósofo de Kœnisberg la escribió a la luz del Evanjelio, cuyos resplandores iluminan, hace 18 siglos, sin escepcion alguna el mundo de los corazones i de las intelijencias.

En cambio del cristianismo que rechazaba, Bilbao trató de fabricar una relijion vaga, indefinida, confusa, sin culto, ni sacramentos, ni símbolo revelado, a la cual solia llamar Relijion-Libertad o Relijion-Justicia. No hemos perdido poco tiempo en esplorar las muchas pájinas en que el autor del *Evanjelio americano* trata de esplicar sus creencias relijiosas i de darles una base filosófica; pero al fin hemos llegado a persuadirnos de la imposibilidad de encontrar allí algo que pueda llamarse un sistema, un todo racional, un conjunto de ideas verdaderas o falsas, pero comprensibles.

Cuando despues de salir del fatigoso laberinto de sus pretenciosos axiomas i de sus frases oscuras i pesadas como una neblina de arena, nos hemos echado a buscar en nuestros recuerdos el fondo sólido

de aquel mar movedizo de hipótesis, de objeciones, de utopias i de negaciones, no hemos encontrado ni un solo dogma, ni un solo principio, ni una sola regla.

¿Bilbao creia en Dios? Lo asegura en muchos pasajes de sus obras. Sinembargo, de otros se deduce que su Dios no era el Dios personal de los cristianos, sino el Dios-idea, el Dios-libertad, el Dios-razon universal de los panteistas; es decir una mera abstraccion, o mas claro, un Dios que está tan léjos de ser Dios que ni siquiera es algo.

¿Estaba persuadido de la inmortalidad de su alma?—Parece que sí; pero es dudoso que considerase esta inmortalidad como un bien, ya que en mas de una ocasion espresa su creencia en la metempsícosis i la probabilidad de una peregrinacion indefinida del alma humana al traves de los mundos. (11)

(11) «Las almas que aparecen al mundo traen consigo vestijios de la vida anterior que han tenido, aprovechándoles sus hechos virtuosos para la vida nueva en que aparecen. Esas almas

I despues de aquel Dios, que en realidad no es Dios, i de esta inmortalidad que en buenos términos no es mas que animalidad, es preciso detenerse. La relijion de Bilb o no tenia mas dogmas positivos. En cambio era fecunda en negaciones i en ciertos acciomas adecuados para hacer la guerra al catolicismo. Tomemos de entre éstos el mas deslumbrador, el mas repetido i aquel que puede encontrar mas eco en pueblos como los de América apasionados de la república i sedientos de las libertades civiles i politicas i, poniéndolo en el crisol de

que nos parecen privilejiadas desde los primeros momentos de la niñez o de la infancia es porque han sido buenas, luminosas, heróicas en sus anteriores vidas. Esto se ha visto en muchos grandes varones de otros tiempos i esto se vió en la santa de que nos ocupamos i que orijinó su nombre.» Obras completas, tomo I, pájina 367.

«Nosotros creemos en la inmortalidad del sér que realiza la justicia—Nosotros creemos en la permanencia de la causa misteriosa que forma nuestra personalidad, unida a los organismos que pueda revestir en su peregrinacion al traves de los sistemas siderales.» Obras completas, tomo II, pájina 232.

la razon, veamos qué es lo que vale, histórica i filosóficamente considerado.

X.

La relijion católica es incompatible con el libre uso de la razon, con la soberanía del pueblo, con la democracia, con la república, con la libertad política, con el progreso de los pueblos.

Eso es lo que afirma Bilbao cada vez que la oportunidad se le presenta: esa es su grande objecion contra el catolicismo, su caballo de pelea contra la Iglesia. (12)

Antes, empero, de examinar en sí misma i en sus diversas fases esta objecion, reconozcamos francamente que ella es especiosa para la ignorancia i con mucha habili-

(12) Pueden verse sobre este punto en sus *Obras completas*, las pájinas 6, 160 162 i 163 del tomo I, i las 176, 198, 200, 204, 403 del II, i en el folleto titulado: *La revolucion en Chile*—no incluido en las obras completas—la pájina 240 i siguientes.

dad elejida para oponerla al catolicismo en América, donde acusar a una doctrina o institucion, cualquiera que sea, de opuesta a la libertad i a la democracia, es como condenarla a la vergüenza pública. Mas práctico en ello que muchos incrédulos de nuestro tiempo, Bilbao comprendió que el campo en que la incredulidad puede reclutar en el siglo diezinueve prosélitos i luchar contra su eterna enemiga con mas favorables resultados, no es el de la teolojía, ni el de la filosofía, ni siquiera el de las ciencias naturales, sino el de la política. Vió claramente que en América la república, mas que una conviccion, es un hecho, universal, indestructible, i se dijo: Estrellemos al catolicismo contra este hecho i lo haremos pedazos!

Por fortuna, si en América la democracia es un hecho indiscutible, el catolicismo tiene el mismo carácter. Por fortuna todavía, no puede haber temor ninguno, ni hai posibilidad siquiera de que esas dos ruedas sobre las cuales marcha la sociedad americana lleguen a chocarse, ni existe sobre

la tierra ningun poder capaz de formular con autoridad suficiente el satánico dilema: Catolicismo o república, racionalismo o anulacion de la personalidad, en este mundo el infierno del atraso, de la tiranía i de la servidumbre o en el otro el infierno de los réprobos!

¡Nó i un millon de veces nó! Ese dilema es un imbécil o un malvado; i a pesar de él i burlándose de él i olvidándose de él, hai muchísimos católicos, entre los cuales tenemos el honor de contarnos, que, creyendo en su razon, i cultivándola, i ejercitándola, aceptan el órden sobrenatural, la infalibilidad de la Iglesia i aun la del Papa; i que siendo mui leales demócratas i mui sinceros republicanos, son católicos no ménos leales i sinceros.

Aun cuando hemos indicado ya cómo es que el criterio católico, filosófica i esperimentalmente considerado, es mucho mas racional que el criterio racionalista, queremos agregar algo todavía para poner en evidencia que el creyente, sometiéndose a la autoridad de la Iglesia i aceptando sus

enseñanzas, léjos de renunciar a su razon o a su libertad, no hace otra cosa que un acto de libertad i de razon.

Cuando Bilbao negaba que hubiese sobre la tierra, iglesia, secta o autoridad alguna con el derecho de imponer dogmas, era lójico consigo mismo. Cuando, empero, deducia de esta conviccion suya que el católico, reconociendo i aceptando una autoridad semejante, renunciaba a su intelijencia, no sabia lo que decia. Es claro que quien niega la revelacion i la existencia de una autoridad encargada por Dios de conservarla i enseñarla infaliblemen e, no puede reconocer en nadie sobre la tierra el derecho de imponer dogmas; pero no es ménos claro que aque los que empiezan afirmando que la revelacion existe i que existe tambien una autoridad infalible encargada de conservarla i enseñarla, son mui lójicos i mui racionales.

I esto porque es lójico que quien reconoce una autoridad infalible se someta a ella; i por que no se menoscaba la libertad humana con la obligacion de aceptar como

verdad aquello que se sabe que es infaliblemente verdadero.

Trascribamos sobre este punto dos pájinas, admirables de sencillez i buen sentido:

«El católico se ha unido a la autorid d como a una compañera inseparable i, durante toda su vida, en medio de la actividad de sus investigaciones, esta union va haciéndose mas i mas intima i suave, hasta el punto de que cuando aquella autoridad se calla i lo deja abandonado a si mismo, él no quiere creer, pensar ni enseñar mas que por ella; sabe, i ese es el secreto de su alegría, que es una parte de un gran todo, un miembro de un noble cuerpo i que la luz que en él existe es un rayo emanado de un foco esplendoroso de que es participante.»

«El hombre que se ha unido por un matrimonio indisoluble a la mujer de su predileccion, solo contesta con una sonrisa de lástima a quien le representa que ha enajenado su libertad i esclavizado su persona. Lo que llaman su servidumbre le parece el acto mas feliz de su libre albedrío.

Si el libertino le encarece la libertad de sus instables amores, él da gracias a Dios en lo íntimo de su corazon por haberlo preservado de semejantes estravíos. Tal es el sentimiento del teólogo católico, cuando el sabio que no pertenece a la Iglesia le encarece la libertad ilimitada de sus opiniones relijiosas, el derecho de creer i profesar todos sus antojos i caprichos. El católico, léjos de sentir envidia le responde con las palabras del poeta:

«La libertad sin freno me disgusta.
I siento de su imperio el triste peso.» (13

«Precisamente porque estoi cansado de mis dudas, dirá, porque mi alma tiene hambre i sed de la paz i de la tranquila certidumbre producidas por la fé, he sometido mi alma a la autoridad de la única Iglesia que tiene sobre la tierra el derecho de exijirme esa sumision. No puedo admitir otra autoridad que una que se en-

(13) *Me this unchastened freedom tires.*
I feel the weight of chance desires.

WORDSWORTH.

cuentre colocada sobre todos los hombres mis iguales; no quiero ni la que los otros me impondrian, ni aun la que yo mismo me impusiera, No acepto tampoco la autoridad de un texto escrito, porque en último resultado, i aun sin quererlo, concluiria por leer en ese texto mi propio pensamiento. Asi seria victima de inevitables ilusiones. Para no adorar el idolo de mi pensamiento i para libertarme de mis propias ilusiones, me he refujiado en el seno de la Iglesia que cuenta con la promesa de no ser dominada jamas por los vanos deseos i los pensamientos egoistas.» (14)

«Decimos que un sér es libre cuando se mueve sin estorbo en el medio que le conviene i que le ha sido impuesto por la naturaleza. Aun cuando no pudiese salir de ese medio, so pena de destruirse a sí mismo, nadie veria allí una traba puesta a su libertad. Asi por ejemplo, el ave que ha recibido por dominio las rejiones del aire, despliega en él su audaz o caprichoso vue-

(14) Dœllinger, citado por Foisset.

lo, i aun cuando ese campo por vasto que sea tenga sus límites, el ave no deja por eso de parecernos libre. La escarpada orilla traza al húmedo habitante del rio la línea de demarcacion que no puede atravesar impunemente, sin que por eso le quite la libertad de sus movimientos. Todo lo que hace es circunscribirle el dominio que le es propio.»

«La verdad es el elemento de la razon humana. Solo en ella las intelijencias pueden moverse a sus anchas; allí están como en su propio medio i disfrutan de la plenitud de su independencia. Lo que restrinje su libertad es cuanto para ellas disminuya el campo de lo verdadero, i de ningun modo lo que les indique los límites mas allá de los cuales lo verdadero deje de existir. Iluminar el precipicio, poner en trasparencia el escollo, contra el cual pudiera estrellarse el pensamiento no es violar su derecho; de otra suerte seria preciso decir que las luces prendidas por la noche a lo largo de nuestras calles para prevenir los accidentes dañaban a la circulacion, o

bien todavia que los faros construidos en los parajes peligrosos para alejar de ellos a las naves, se oponen a la libertad de los viajes.» (15)

Esto es tan evidente, que el mismo Bilbao, sin darse cuenta de ello talvez, no ha podido ménos de reconocerlo, por una de esas inconsecuencias en que frecuentemente incurren los hombres que profesan erróneas doctrinas, i que son como las gloriosas protestas que hace la razon contra el ignominioso yugo que la oprime.

«No se puede decir, observaba éste a un señor Rosquellas (que partiendo de la infinidad de Dios negaba la libertad humana) que el hombre, obedeciendo a la lei que es su lei, dependa o sea esclavo—porque Dios mismo cuya voluntad infinita no negais, *obedece* a su propia lei infinita, es la libertad infinita i de nadie depende.» (16)

Luego no puede decirse tampoco que el

(15) Martignon *La liberté de l'esprit humain dans la foi catholique*, páj 42.
(16) Obras completas, tom. II, páj. 473.

hombre que voluntariamente somete su razon en cuanto a la moral i al dogma a una autoridad que en su concepto solo puede enseñar la verdad i encaminar las acciones humanas al bien, renuncie al libre uso de su razon i se someta, como el mismo Bilbao lo dice en otra parte, a la peor de las esclavitudes que es la esclavitud voluntaria.

No insistiremos mas sobre este punto; pero álguien va a decirnos: Vuestras citas i reflecciones serán tan concluyentes como querais. Entretanto el hecho es que, usando de vuestra razon, podeis llegar i muchas veces habreis llegado a conclusiones incompatibles con las enseñanzas de la Iglesia. En tal conflicto no os queda mas que salir de ésta o sacrificar vuestra razon. ¿Cuál es entónces vuestra salida? Quisiéramos oir vuestra respuesta.

Pues bien! a quien asi se imajinase ponernos en la imposibilidad de dar una respuesta categórica, contestariamos como hace algun tiempo contestábamos a un señor matemático, con sus ribetes de incrédulo,

que se complacia en poner delante de nuestros ojos aquella temerosa emerjencia.

«Señor mio, le dijimos, ¿qué contestaria Ud. al hombre que le sostuviese la posibilidad de que dos líneas paralelas, al cabo de mucho prolongarse, podrian coincidir en un punto dado?—Pero ese es un absurdo!—¿I por qué?—Porque siendo las líneas paralelas, paralelas han de seguir aun cuando se prolonguen hasta el infinito.—A pesar de todo, suponga Ud. que mirando las dichas líneas llegase a persuadirse de que coincidian a cierta distancia de sus ojos. En tal caso tendria Ud. que sacrificar su vista o sacrificar su axioma.—Si tal llegase a ver no sacrificaria nada; lo único que haria seria restregarme los ojos.—Pues, ni mas ni ménos, es lo que deseaba contestarle. Es imposible que la razon ilustrada i desapasionada se contradiga con la doctrina católica, porque es tan imposible que la verdad, que es idéntica a si misma, se contradiga con la verdad, como que dos líneas paralelas coincidan. I en el caso de que llegue el católico a notar diverjencia o incompatibi-

lidad entre lo que le enseña la Iglesia i lo que ve su razon, lo que hace es *restregarse* ésta un poco, i advertido del yerro, recomenzar el trabajo para enmendarlo.»

«La Iglesia católica, dice el ilustre obispo de Maguncia, monseñor de Ketteler, ha rechazado siempre con horror a aquellos que la acusan de obligarnos a creer cosas irracionales. En todas sus escuelas enseña como un axioma que no es permitido creer lo que la razon condena. Toca, pues, a nuestros adversarios probar a la Iglesia que su doctrina es absurda, que es lo que no ha logrado hasta ahora en la larga série de los siglos ningun enemigo del cristianismo.» (17)

XI.

Pero vengamos ya a considerar la objecion en lo que tiene de mas práctico, es decir, en cuanto se roza con la politica.

(17) KETTELER —*Liberté, Autorité, Eglise,* páj. 28.

¿El Catolicismo es incompatible, sí o no, con la República? ¿Es verdad, sí o no, que condena las formas del gobierno representativo i las libertades políticas?

Ántes de contestar categóricamente estas preguntas, debemos indicar con franqueza el pretesto que ha debido darles orijen. Es cierto por desgracia que existen en el viejo mundo, sobre todo en España, Francia e Italia, católicos mui sinceros, mui piadosos i hasta bastante autorizados que, ya sea por dar fuerza a sus opiniones políticas, ya sea porque carecen de la necesaria elevacion de espíritu para reconocer lo que hai de verdadero, de racional i hermoso en la democracia, olvidando los crímenes que se han cometido en su nombre, ya en fin porque ignoran a un tiempo mismo las verdaderas doctrinas del catolicismo i del republicanismo, afirman en los parlamentos, en los libros i en los periódicos, que el sistema democrático representativo repugna a la Iglesia, i que no es posible ser buen creyente en Jesucristo, sin ser buen creyente en los reyes por la gracia de Dios. Algu-

nos de estos empecinados ilusos fundaron en Roma un periódico durante el último Concilio, i llegaron en su audacia hasta hacer en él votos repetidos i estrepitosos por que la Augusta Asamblea anatematizase cuanto ántes *el dogma absurdo e impío de la soberanía del pueblo.*

Reconocido así francamente el pretesto de la objecion que consideramos, es oportuno observar desde luego: 1.° que siempre i en todas partes delante de esos católicos poco ilustrados o mui pretenciosos, ha habido otros que sostengan principios políticos diametralmente opuestos: 2.° que la Iglesia ha vivido i vive en la actualidad en buenas relaciones con los gobiernos justos i honrados, sin distinguir entre los monárquicos i republicanos, ni entre los absolutos i representativos: i 3.° que jamas la república, ni la democracia, ni el sistema representativo, han sido condenados por los Concilios o los Papas.

Luego es evidente que ni en la teoría ni en la práctica existe la pretendida incompatibilidad que se alega entre el catolicis-

mo i la democracia.

Con respecto a la teoría, no caeremos nosotros en el estremo en que caen algunos republicanos mas entusiastas que instruidos, cuando sostienen que el sistema democrático de gobierno es una derivacion lójica i necesaria de las doctrinas evanjélicas. Este error nos parece tan grave como el otro que consiste en afirmar que no hai mas gobierno ajustado a esas doctrinas que el monárquico, i aun que el monárquico absoluto. La verdad es otra. La verdad es que el gobierno político de las sociedades no ha sido materia de la revelacion, ni de las enseñanzas del Salvador. Este campo es de aquellos que han sido entregados por Dios al trabajo i al estudio del hombre. Así es que ni Jesucristo indicó la mejor forma de gobierno, ni la Iglesia infalible, depositaria i maestra de su doctrina, ha proscrito ó anatemalizado ninguna de esas formas en el transcurso de los siglos.

Bilbao observa con mucha razon en alguna parte de sus obras que ni la demo-

cracia se deduce del catolicismo ni éste de aquélla; pero al sacar de esa observacion la consecuencia de que la doctrina católica debe ser rechazada por todo buen demócrata, incurre en un error grosero. Para que el catolicismo fuera forzosamente i no pudiera ser mas que la relijion de los demócratas, tendria ántes que dejar de ser el catolicismo, es decir, la relijion universal i convertirse en la relijion de una época o de una raza.

Repitámoslo, pues, ya que se trata de desvanecer cargos fundados en simples afirmaciones: la Iglesia no ha consagrado ni condenado nunca ninguna forma de gobierno. Quien afirme lo contrario desconoce o desnaturaliza sus doctrinas, sea cual fuere por otra parte su celo, su talento o su crédito.

Sabemos bien que podrian citársenos pasajes de tal diario, revista o escritor católico en los cuales las garantías de las libertades políticas se califican de herejías o de poco ménos (18); pero nada nos seria

(18) Para no citar mas que un ejemplo,

mas fácil que oponer a esos pareceres, otros de periódicos o de escritores i aun de teólogos no ménos acreditados e ilustres, que han sostenido opiniones diametralmente opuestas. (19)

Un solo testimonio citaremos porque nos parece irrecusable i porque él, en cierto modo, vale por cuantos pudiéramos citar. Este testimonio será el de la *Civitta Cattolica*, revista romana, cuya autoridad es grande i cuyas tendencias políticas son

L'Univers de Paris en su número del 5 de mayo de 1852 decia: «Alguien ha afirmado que el sistema parlamentario descansa sobre un principio herético. Por mui vivo que sea nuestro deseo de evitar cualquiera exajeracion, creemos que ese no alcanza a ser todavía el calificativo que merece.»

(19) Entre otros ménos ilustres, Santo Tomas de Aquino, Suarez i el cardenal Belarmino. Es mui notable el siguiente pasaje de este último citado por Segretain en su *Socialisme catholique*: «El derecho divino no ha dado el poder en particular a ningun hombre; luego le ha dado a la multitud. Por otra parte, quitado el derecho positivo, no hai razon para que entre un gran número de hombres iguales domine el uno mas bien que el otro; luego el poder es de toda la multitud.»

demasiado conocidas. En el número del 6 de febrero de 1864 (pájs. 263 i 264), despues de protestar contra los que pretenden que la Iglesia es enemiga de la libertad i aliada del despotismo, agrega: «Repitámoslo por la centésima vez (¡i permita Dios que sea la última!) la Iglesia no rechaza las libertades políticas; al contrario las ama, las favorece i le aprovechan maravillosamente....En las constituciones modernas no reprueba ni la libertad, ni las elecciones de uno o de dos grados, ni las cámaras dobles o únicas, ni los ministerios, los discursos, las interpelaciones, las comisiones, enmiendas i demas resortes del mecanismo parlamentario.... sobre todo esto la Iglesia deja que cada pueblo haga lo que mas le convenga.»

Por lo demas, si alguna duda quedase sobre el particular, la conducta de la Iglesia bastaria para disiparla. Los Papas, ni como vicarios de Jesucristo, ni siquiera como soberanos temporales, han hostilizado a las repúblicas. Al contrario, puede decirse que bajo el amparo de Roma se levantaron las

repúblicas italianas. Venecia desde el siglo X cultivó mui amistosas relaciones con los soberanos pontífices, i unida con éstos defendió mas de una vez la independencia de la península contra los emperadores de Alemania.

¿I qué obstáculos encontró Florencia, poderoso centro intelectual i político de los güelfos, para constituirse en república, en una época en que ésta habria sido imposible, a pugnar con el catolicismo que era entónces la relijion de toda la Europa civilizada?

¿Ni cuándo los Papas se opusieron a la independencia de los cantones que, reuniéndose poco a poco en el siglo XIV, formaron la república Suiza, única que ha subsistido hasta el presente en Europa como para desmentir a los que aseguran que la democracia es impracticable en aquel continente? ¿I podria álguien decirnos si aquel hermoso pais fué mas libre despues de la reforma de Lutero que lo que ántes habia sido, o si ahora mismo se muestran ménos celosos por conservar sus libertades los

cantones católicos del sur i centro, que aquellos que viven fuera de la Iglesia?

Mas, sin ir tan lejos en el espacio i en el tiempo, ¿en la misma América no tenemos innumerables hechos i documentos que prueban hasta la saciedad los sentimientos amistosos i simpáticos de los sumos pontífices, i sobre todo del actual, para con estas repúblicas? ¿Cómo decir entónces que la Iglesia condena una forma de gobierno que nunca ha condenado, que ha sido elejida libremente en diversos tiempos i paises por pueblos católicos, sin incurrir en protestas ni anatemas, i por la cual en la actualidad se rijen catorce estados católicos que viven en perfecta armonia con el Papa?

Esto en cuanto a la forma republicana de gobierno. En cuanto a las libertades polticas inherentes al sistema representativo o parlamentario, podriamos hacer mui semejantes observaciones. Mejor que hacerlas por nosotros mismos, nos parece ceder la palabra a dos escritores tan respetables por su saber como por su carácter.

«Abro los fastos de la historia, ha escrito Balmes, examino las ideas i costumbres de los pueblos, las instituciones dominantes, i veo por todas partes *fueros, privilejios, libertades, cortes, estados jenerales, municipalidades, jurados.* Véolo con cierta informe confusion, pero lo veo; i no estraño que no se presente con regularidad porque es un nuevo mundo que acaba de salir del cáos. Pregunto si el monarca tiene facultad de formar leyes por sí solo, i en esto, como es natural, encuentro variedad, incertidumbre, confusion; pero observo que las asambleas que representan las varias clases de la nacion toman parte en la formacion de esas leyes; pregunto si tienen intervencion en los grandes negocios del Estado i encuentro consignado en los códigos que se las debe consultar en los asuntos de mas gravedad e importancia, i hallo que mui a menudo lo verifican asi los monarcas; pregunto si esas asambleas tienen algunas garantias de su existencia e influjo, i los códigos me muestran testos terminantes i cien i cien hechos me vienen

a recordar el arraigo de estas instituciones en los hábitos i costumbres de los pueblos.»

«¿I qué relijion era entónces la dominante? —El catolicismo. ¿Eran mui apegados a la relijion los pueblos? —Tanto que el espíritu relijioso lo señoreaba todo. ¿Tenia el clero mucha influencia? —Mui grande. ¿Cuál era el poder de los Papas? —Inmenso. ¿Donde estaban las jestiones del clero para acrecentar las facultades de los reyes a espensas de los pueblos? ¿Dónde los decretos pontificios contra estas o aquellas formas? ¿Dónde las medidas i las trazas de los Papas para menoscabar ningun derecho lejítimo? Entónces me digo con indignacion: si bajo la influencia del catolicismo salia del cáos la Europa, si la civilizacion marchaba con rápido i acertado paso, si el gran problema de las formas políticas ocupaba ya a los sábios, i las cuestiones sobre las costumbres i las leyes empezaban a resolverse en sentido favorable a la libertad; si miéntras era mui grande aun temporalmente la influencia del clero, si mién-

tras era colosal en todos sentidos el poder de los Papas, se verificaba todo esto; si cuando hubiera bastado una sola palabra del pontífice contra una forma popular para herirla de muerte, las libres se desenvolvian rapidamente, ¿dónde está la tendencia de la relijion católica a esclavizar a los pueblos?» (20)

Oigamos ahora al ilustre arzobispo de Malinas:

«¿Cómo dudar en presencia de les hechos que la accion de la Iglesia haya sido favorable para el desenvolvimiento de las libertades políticas? ¿No fué cuando las naciones se sentian i declaraban hijas de la Iglesia, cuando se vieron surjir las cámaras católicas de Inglaterra, las cortes de España, las dietas jermánicas, las repúblicas de Italia i de Helvecia, los estados de Francia, de Béljica i de otros paises i las municipalidades tan llenas de vida de nuestros mayores?»

(20) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. Cap. LXI.

«¿I cuándo el regular desarrollo de las libertades políticas en toda la cristiandad fué bruscamente paralizado? ¿Cuándo empezó el réjimen absoluto a jeneralizarse? Justamente cuando se rompió la armonía entre los dos poderes, cuando la pretendida reforma sublevó los espíritus contra la autoridad de la Iglesia. Fué esta sublevacion relijiosa la que trajo entónces en Inglaterra, en Francia, en Suecia, en Alemania i en España una especie de dictadura seguida de cerca por la reaccion revolucionaria.» (21)

Séanos lícito agregar ahora a tan irrecusables testimonios el testimonio de nuestra propia esperiencia. Podriamos manifestar sin trabajo que las libertades belgas, tan apreciadas con justo motivo en Europa, son obra del partido católico i que en ese pais son los católicos los mas enérjicos i sinceros sostenedores de la constitucion política: podriamos recordar el inolvidable

(21) Dechamps, *Discours sur la cause catholique*, 1863.

ejemplo dado en Inglaterra por O'Cconnel i los católicos de ese pais, su intelijente perseverancia para usar de la asociacion, de la prensa i del meeting, hasta hacer triunfar la causa de la verdad i de la justicia; podriamos preguntar si los católicos norte-americanos se muestran bajo algun aspecto inferiores a sus compatriotas protestantes, cediéndoles en los comicios, en la industria, en el comercio i en la audacia para acometer colosales especulaciones; pero preferimos volver los ojos a nuestra propia casa.

Por una feliz coincidencia, Chile es la república mas profundamente católica i la mas libre i próspera de la América latina. Ninguna otra ha hecho desde su independencia acá ni mayores ni iguales progresos materiales i politicos. En ningun pais del mundo (nos atrevemos a afirmarlo sin miedo de ser desmentidos con hechos) se goza en la práctica de mas ámplias libertades que aquellas de que nos hallamos en pacifica posesion. En la práctica tenemos la libertad ilimitada de la prensa, de la aso-

ciacion i de la tribuna, i acaban de pasar en la Cámara de diputados por una considerable mayoría reformas electorales, que si llegan á sancionarse, nos colocarian sobre ese particular a la vanguardia de todos los paises rejidos por el sistema representativo.

¡I tales progresos se han verificado en la república mas católica de América, i lo que es mas significativo, con la cooperacion decidida del partido que representa con mas exactitud las doctrinas i tendencias del Catolicismo!

Despues de esto que venga álguien a hablarnos de la incompatibilidad de la República i del Catolicismo i le indicaremos por toda respuesta el espectáculo de nuestro propio pais.

XII.

Bilbao durante toda su vida abrigó i sostuvo una opinion contraria; pero ello debe atribuirse esclusivamente a su ignorancia.

Si álguien se escandaliza de esta afirmacion tenga un poco de paciencia i podrá examinar por sí mismo los hechos que nos autorizan a avanzarla.

Bilbao, en efecto, no solo careció de los conocimientos jenerales que constituyen al hombre ilustrado, sino que no tuvo jamas nociones claras sobre aquellas ciencias a cuya crítica o propagacion dedicó de preferencia sus esfuerzos. Apesar de lo mucho que habló de relijion, de política i de ciencia social, nunca se dió el trabajo de aprender ni el catecismo católico, ni la cartilla política, ni el A B C de la ciencia social.

Mas adelante hablaremos de la ignorancia de Bilbao en lo tocante a estos dos últimos ramos; por ahora demostremos que la pretendida incompatibilidad que divisaba entre la democracia i el catolicismo provenia tan solo de que ignoraba éste completamente.

Van a juzgar los lectores por algunas de las consideraciones que aducia en apoyo de su famosa tésis.

1.° «La Iglesia católica dice: «Todo poder viene de Dios, someteos a su voluntad.» «Hé ahí la glorificacion de la esclavitud.» (22)

2.° «Dice la moral: La virtud consiste en acciones, en la práctica constante del bien.»

«Dice el dogma católico: «¿Dónde está, pues, el motivo de la gloria?—Escluido queda.—¿Por qué lei?—¿De las obras? *Nó.* SINO POR LA LEI DE LA FÉ.»

«I así concluimos, *que es justificado* el hombre *por la fé sin las obras de la lei.* (Pablo. Epist. a los Rom. cap. III v. 27 i 28). (23)

3.° Galileo convenció a la Biblia de mentira. (24)

4.° En nombre i por causa del catolicismo los indíjenas de la América del sur han sido esclavizados i esterminados. (25)

(22) *Obras completas.* Tom. I páj. 6. i II, 103.
(23) Id. id. Tom. II páj. 340 i otras.
(24) Id. id. id. id. 255.
(25) Id. id. id. I 174 i otra.

5.° La relijion protestante es la causa de la prosperidad de la América del norte i la católica del atraso de la del sur. (26)

6.° El catolicismo inspira a sus secuaces desprecio i aversion a la naturaleza. (27)

La simple lectura de las precedentes afirmaciones basta para revelar la escasez de conocimientos que quien las avanzaba debia tener en relijion, en filosofía i en historia. Algunas de ellas no son siquiera sofismas dignos de ser sometidos al crisol de una discusion seria; son solo groseros errores que se refutan con esponerlos.

Asi, por ejemplo, no creemos que nadie nos haga el agravio de exijirnos la prueba de que San Pablo, al establecer en su famoso texto que el poder social, o mas bien dicho, la autoridad es en el mundo necesaria, de derecho natural i de orijen divino, no estableció el orijen divino de cualquier déspota i de todo despotismo. Para que el argumento hubiera sido algo mas que

(26) Id. id. id. id. 160.
(27) id. id. id. II 356.

lo que es, una triste majaderia, Bilbao debió comenzar estableciendo que la Iglesia católica interpretaba en su absurdo sentido las palabras de San Pablo, i no en el mui racional que nosotros acabamos de darles.

Mucho mas grosero i vergonzoso es todavia el error en que descansa el segundo argumento sacado de la pretendida justificacion por la fé sola, enseñada por la Iglesia católica. Quien quiera que haya leido un compendio de historia sabe que uno de los principales puntos de la controversia sostenida entre Lutero i la Iglesia, era la manera de esplicar la doctrina de la justificacion; i que miéntras los reformadores sostuvieron con increible tenacidad la justificacion por la fé sola, la Iglesia sostuvo, demostró i enseñó la necesidad de las buenas obras para salvarse i la esterilidad de aquélla sin éstas. (28)

(28) Son bien conocidas por su cinismo las palabras de Lutero a Melanchthon: «*Esto pecator et pecca fortiter; sed fortius fide et gadec in Christo*, etc. Sé pecador, i peca recio; pero

A semejanza de todos los enemigos superficiales de la Iglesia católica, Bilbao recuerda frecuentemente en sus obras a la Inquisicion, los Hugonotes, la San Bartolomé, Galileo, etc. De estos lugares comunes de la ignorancia, solo hemos creido oportuno señalar el último, porque deseamos hacer sobre él dos observaciones que nos parecen concluyentes. Es la primera, que hasta la fecha, no habiendo probado nadie que Galileo fuese condenado por un concilio ecuménico o por el Papa, hablando ex-cátedra, la dicha condenacion no pudo comprometer en nada la infalibilidad

cree mas reciamente aun i alégrate en Jesucristo, vencedor del pecado, de la muerte i del mundo. Basta que conozcamos al Cordero que borra los pecados del mundo. Con eso el pecado no puede separarnos de Jesucristo, aun cuando en un solo dia cometiésemos cien mil asesinatos i cien mil adulterios.»

Recomendamos a cuantos deseen conocer en todos sus interesantes detalles esta polémica tan honrosa para la Iglesia católica, *La Reforma contra la Reforma* de Hœnighaus, i mui en particular la *Simbólica* de Mœhler que es un monumento de ciencia i un tesoro de erudicion.

de la Iglesia. Si hubo error, por consiguiente, el error fué de hombres o corporaciones, mui respetables sin duda; pero de ningun modo exentos de error, ya por flaqueza de intelijencia, ya por depravacion de voluntad. Es la segunda, que el descubrimiento del contínuo moverse de la tierra en torno del sol i en torno de su propio eje, no pudo convencer de mentira a la Biblia, ni importar una prueba contra su inspiracion; porque ni la Biblia enseña que la tierra está inmóvil i que el sol jira a su alrededor, ni es de fé que la inspiracion de los libros santos se estienda a todas sus palabras i aun a aquéllas que no se refieran al dogma, a la moral i a la salvacion del hombre. No hai por lo tanto inconveniente alguno para suponer que Josué tuvo las mismas ideas cosmolójicas de sus contemporáneos, i que el tribunal de teólogos que juzgó a Galileo no supo apreciar la solidez de los fundamentos de su sistema. (29)

(29) Puede verse una mui instructiva disertacion sobre este punto en el cap. III de la

Pero, para resolver la dificultad no hai precision de ir tan léjos, i suponiendo que Josué hubiese estado tan persuadido como nosotros mismos de que no es el sol el que jira en torno de la tierra, sino que es ésta la que jira en torno de aquél, todavía su manera de espresarse apareceria como perfectamente natural i hasta inevitable. En efecto, nosotros quisiéramos que los que tanto se escandalizan por las palabras de Josué nos dijesen ¿cómo ellos, hallándose en un caso semejante i tratando de dar a entender a un ejército el mismo pensamiento, se habrian espresado? ¿Habrian dicho por ventura: ¡Detente tierra!—señalando a ésta con la mano? Pero es evidente que hoi dia tal frase no se ocurriria a ningun jeneral, ni en caso de ser pronunciada, seria comprendida por el ejército mas ilustrado del mundo. En prueba, pongan esos espíritus fuertes la mano sobre el pecho i digannos ¿cuántas veces no han escrito, hablado, i cantado si son poetas, que el sol

majistral obra de Reusch: *La Biblia i la naturaleza.*

sale rompiendo los celajes de tal o cual color, i que *se hunde* en el mar o *se oculta* tras las montañas, formando éstos o aquéllos paisajes? ¿I podria alegarse ese modo de hablar como una razon suficiente para sostener que cuantos lo emplean están aun creyendo en el movimiento del sol i en la inmovilidad de la tierra?

La conducta observada por los conquistadores católicos con los indios de la América del sur es el tema del argumento o cargo que hemos señalado con el número cuatro. No seremos nosotros quienes pretendamos justificar ni disculpar siquiera los horrores cometidos por Cortés, Pizarro i demas compañeros de aventuras i de pillaje. Nunca hemos podido leer hasta el fin la historia de las perfidias, de las carnicerías i atrocidades perpetradas por esos supuestos héroes, cuyas virtudes se asemejan tanto a las de los grandes salteadores i cuyos crímenes forman una negra mancha en los fastos de la humanidad.

Pero, descargada asi nuestra conciencia, seriamos injustos si no rechazásemos con

toda la enerjía de que somos capaces, el cargo que de la conducta de los conquistadores católicos pretende deducirse contra la Iglesia. Solo el ódio puede tomar esa deduccion como lejítima, i solo una crasa ignorancia puede ser bastante temeraria para provocar un paralelo entre la conducta de aquéllos i la observada por los conquistadores protestantes.

Vamos de prisa i no podemos hacer otra cosa que indicar los hechos que desvanecen por completo el cargo que consideramos.

La historia nos dice: 1.° que miéntras en la América del norte los pieles rojas han sido cazados como bestias feroces i materialmente esterminados, hasta el punto de no quedar ya mas de doscientos cincuenta a trescientos mil, solo en Méjico existen mas de 4 millones de indios católicos i civilizados: 2.° que miéntras los europeos católicos mezclaron su sangre con los indios, llegando en muchas partes a formar un solo pueblo, no hai ejemplo de que igual cosa haya sucedido en paises coloni-

zados por protestantes: 3.° que no hai tampoco ejemplo de que un indíjena haya llegado a ocupar un puesto público de importancia en Estados Unidos, miéntras que en algunos paises de la América latina han llegado muchas veces hasta la presidencia de la república: 4.° que miéntras la América católica puede presentar con orgullo los nombres de centenares de sacerdotes beneméritos que consagraron su vida toda a la salvacion i mejoramiento de la condicion de los indios, sacrificando a este santo objeto su reposo, su sangre i su vida, la América protestante ha puesto varias veces un precio a las cabelleras de los pieles rojas, ofreciendo a los que las presentasen por recompensa un regular número de pesos: i 5.° que los Papas, léjos de aprobar el mal trato que los españoles daban a los indios, hicieron cuanto estuvo de su parte por protejerlos i ampararlos, empeñando el celo de los obispos i dirijiendo con este fin a los monarcas contínuas recomendaciones i vivísimas instancias. (30)

(30) Sobre este particular pueden leerse las

Dejemos este punto citando una opinion que no se tachará sin duda ni de poco ilustrada ni de poco simpática para los Estados Unidos.

Mr. de Tocqueville resume su juicio sobre la situacion i porvenir de la raza indijena en los Estados Unidos por las siguientes palabras: «Los españoles, a pesar de las inauditas crueldades que los cubrieron de una vergüenza eterna, no llegaron a esterminar la raza indíjena, ni aun a impedirle que gozase de sus mismos derechos; los norte-americanos han conseguido este doble resultado con una maravillosa facilidad, tranquila, legal, filantrópicamente, sin derramamiento de sangre, sin violar a los ojos del mundo ni un solo principio de moral. Seria imposible esterminar con ma-

Letras apostólicas espedidas por el Papa Gregorio XVI el 3 de noviembre de 1839, en las cuales se recuerdan muchas otras espedidas anteriormente por la Santa Sede en favor de los esclavos i de los naturales de América. Las dichas letras se encuentran entre los documentos del apéndice del tomo I del *Protestantismo comparado con el catolicismo*, de Balmes.

yor rapidez a los hombres, respetando mas escrupulosamente las leyes de la humanidad.» (31)

Esta cita podria servirnos de natural transicion para discutir la causa de la superioridad de los Estados Unidos sobre las repúblicas de la América española, superioridad atribuida antojadizamente por Bilbao a la benéfica influencia del racionalismo; pero despues de las observaciones que hicimos tratando de la supuesta incompatibilidad de la relijion católica con la democracia, observaciones que son perfectamente aplicables a esta nueva objecion, por no incurrir en redundancias, nos limitaremos a advertir dos cosas. En primer lugar, es inexacto, como Bilbao lo dice varias veces, que el racionalismo haya presidido a la formacion i desarrollo de la sociedad norte-americana; pues, aun prescindiendo de los católicos, que forman casi una cuarta parte de la poblacion de la república, la inmensa mayoría de los ciudadanos son

(31) Tocqueville *De la Démocratie en Amérique,* libro II cap. 10.

profundamente cristianos. En segundo lugar, siendo en nuestro concepto i en concepto de Bilbao la relijion verdadera *el alma vital de la humanidad*, (32) segun sus propias espresiones, i mas importante que la riqueza, la industria i las artes i cualquiera otro interes, es claro que aun cuando la América latina de todo careciese salvo de la relijion verdadera, i por la inversa todo lo hubiese alcanzado la del Norte escepto este bien sumo, todavía no tendriamos razon para mostrarnos ni disgustados ni envidiosos.

Pero repitamos que semejante dilema es un ignorante o un malvado, i que nada se opone a que, conservando la relijion de nuestros padres, podamos llegar a ser relativamente tan libres, tan prósperos i ricos como el mas libre, próspero i rico de los pueblos de la tierra.

¿I qué diremos sobre la singular aberracion de sostener que el catolisismo inspira cierta distancia i odio a las obras de la

(32) Bilbao. *Obras completas*, tomo I pájs. 351 i 352.

naturaleza? ¿Será necesario recordar aquí la vida de San Francisco de Asis, ese afectuoso hermano de los pobres, de los animales, de las aves, de los peces, de los árboles i de todos los elementos? ¿Habremos de traer a colacion las vidas de casi todos los santos, i en particular de los monjes de Occidente, cuajadas de poéticas leyendas, que nos muestran en lo; que tienen de mas hermoso i profundo el respeto, el amor i la admiracion del hombre espiritual por las obras de Dios? (33) Pero nada de esto haremos porque basta para nuestro obje o oponer, sobre este punto, a la objecion de Bilbao la respuesta perentoria que él mismo dejó escrita en otra pájina de sus obras.

En la *Vida de Santa Rosa de Lima*, que es sin disputa el mejor de sus trabajos, el único que se lee con gusto i aquel en que la verdad del fondo aparece hermoseada

(33) Véase sobre este punto la monumental obra de Mr. de Montalembert *Les moines d'Occident*, especialmente el libro VIII del tomo II que tiene por título *Les moines et la nature*.

por el calor de un sentimiento no finjido, i por un estilo animado siempre i a veces hasta correcto, hai un capítulo que lleva este significativo encabezamiento: UNION DE SANTA ROSA CON LA NATURALEZA, del cual copiamos con sincero placer la siguiente pájina, a la cual no agregamos ni una sola palabra:

«El pueblo siente instintivamente la verdad i es por eso que los santos son dibujados por el pueblo recibiendo las felicitaciones de las plantas i animales.

«Respecto a Santa Rosa, cuenta la tradicion que un dia, encendida con el fuego del amor divino, que habia sacado de la oracion, viendo al abrir la puerta los árboles que a aquellas horas están con mas lozanos verdores, libres ya de la molesta pesadumbre de la noche i favorecidos con el rocío fresco de la mañana; verdes como hermosos i frescos los renuevos, plantas i flores i pareciéndole que estaban ociosos con tanta hermosura, si no daban gracias de ello a su Criador les dijo: *Bendecid, árboles i plantas de la tierra, al Señor!* Luego

al punto obedeciendo, *como si tuvieran natural discurso*, a lo que les mandaba, comenzaron a moverse las ramas de los árboles, como a compás de música que seguian, acompañándolas las hojas al mismo compás i movimiento.... Los árboles que con la pesadumbre de los troncos, no podian seguir el movimiento de las ramas, se inclinaban hasta besar la tierra, en reverencia de rendir gracias a su Criador, obedeciendo al imperio de la vírjen Rosa.»

«Esto significa que la armonía del alma de la santa repetia i reproducia la armonía de la creacion que creia simbólicamente tributaba homenaje a su Criador. El mismo espíritu habitaba en ese momento en ella i en los seres inferiores i hablaba con diferencia de intensidad de amor tan solo en el corazon de Rosa i en las plantas. Pero si el vergel se armoniza con el alma, el ave que ya posee un grado mas de elevacion en la escala de los seres, con mucha mas razon i mas intimidad. Quiso la santa que las aves cooperasen i respondiesen a su amor. Lo quiso i creyó cons-

guirlo. Su primer ensayo fué con un ruiseñor que venia a uno de sus árboles, poco ántes de la caida de la tarde. Rosa interrumpia su concentracion i le decia:

«Pajarito ruiseñor
Alabemos al Señor;
Tú, alaba a tu Criador,
Yo, alabaré a mi Salvador.»

«La voz era encantadora. Se acompañaba de la vihuela. El ave respondia i comprendia que aquel era un certámen de amor hácia el Padre del amor i entónces brotaban sus gorjeos, sus tiples, sus bajos i toda la riqueza de combinaciones melodiosas con que la naturaleza lo ha dotado.»

«Cesaba el ruiseñor i empezaba la santa. Esto duraba una hora, hasta la entrada del sol. *El sol caido* (34) el ruiseñor se iba, la Vírjen cerraba su ventana. Cesaba la melodia concertante, ese matrimonio de alabanzas i de poesias, i empezaba la oracion profunda, o continuaba en el éxtasis, esa

(34) ¿Luego Bilbao estaba creyendo que era el sol e lque caia?

música silenciosa que reune en un acento, en un corazon, en una palabra, el secreto de la felicidad i de la gloria.» (35)

XIII.

La política de Bilbao no valia mas que su relijion; i esto por una doble causa. La política es una ciencia de aplicacion, en la cual lo absoluto no debe tomarse sino como un desideratum que es preciso perseguir incesantemente, pero con infinita paciencia i con infinitas precauciones. Ahora bien, Bilbao que era un teórico incorrejible, mas aun, un verdadero soñador, no podia ser un hombre político. Sus edificios son edificios construidos en el aire i sus fórmulas de gobierno trajes cortados para seres ideales, absolutamente inservibles en el mundo i el siglo en que vivimos.

A esta tendencia dominante de su espíritu

(35) *Obras completas*, tomo I, pájs. 400 i 401.

poco apto para los estudios políticos, debe agregarse la impureza de la fuente en que bebió sus conocimientos. La Francia es de todos los paises del mundo el que ha ejercido una influencia mas funesta sobre el progreso de la libertad; el obstáculo mas poderoso que se ha opuestó al advenimiento del sistema democrático representativo de gobierno; la que ha mostrado una ceguera mas incurable para perseverar en los senderos que conducen al desgobierno i a la anarquía. Recorriendo la historia de ese pueblo singular, se esperimenta la misma impresion que presenciando la marcha de un ébrio. Con todos los caminos da, ménos con el recto. Acaba de estrellarse con la barrera del despotismo, i cambia de rumbo i va a caer de bruces en el fangoso precipicio de la demagojia. Ha dividido sus simpatías entre César i la canalla. Cuando se ha fastidiado de aquél, lo ha mandado sobre un carreton a la guillotina; i cuando ha querido salir del réjimen de la canalla, ha buscado por ahí un sarjento de grandes bigotes, i sentándolo sobre el trono, i poniéndo-

dole el cetro en la mano, ha quemado incienso al César i cartuchos a bala a la canalla.

I estos caprichos de mujer nerviosa se han hecho sentir por desgracia en toda la tierra, i mui particularmente en los paises habitados por la raza latina. Sin dificultad alguna han tomado esos paises, por juicio el injenio, el brillo por profundidad, por razon la elocuencia, por ciencia el arte de escribir agradablemente.

En el natural anhelo de instruirse, los americanos han ido a buscar a Francia la última fórmula del progreso político como han ido a buscar allí la última moda, la última anécdota i la última novela. I esto fatalmente, porque el pueblo frances es el pueblo misionero por excelencia, i porque su lengua es la que con mayor facilidad aprendemos cuantos hablamos la española.

Largo seria examinar las maléficas influencias que el predominio de las ideas francesas ha ejercido en estos paises. Gustos, sentimientos, costumbres, idioma, institu-

ciones, todo lo ha falseado i pervertido; i si es verdad que al presente, escojiendo con dicernimiento, puede hacerse en el campo frances una regular cosecha de enseñanzas, no lo es ménos que en los primeros años del siglo el error dominó casi sin contrapeso.

Bilbao no podia por lo tanto sacar de las enseñanzas de aquel valetudinario que marchaba apoyándose en la muleta de la revolucion o en la muleta de la dictadura, una nocion bien clara del ideal democrático. Lo que Lamennais, Michelet i Quinet le trasmitieron, fué lo único que tenian: su espíritu revolucionario. Entre este espíritu i el espíritu de libertad hai un abismo. Nada hai mas fácil que distinguirlos. Miéntras éste es paciente, tolerante, despreocupado, respetuoso de todo lo antiguo, relijion, instituciones i costumbres; aquél no sabe esperar, ni tolerar, ni respetar, ni creer. Odia el pasado solo por ser pasado i apetece lo desconocido solo por que aun no se conoce: se forja un sistema i, haciendo de él un molde inflexible, procura introducir allí a

la sociedad aunque sea a fuerza de martillo; poco le importa quebrantar sus huesos i alterar su fisonomía. (36) Proclama la soberanía del pueblo; pero bien entendido que el pueblo no debe ni puede ejercerla en contra de sus ideas i sentimientos. No esperimenta escrúpulos para liberalizar por fuerza, imponiendo en las escuelas la enseñanza de sus doctrinas, declarando fuera de la lei a los que no las profesen i desterrando i persiguiendo a los que las impugnen, especialmente a los frailes i jesuitas.

Este último, que es el liberalismo de los revolucionarios franceses i de la innumerable multitud que sigue sus huellas en España, en Italia i en la América latina, fué tambien el liberalismo de Bilbao. Nunca

(36) «Como el pensamiento humano entregado a sí mismo, marcha forzosamente hácia lo absoluto, toda vez que hagais la política con abstracciones, estableceréis el despotismo. Rousseau, en su *Contrato social*, cree fundar el imperio de la democracia i llega al despotismo. ¿Por qué? porque inocula a su sistema el absolutismo de su pensamiento.» Laboulaye. *Estudios sobre la constitucion de los Estados Unidos*. Leccion XVIII.

divisó la verdadera república sino al traves de las ruinas de la relijion. Para él, odio al catolicismo i liberalismo eran voces sinónimas.

«No temo asegurar, dice Mr. de Tocqueville, que la mayor parte de las máximas que hai costumbre de calificar de democráticas en Francia, serian proscritas por la democracia de los Estados Unidos. Esto se comprende fácilmente. En América hai ideas i pasiones democráticas, en Europa no tenemos hasta ahora mas que pasiones e ideas revolucionarias.» (37)

¿I cuáles eran esas máximas a que se referia Mr. de Tocqueville?—Las mismas que Bilbao tomó para confeccionar su *Evanjelio americano*. La primera de ellas podria formularse así: A la libertad no se llega desenvolviendo i perfeccionando el presente, sino destruyéndolo i arrasándolo para hacer en el campo así desmontado la plantacion del porvenir.

Este procedimiento revolucionario es des-

(37) Tocqueville. *De la démocratie en Amérique*. tom. III paj. 418.

conocido en todos los paises que han tenido la fortuna de organizar gobiernos verdaderamente liberales. El es tan absurdo como seria en un médico la pretension de matar al enfermo para curarlo mejor en seguida. Las sociedades enfermas se curan tomando por base i por punto de apoyo las fuerzas vivas que aun conserven. En Francia misma no ha faltado quien lo reconozca de una manera esplícita:

«El lejislador, dice Mr. Guizot, debe persuadirse de que su mision no es la de aplicar o ensayar teorías. Está llamado a obrar sobre una sociedad determinada, de ningun modo a crearla. Las naciones existen, pero no es un lejislador humano quien las ha llamado a la existencia; las naciones existen i cada una de ellas tiene una constitucion (tomando la palabra en su mas amplio sentido) por el hecho mismo de existir. El político debe solo con la lima tocar esta constitucion, jamas con el hacha. Debe tender siempre a apropiarla mas i mas al perfeccionamiento i a la felicidad del hombre; pero que cuide mucho de no compro-

meter en esa constitucion la vida que no podria devolverle una vez perdida, i que se oculta talvez en este o aquel órgano que pretende rectificar o amputar. Que profese un respeto profundo a cuanto en el cuerpo social tenga animacion i vida. El lejislador es conservador, no creador. No le toca averiguar si la reyecia, la nobleza, el clero, las asambleas populares i las corporaciones municipales deberian o no tener cabida en la constitucion que es llamado a dirijir. Sin duda es necesario i esencial que conozca bien de una manera abstracta esos diversos elementos del órden social a fin de formarse una idea exacta de sus méritos i defectos; pero que recuerde siempre que ellos son hechos que en cada pais se presentan bajo diversas condiciones i que probablemente es inseparable de ellos la vida misma de la nacion en cuyo beneficio trabaja.» (38)

Bilbao no comprendió jamas esas lentitudes i contemporizaciones. Su educacion i su carácter lo impelian a una a desdeñar la

(38) Guizot. *Histoire de la civilisation en Europe.* paj. 8.

lima i a servirse del hacha. Creia que en América no habia nada que mereciera la pena de conservarse en pié i predicaba la necesidad de destruir el viejo edificio hasta en sus cimientos para levantar despues el espléndido monumento de la democracia del porvenir.

La pretension era tanto mas temeraria, cuanto que el furioso zapador del presente no tenia siquiera en su cartera el plan de la obra que se proponia realizar. Veia con cierta lucidez que el réjimen establecido era defectuoso; pero nunca atinó con el remedio. Hablaba sin cesar de libertad, de república, de crédito, de progreso; pero no tenia una nocion bien precisa de las ideas representadas por estas palabras. Tomemos, por ejemplo, la primera de las citadas. ¿En qué consistia la libertad para Bilbao? Cien veces nos lo esplica i otras tantas nos confirma en la conviccion de que esa palabra no traia a su espíritu nada de preciso, de definido, de real i verdadero. Oigámoslo: «La libertad es el ser, es la doctrina, es la lei....La libertad es la idea lejisladora que

debe presidir a las acciones....La libertad es la potencia de ser con conciencia para manifestar i perfeccionar su ser....La libertad es el derecho del hombre....La libertad es el derecho del pueblo....La libertad es la patria....La libertad es la moral....La libertad es la relijion....La forma del ser en los seres racionales se llama libertad....El bien es la libertad...La libertad es el ser mismo....La libertad es Dios en el hombre...La libertad es lo mas digno de ser amado....La libertad es la profecia de la historia....La libertad es el verbo de los pueblos, jeometria de las ciudades que vendrán, pontificado de la república definitiva.... La libertad es relijion....La libertad es el ser mismo del hombre....La libertad es un deber i es un derecho idéntico de cada hombre....es la creencia en el Ser Impenetrable, Indestructible....La libertad es yo, tú, nosotros—identidad de ser i de fuerza, lei i vida, igualdad i fraternidad....La libertad es la unidad soberana....La libertad es la fé, la esperanza i la caridad....La liber-

tad es la plenitud del ser, del derecho, del poder en la comunion universal....La libertad, espíritu que duerme en la creacion, aparece en el hombre como coronacion de la evolucion del espíritu divino...La libertad es la identidad del principio.» (39)

I despues de tanta algarabía ¿qué viene a ser esa libertad que era todo para Bilbao? —Algo mui semejante al Dios de los panteistas, es decir, nada. Ni la libertad de los filósofos, ni la de los moralistas, ni la de los políticos se divisa en una tan abundante exhibicion. I esto porque Bilbao, como lo hemos notado ya, no la comprendió nunca, o si llegó a comprenderla alguna vez, nunca sintió por ella simpatías.

La libertad es hermana de la justicia. Como ésta da a cada uno lo que es suyo, aquella deja a cada cual lo que le pertene-

(39) *La revolucion en Chile i los mensajes del proscrito* pájinas 22, 34, 35, 36, 37, 41, 171, 191, 213, 218. Tomo primero de las *Obras completas* pájinas 200, 203, 242, 244, 245, 250 i 253.

ce. Por eso las grandes i repentinas trasformaciones sociales i políticas se han hecho siempre violando la libertad que, si lleva infaliblemente al progreso, no sabe llevar allá sino con lento i cauteloso paso. Por eso Bilbao, que en su impaciencia deseaba destruir i reedificar en un instante la obra de los siglos, tuvo que profesar doctrinas tiránicas, i ejecutar actos de servilismo, i aplaudir las calaveradas de los déspotas. Por eso, desconociendo el derecho natural de los padres de familia para dirijir, en el sentido de sus propias ideas, la educacion de sus hijos, proclamaba la necesidad de imponer el aprendizaje forzoso de un pretendido Evanjelio democrático a todas las escuelas. Por eso aplaudió varias veces con inaudito cinismo los golpes de mano dados por los gobiernos contra los sacerdotes i mui en particular contra los miembros de la Compañía de Jesus. Por eso es que cayó en la ridícula inconsecuencia de alistarse en las tenebrosas filas de la masonería, sociedad que es la negacion mas absoluta de los principios capitales de la

democracia. En efecto, la democracia es publicidad i la masonería es secreto; la democracia es libertad i la masonería es servidumbre; la democracia nombra sus jefes i la masonería los soporta; la democracia es poder ejercido por unos pocos en nombre i por delegacion de la multitud, i la masonería sometimiento ciego de muchos a jefes desconocidos para realizar misteriosos propósitos. (40) Bilbao pudo convencerse de ello bien pronto. Aquel fogoso tribuno, enemigo de toda autoridad, que habia ido a buscar en las filas masónicas un elemento de accion adecuado a sus sentimientos autonómicos i un punto de apoyo para hacer la guerra a la autoridad de la Iglesia católica, supo un dia con asombro e indignacion (preciso es reconocerlo en

(40) «Con justo título se puede considerar a las sociedades secretas como uno de los mayores obstáculos que la democracia i la libertad hayan encontrado en nuestro tiempo, i quizas como la causa principal del embrutecimiento político de que somos testigos.» Courcelle Seneil. *De la accion pública de los individuos*, etc. artículo publicado en *La República* de Santiago el 5 de agosto de 1866.

homenaje a su candor) que la órden tenia un nuevo gran maestre nombrado....por Napoleon III, en la persona del mariscal Magnan. La leccion fué severa; pero no creemos que ella aprovechase gran cosa a los miembros de las lójias francesas, que continuaron hablando mucho de libertad i siendo, no obstante, como la policía secreta del gran perjuro del dos de diciembre.

A mas de estos errores en que incurrió Bilbao, movido de sus prevenciones contra el catolicismo, podríamos señalar muchos otros en los cuales aparecen de manifiesto los resabios de la escuela francesa. No de otra parte tomó sin duda la falsa idea de que las libertades políticas son inherentes a la forma republicana de gobierno, confundiendo mui a menudo el despotismo con la monarquía. La esperiencia prueba lo contrario. Ni la república es necesariamente libertad, ni la monarquía necesariamente despotismo. La Inglaterra i la Béljica tienen poco que envidiar a las mas prósperas repúblicas, i no pocas de éstas se darian por satisfechas con disfrutar de la

paz, de las garantías i libertades de que gozan los habitantes de aquellos paises. Las formas de gobierno no tienen, pues, la suprema importancia que les atribuyen algunos políticos superficiales que, habiendo soportado los inconvenientes de la monarquía absoluta, se imajinan que con echar abajo al rei i poner en su lugar a un presidente, la libertad seria un hecho. Sin duda que la república es el ideal i que bien podemos estar ufanos de nuestra fortuna los que tenemos la dicha de vivir bajo su sombra; pero de aquí no se sigue que todos los pueblos obrarian cuerdamente acometiendo la peligrosa aventura de adoptarla, sin tomar para nada en cuenta su historia, sus tradiciones, sus costumbres, su organizacion social, i las ideas, opiniones i preocupaciones de la mayoría.

Otro error sostenido por Bilbao de orijen evidentemente frances, es la cámara única. Cuando se constituyeron los Estados Unidos, todos ellos, escepto Pensilvania, adoptaron la division del poder lejislativo en dos cámaras. La esperiencia no tardó

en probar al Estado disidente que se habia engañado, e hizo como los otros. Los franceses son de cabeza mas dura. Desde que a Rousseau se le ocurrió decir que el poder público es uno e indivisible, los franceses se han mostrado partidarios de la cámara única, que no ha dejado de traerles desastres de todo jénero. Hoi están sobre este punto tan ciegos como en 1789.

Dejemos al político revolucionario i vengamos al soñador. I a la verdad ¿a qué escuela política podriamos atribuir sin injusticia la singular pretension de Bilbao de abolir el sistema representativo estableciendo *el gobierno inmediato i directo del pueblo*? (41)

Para organizar este sistema en que todos los ciudadanos habian de ejercer directa i continuamente su particula de soberania, el utopista entra en una série de combinaciones curiosisimas que revelan en él un candor estremado i un desconocimiento completo de la naturaleza humana. Talvez el sis-

(41) *Obras completas*, Tom. I pájinas 234, mil 237 i siguientes.

tema del gobierno directo del pueblo podria ensayarse en una sociedad de ánjeles. Pero al fin i al cabo habia cierta lójica en estas grandes aberraciones. ¿Qué mucho que Bilbao, que protestó siempre contra el dogma católico del pecado orijinal, olvidase las flaquezas humanas en sus elucubraciones políticas? ¡Tan cierta es en todos los órdenes de ideas la misteriosa fecundidad i correspondencia de la verdad i del error!

Concluyamos este capítulo diciendo lo único de bueno que es posible decir sobre la política de Bilbao. Su amor a la América fué sincero; i cada vez que creyó ver en peligro el honor, el poder i la independencia del continente, consagró a la defensa de éste, discursos i pájinas impregnados de un innegable patriotismo. La traidora invasion a Méjico lo indignó sobremanera, i en una de las publicaciones que hizo por aquel tiempo lanzó a esa república i a sus hijos la siguiente apóstrofe que hoi pudiera calificarse de profética, si nó por la sobrenatural inspiracion de quien

la escribió, al ménos por la confirmacion que ha recibido de los acontecimientos: «¡Oh Méjico! ¡oh vosotros hijos de los Aztecas i de los Castellanos! en vuestras manos está hoi la facultad de señalar el itinerario de la muerte a los profanadores de vuestro suelo i de arrojar la primera piedra a ese imperio, que será la señal de la lapidacion universal a que está destinado.» (42)

XIV.

Asi como tratándose de los arreglos políticos de las sociedades humanas, hemos señalado dos escuelas opuestas—la liberal i la revolucionaria; asi tambien, tratándose de los arreglos económicos, hai que señalar dos tendencias que recíprocamente se escluyen—la de los economistas i la de los socialistas. Para comprender a cuán diver-

(42) *Obras completas*, Tom. II, pájina 180.

sos objetos se encaminan, basta notar los distintos puntos de que parten.

El gran principio económico indicado i demostrado por Adam Smith i por Bastiat, es el respeto a la organizacion i al movimiento natural de la sociedad. Esos hombres inmortales descubrieron por medio de una observacion atenta de los fenómenos económicos, que éstos se determinan siempre por leyes infinitamente sabias i absolutamente ineludibles, i que por lo tanto, libertar a la actividad individual de los reglamentos dictados para protejerla contra sus propios estravíos, era devolverle todo su vigor i eficacia, sin esponerla a riesgo alguno. Una vez reconocido el principio de la excelencia de la organizacion natural de la sociedad i la imposibilidad de dotarla de leyes mas benéficas que aquellas que le dió el Creador, era fácil trazar la norma a la cual deberian de ajustar sus esfuerzos todos los verdaderos economistas. Su papel se redujo desde entónces a observar con cuidado las leyes naturales que presiden al mundo comercial e industrial, i a remover

los obstáculos puestos a su libre accion por las costumbres, las leyes civiles i políticas, las preocupaciones i los intereses de los individuos o de los gremios privilejiados.

Delante de esta escuela de verdad i justicia no tardó empero en levantarse otra de error i de crimen. Si los economistas habian fundado su teoría del respeto a la organizacion natural de la sociedad, descubriendo la existencia i sabiduría de las leyes que la gobiernan, los socialistas fundaron la suya sobre las pretensiones del odio i de la envidia, que no saben, ni esperar, ni raciocinar. En la miseria encontraron su argumento i en los miserables su fuerza. Precisamente por que son sabias i justas las leyes económicas, respetan la libertad humana i dan a cada uno segun sus obras: al trabajador intelijente, sobrio i ahorrativo, mas que al zángano, ignorante, pródigo i calavera. Por equitativa que sea semejante distribucion, ella no podia ser del agrado de los perjudicados; i de aquí es que éstos empezaron pronto a reclamar un nuevo arreglo social que diese, no a cada

hombre un salario correspondiente a su trabajo, sino a todos los hombres un salario idéntico, *por la razon de ser todos hombres.*

No tenemos para qué demostrar aquí la injusticia de esta pretension i la imposibilidad de realizarla miéntras los hombres conserven su propia naturaleza; lo que sí observaremos es que, siendo el sistema socialista contrario al sistema natural, él no puede plantearse por via de libertad sino por via de autoridad. El economista que sabe que lo que hace la iniciativa individual en beneficio propio redunda en beneficio de todos i es siempre mas acertado que lo que podrian hacer los gobiernos, dice á estos: ¡Dejad hacer!—miéntras que el socialista, que no acepta la organizacion natural de la sociedad, se vuelve a los gobiernos despóticos como a su única esperanza i les dice: ¡A despecho de las leyes naturales, sufra quien sufra i proteste quien proteste, derogad el código de Dios i, para reemplazarlo, poned en vigor nuestro sistema!

Entre estas dos escuelas Bilbao no podia vacilar. Como en política, desdeñando

o desconociendo la libertad, optó por la revolucion, en economía política optó por el socialismo.

Como buen socialista se complació siempre en exitar a los pobres contra los ricos en defender el salario contra el capital, en declamar contra las grandes propiedades i los grandes propietarios, en combatir el préstamo a interes como a un azote de los menesterosos i, en fin, en idear sistemas utópicos para arreglar mas cuerdamente que lo que Dios quiso arreglar las leyes del mundo económico.

Inútil trabajo seria el que nos diésemos enumerando i refutando uno por uno los errores económicos de Bilbao. Todos ellos son solo aplicaciones del gravísimo i trascendental error que consiste en desconocer la sabiduría de las leyes que presiden la actividad humana, error gravísimo que, como lo hemos indicado ya, es la base sobre que descansa el socialismo.

Lo que si nos parece conveniente es tomar dos o tres de esos errores para hacer ver cómo es que si ellos se hubiesen pues-

to en práctica, habrian traido consecuencias i resultados opuestos a aquellos que el socialista se proponia alcanzar. En efecto, cuando un observador atento se consagra a seguir en su aplicacion los resultados de las tentativas que se hacen para modificar las leyes económicas en beneficio de tales o cuales intereses, no puede ménos de quedar asombrado. La sancion de la lei es ineludible: el dedo de Dios se ve patente.

¿Se quiere, por ejemplo, organizar el crédito de modo que sus beneficios se estiendan, lo mismo a los honrados que a los pillos, a los que tienen que a los que no tienen responsabilidad?—Pues a pesar de la lei el crédito se restrinjirá, los pobres tendrán que verlo disminuir i hasta podrá llegar el caso de que se vean privados absolutamente de sus beneficios.

¿Se quiere proscribir la usura, reglamentando el préstamo sobre prendas en beneficio de los que necesiten tomar prestado?—Pues la consecuencia práctica será una alza en la tasa del interes.

¿Se quiere, por último, poner por obra

la teoría socialista del derecho al trabajo, imponiendo al Estado o a los propietarios i capitalistas la obligacion de darlo?—Pues se tendrá una disminucion en la demanda de brazos i una baja en la tasa de los salarios.

De manera, pues, que las teorías socialistas inventadas para protejer a los pobres, si se realizasen, serian para estos el peor de los azotes.

Demostrémoslo en los tres casos enumerados.

Desde luego, imajinémonos establecido lo que Bilbao llama el *crédito igualitario*. (43) Todos los habitantes de cada subdelegacion, a fin de adquirir este singular beneficio, se reunen i se afianzan mutuamente, supongamos que en cien pesos; i veamos, para usar de una frase que oiamos con frecuencia al señor Courcelle Seneuil cuando estudiábamos economía política, *cómo se pasarian las cosas*.

Ante todo seria necesario empezar re-

(43) *La revolucion en Chile*, paj. 80 i siguientes.

clamando el apoyo de la fuerza para hacer que la fianza se realizase. Los ociosos, calaveras i descamisados irian, en efecto, a dar su fianza como a una fiesta; no así los que tuviesen algun crédito i algun capital. I se comprende. Aquellos irian a ganancia segura i estos a ser sin duda ninguna trasquilados.

Tropezamos, pues, desde el primer paso con un atropello de la libertad i con un despojo inicuo. Primero e inevitable inconveniente de todas las utopias socialistas: todas ellas suprimen la libertad i atentan contra la justicia. Pero continuemos *viendo cómo se pasarian las cosas.*

Ya está estendida la fianza de todos a todos en cada subdelegacion. Los descamisados i haraganes ya tienen crédito por cien pesos, es decir, ya tienen la facilidad de encontrar quien les dé en préstamo esa suma, pagable por los fiadores solventes. ¿Se habria conseguido con eso la estincion de la miseria soñada por Bilbao?—Sin duda que no, como no la estinguiria una contribucion forzosa impuesta a los que tienen

dinero i crédito para regalar cien pesos a cada uno de los que carecen de ámbos. A la vuelta de algunos dias el flojo, el disipador, el incapaz habrian dado cuenta del regalo; los prestamistas habrian utilizado los intereses; los fiadores habrian cubierto el valor de la fianza. ¿De quién habria sido la ganancia?—De los mas indignos. ¿I la pérdida?—De los mejores. I a este miserable resultado se habria llegado atropellando escandalosamente la libertad i la justicia, alentando la pereza i la imprevision, hiriendo de muerte el derecho de propiedad, menoscabando el crédito i el espíritu de ahorro de los propietarios i capitalistas, i en una palabra, introduciendo en la sociedad económica un jérmen funesto de perturbacion i de atraso. Así, pues, la pretendida organizacion del crédito, no habria sido en buenos términos mas que la organizacion mui positiva de la miseria i del cáos.

Vengamos a la usura. Si se nos pidiese un signo para distinguir a todos los ignorantes en la ciencia económica, no vacila-

riamos en indicar las declamaciones contra los usureros. Bilbao fué incansable en denunciarlos a la excecracion pública i en buscar algun medio de concluir con ellos, a fin de mejorar la condicion de las clases pobres. Entre tanto nada es mas fácil que manifestar hasta la evidencia los desastrosos efectos que en la práctica habria producido la realizacion de sus ideas.

Los pobres como los ricos i muchísimo mas que los ricos necesitan pedir prestado. No teniendo posibilidad en unos casos, ni voluntad de ahorrar en otros, viven ordinariamente con el dia. De aquí se sigue que cualquiera interrupcion en el trabajo, por enfermedad u otra causa, los pone en la terrible disyuntiva de perecer de hambre o de recurrir al crédito. ¿Quién les prestará? —Es evidente que solo aquellos que se avengan a prestarles sobre prendas. ¿I quién fijará la tasa del interes?—Por una parte la oferta de dinero i por otra la demanda de éste, es decir, que miéntras ménos sean los prestamistas i mayor el número de los que necesiten recurrir a ellos, mas

alto será precisamente el interes, i viceversa.

Ahora bien, sentados estos principios que son el A B C de la economía política, preguntamos ¿qué sucederia si se prohibiese, por ejemplo, a los dueños de casas de prendas, cobrar un interes que excediese de tal o cual máximum, so pena de una multa?—En primer lugar que los mas audaces violarian la prohibicion i que la violarian *de acuerdo con los que solicitasen préstamos*, como lo acredita la esperiencia. En segundo lugar, se produciria en el acto una considerable alza en el interes; puesto que los dueños de casas de prendas que abandonasen el negocio en vista de la prohibicion de cobrar por sus préstamos el premio acostumbrado, reducirian la oferta de dinero, i porque, aun aquellos que continuasen en el antiguo jiro, tratarian de indemnizarse de las multas que se les impusiesen o del riesgo que correrian de pagarlas a costa de los infelices que se viesen en la precision de recurrir a ellos.

Así es como, buscando la baja del interes,

se habria producido una alza, i tratando de aliviar a los pobres, no se habria conseguido otra cosa que hacer mucho mas angustiada su situacion.

Pero va talvez a decírsenos: ¿Creeis en la fatalidad de la miseria? ¿Creeis que no habrá ningun medio para asegurar a todos los hombres cierto grado de bienestar? Sí; creemos que siempre habrá pobres en el mundo, i que miéntras no se encuentre algun medio de suprimir la libertad i la naturaleza humana, no se encontrará tampoco la panacea que se busca para nivelar las fortunas.

Sabemos que a esta lei natural e ineludible se opone por los socialistas un pretendido derecho a la vida i al trabajo que tendria todo hombre que viene a este mundo por el solo hecho de venir; pero sabemos tambien que ese derecho es ilusorio, porque no existe i porque es imposible su existencia.

Partiendo de ese pretendido derecho, Bilbao proponia que el Estado suministrase a todos los habitantes, útiles i herramien-

tas para el trabajo, i acaso no habria mirado con malos ojos los talleres nacionales donde todos pudiesen encontrar una cómoda ocupacion i una subida paga.

«Esta utopia, dice Julio Simon, despues de examinar otras de la escuela socialista, es la mas desatentada de todas. ¿Desde luego ¿ quién juzgará de la oportunidad i cantidad de la subvencion, del jénero de trabajo i de las aptitudes?»

«Si es el obrero, la sociedad no viviria tres semanas; si es el Estado, la servidumbre mas intolerable seria la consecuencia inmediata. Representaos al Estado como a un inmenso almacen, dad a todos el derecho de entrar i de tomar gratis todas las mercaderías que se les ocurriese: tal es la primera hipótesis. Dad, al contrario, al administrador de ese almacen el derecho de obligar a todos los transeuntes a entrar, a llevarse algunas de esas herramientas i a servirse de ellas; tal es la segunda hipótesis que parece el delirio de un cerebro en descomposicion. ¿I de dónde se sacará el dinero para estos gastos?—Del impuesto,

es decir que se arruinará a los pobres que trabajen por favorecer a los ociosos.» (44)

Pasemos a examinar ahora otra faz de la utopia de que nos ocupamos. Reconocido el derecho al trabajo, queda por ese mismo hecho establecido el deber de darlo. ¿Quién cargará con este deber? ¿Los particulares, puesto que no puede el Estado? Oigamos el diálogo que tendria lugar entre el propietario por una parte i los trabajadores, armados del nuevo derecho, por otra.

«Una banda de obreros invade mi casa.»

—«Amigos mios, hé aquí mi pan. Comámoslo juntos. Aquí teneis lienzo; tomad algunos metros para que os hagais vestidos.»

—«Gracias! es trabajo el que necesitamos. Somos obreros, no mendigos.»

—«Desgraciadamente no tengo por ahora ninguna obra que mandar hacer: mi cosecha está en el granero: mi pan cocido;

(44) *La liberté civile* por Jules Simon, páj. 296.

los cierros de mi propiedad, las murallas de mi casa nada dejan que desear.»

—«Hacedlas derribar para que podamos trabajar en levantarlas de nuevo; porque somos todos albañiles i lo que necesitamos es casas que echar abajo i casas que construir.»

A esta pájina admirable de buen sentido, debida al mismo autor que acabamos de citar, no agregaremos ni una palabra mas.

Quedan los talleres nacionales, talleres que podrian llamarse con razon de la injusticia, de la servidumbre i del hambre; talleres que no podrian plantearse sino con el dinero ganado en trabajos productivos, i en los cuales se daria a los flojos la ocasion de ejercitarse en un trabajo estéril, capaz de fatigar, pero incapaz de producir, mui semejante al del volatinero sobre la cuerda.

I luego ¿qué salario pagar en esos talleres? ¿Iguales o proporcionados a la actividad e intelijencia de cada cual? En el primer caso ¿qué vendria a ser de la justicia? En

el segundo ¿a qué norma se obedeceria i qué vendria a ser de la libertad?

Concluyamos con estos delirios, oponiendo al pretendido derecho *al trabajo* el verdadero i sagrado derecho *de trabajar*. Aquél es el comunismo; éste la libertad: aquél la igualdad ciega, estúpida i brutal; éste la proporcion entre la obra i la recompensa, es decir la justicia.

Siendo, pues, desastrosas las aplicaciones del principio del derecho al trabajo deducido del derecho a la vida, puede afirmarse que éste no existe. Si existiera seria fácil probarlo; cosa que hasta ahora los socialistas no han podido hacer. Ellos dicen: El hombre tiene derecho al trabajo. Preguntadles por qué, i os responderán: Porque tiene derecho a la vida;—pero se guardarán mui bien de dar los fundamentos racionales de este último. En buenos términos, sostienen que hai derecho al trabajo porque hai derecho a la vida, i que hai derecho a la vida (usemos una frase vulgar) *porque sí*.

Para que hubiese en el niño que viene a

este mundo el derecho a la vida, seria necesario que hubiese en los que viven la obligacion perfecta de darle los medios de vivir. Ahora bien, si esceptuamos los padres, que por un acto de su voluntad han dado el ser a la persona de que tratamos, ¿quién otro puede tener esa obligacion perfecta? ¿I no es bien estraña por lo ménos esta facultad, que quisiera concederse al imprevisor que se casa sin mirar como sostendrá a sus hijos, de obligar al previsor que se abstiene, a mantener una familia en cuya formacion no ha intervenido? Que ello se haga por espiritn de abnegacion i caridad, lo comprendemos, deseamos i aplaudimos; que se haga bajo la presion de un derecho ajeno, nos parece un error funestísimo.

Esto es lo que han comprendido todos los pensadores que han consagrado sus desvelos al estudio de las leyes sociales i sus esfuerzos a combatir el comunismo en nombre del principio de libertad.

Oigamos a uno de ellos que es nuestro conocido:

—«Se dice: El niño que nace tiene derecho a la vida.—Si, si puede vivir por si mismo. Por otra parte, si tuviese sobre el particular un derecho o algo semejante nunca seria sino contra aquellos que le hubiesen dado el ser. Los demas nada le deben i si le ofrecen asistencia es por una jenerosa escepcion al derecho estricto.

«Evidentemente el que viene al mundo viene a condicion de vivir bajo las leyes establecidas por aquellos que lo han precedido en la existencia, de continuar su obra i de mejorarla. Si nace en la edad de piedra o en la Tierra del Fuego, vivirá como vivian las jentes en la edad de piedra o como viven los habitantes de la Tierra del Fuego. Si nace en nuestro tiempo i entre nosotros tendrá otras necesidades, pero será armado por su familia i la sociedad para satisfacerlas; será iniciado en las artes de la vida civil, i convendrá, si no es un idiota, que esto vale mas que la posesion de toda la tierra en tiempo de la edad de piedra. Comprenderá que sus conciudadanos no pueden darle mas que la civili-

zacion i las leyes que poseen; que si quiere mas, nadie le impedirá trabajar libremente en adquirirlo. No pretenderá que por una escepcion reservada a nuestro tiempo e introducida en su favor, la naturaleza lo haya esceptuado de las fatigas, pruebas i dolores de todos los antepasados, sin trabajo ni mérito suyo ni de aquellos que le han dado el ser.» (45)

XV.

Tocamos ya el fin de estas pájinas mucho mas numerosas de lo que, al darles principio, pudimos imajinárnoslas. Nuestros lectores nos perdonarán si toman en cuenta que escribir largo casi es una fatalidad cuando se escribe urjido por el tiempo. Es lo que observaba Madama de Sevigné cuando ponia al pié de una de sus admirables cartas: «Perdonad, hija mia, no he

(45) Courcelle Seneuil. *L'héritage de la révolution*, pájs. 111 i 112.

tenido tiempo para escribirte mas corto.»

Pero si hemos sido talvez prolijos en contar la vida i esponer refutando las doctrinas de Francisco Bilbao, creemos no habernos apartado una línea del programa que nos trazamos al comenzar. Aquellos que hayan tenido la paciencia de acompañarnos hasta este punto, saben si hemos sido leales espositores de los hechos i de las ideas, críticos circunspectos i adversarios templados. Hemos puesto fuera de debate la conciencia i las intenciones del hombre; hemos referido con recta imparcialidad, lo mismo los actos que podian favorecerlo que aquellos que podian perjudicarlo: hemos cuidado de no atribuirle ninguna opinion sin citar al pié la pájina de sus obras en que se halla consignada: i por último, cada vez que hemos tachado de perniciosas o falsas sus ideas, ha sido dando en seguida los fundamentos de nuestro juicio. Esta línea de conducta nos ha hecho arribar a conclusiones que en dos palabras conviene resumir aquí.

Francisco Bilbao puso una grande acti-

vidad, una voluntad perseverante i un ardor sin límites al servicio de la causa que él se imajinaba era la causa de la verdad, de la libertad i del bienestar del pueblo. Por esa causa trabajó, luchó i sufrió sinsabores i persecuciones. Tal es la faz simpática de su biografía i tales las circunstancias atenuantes que un juez equitativo no podrá ménos de tomar en cuenta al apreciar los actos de su vida.

En cuanto a las doctrinas que sostuvo, ellas fueron o estravagantes, o falsas o perniciosas. En relijion, hizo la guerra al cristianismo, que es verdad para la inteligencia, consuelo para los que sufren, i alma i vida de la civilizacion. En política, fué revolucionario, es decir, hombre de violencias, de odios, de trastornos, de sacudimientos; no hombre de legalidad, de tolerancia, de progreso i de benéficas reformas. En economía política, desdeñó las soluciones de la libertad, para pedir a la fuerza las soluciones del comunismo. En esos tres órdenes de ideas erró, pues, el camino de la verdad i del bien. En ningu-

no de ellos acertó a escribir una sola pájina digna de ser leida por la posteridad.

Bilbao no es para Chile ni un benefactor ni una gloria. El pueblo no le debe ni buenas obras ni buenas lecciones. La popularidad de que goza entre algunos es en cierto modo negativa, como fueron en cierto modo negativas sus doctrinas, algo como un ariete para batir los muros, afortunadamente indestructibles, de la relijion cristiana, de la democracia honrada i de la libertad económica. Se le aplaude, no como a fundador de una relijion que valga mas que la católica, sino como a un enemigo implacable de ésta: se enaltece en él, no al publicista de jenio, sino al partidario intransijente, cuyos odios se quisiera hacer revivir en la multitud ignorante contra los partidos que de aquellos fueron objeto; i se honra en él, no al austero maestro capaz de enseñar al pueblo el evanjelio de la justicia, de la verdad i del trabajo, sino al apasionado tribuno que pretendió enseñarle la marsellesa de los odios, de los errores i de la holgazanería.

De Maistre dijo de Voltaire que merecia una estatua levantada por manos del verdugo.

Nosotros concluiremos diciendo a los que quisieran levantar un monumento a Francisco Bilbao: Levantádselo en horabuena; pero en el cementerio. Cubrid sus odios, sus preocupaciones, sus errores con la lápida del olvido, i escribid sobre ella: ¡DIOS LO HAYA PERDONADO PORQUE NO SUPO LO QUE HIZO!

FIN.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO